

DEL DIARIO DE LA TARDE.

MANIFIESTO EN DERECHO

A FAVOR DE

D. JOSE DE ITURRIAGA,

ACUSADO

DE OCULTACION DE UNOS GANADOS
Y DE COMPLICIDADEN LA FALSIFICACION DE SU FIRMA,
RECUERDADA

Por FEDERICO HORNUNG.

Por G. O.

EXCMO. SEÑOR.

1. Antes de descender al fondo de la causa, permitáseme disipar las apariencias desfavorables que arroja sobre ella un suceso, que aunque para mí ningún influjo debe tener en el ánimo de los Sres. Ministros encargados de su resolución, se le recuerda y divulga como un seguro presagio de la insalvable desgracia que amaga al acusado.

2. Se dice vulgarmente, que el nombramiento que hizo el Gobierno de un Juez especial para la instrucción del sumario, la remisión del proceso a la Excmo. Cámara de Justicia para que conociendo de él le resolviera en primero y último grado, y la designación de las formalidades que debían solemnizar el pronunciamiento de la sentencia, son una prueba irrefragable de la prevención y del odio con que ha mirado esta causa, y de la íntima convicción que tiene de que Iturriaga es verdaderamente responsable de los delitos que se le imputan. De este falso concepto se pretende deducir, que mi cliente está ya condenado, que el presente juicio es un vano aparato para salvar la exterioridad de las formas, que nada puede esperar del favor de las Leyes y de la conciencia de sus Jueces; y por decirlo todo de una vez, lévase la ligereza hasta el extremo de inferir, que era innecesaria la defensa y que debió principiarse el juicio por la ejecución. ¿Que principios para ser propalados en un pueblo culto y celoso de sus derechos! ¿Que inducciones tan ofensivas a un Gobierno que en esta propia causa ha manifestado la mayor imparcialidad y delicadeza! ¿Que vulgaridades para prevenir el juicio de los Magistrados, y oprimir la libertad que es la mas sólida garantía de la inocencia perseguida!!!

3. Puro rememotamos al origen y motivos de las providencias gubernativas, y nada encontraremos en ellas que desfavorezca la causa, nada que no sea una razón de seguridad para mi protegido, y nada que no haga entender, que el Gobierno tiene otro interés en este ruinoso negocio, que el castigo de los que sean verdaderamente culpados, y la abolición de los que en concepto del Tribunal aparezcan inocentes.

4. El 10 de Septiembre último un considerable número de acreedores denunció al Gobierno la quiebra de la casa de Sebastian Leizaola y Hornung, y la falsificación de Letras ejecutadas por el cajero ó interesado en ella, Federico Hornung, solicitando al mismo tiempo la erección de un Tribunal especial que entendiese en todas las incidencias criminales y civiles que produjeren tan desastrosos acontecimientos. Para decirlo á deforá esta medida, bosquejaron los estragos sufridos en las fortunas particulares, y la alarma y consternación causada en el pueblo; y esforzando el lenguaje de la exageración, recordaron la repentina desaparición de su propiedad y la desolación en que ellos y un crecido número de familias se hallaban sumergidos á consecuencia de tales sucesos. Pero no pararon ellos aquí: dieron razón al Gobierno de todas sus diligencias é investigaciones, y lijonándose de sus misteriosos descubrimientos, avanzaron hasta el punto de figurar siniestros acuerdos entre el falsificador y mi cliente, aunque su nombre le imputaron una protección que jamás había dispensado á Hornung; reunieron diversos hechos, y los calificaron á su aliojo; y en fin, presentaron aquellos sucesos como unos crímenes atroces é inauditos que debían atrer sobre los perpetradores todo el rigor de las Leyes, y toda la severa animadversión de la autoridad encargada de su cumplimiento. El Gobierno vino á acceder á las pretensiones de los suplicantes, pero no fué porque: un ciego asenso á sus revelaciones, ni porque participase de las vanas é injustas prevenciones de que se manifestaban animados, sino por motivos de un orden mas noble y elevado, que cualquiera comprende sin esfuerzo.

5. El no la imperiosa necesidad de reprimir esas quiebras, que si deshonran al país por su frecuencia, destruyen la confianza del comercio por su impunidad; y con este mismo objeto, claramente expresado en el decreto de 21 del mes referido, acordó el nombramiento de un Juez que examinase con escrupulosidad la naturaleza y calidades de los crímenes denunciados, levantase el respectivo sumario, y procediese contra todos las personas que resultaran culpadas. El escándalo de las bancarotas era notorio: los reconocidos y proclamados la insuficiencia de las Leyes ó de sus medios de aplicación para contenerlas; los reos y el temor se habían apoderado de todos los es-

píritus, é inspirando la funesta idea de la inseguridad, habían paralizado el movimiento de las transacciones mercantiles: la quiebra y falsificación perpetrada por Hornung habian extendido el infortunio hasta las últimas cimas de la sociedad, y renovando la memoria de las desgracias pasadas, hicieron sentir más que nunca la urgencia de un pronto remedio; y en tales circunstancias, el propio Gobierno, que acababa de ser testigo de tantos males, no podía manifestarse impasible y frío espectador de tamaños desórdenes, sin echar sobre sí una inmensa responsabilidad. Tomó entonces la parte que pudo, y debió tomar en estos acontecimientos, y dictó la providencia recordada, para asegurar el resultado de la pesquisa, restablecer el vigor y la energía de las Leyes, y dar un oportuno ejemplo de interés por la reparación de la moral del comercio. Pero al proponerse la acusación de tan laudables objetos, no tuvo en mira los méritos de una causa que recién iba á iniciarse, ni pudo ser su ánimo darle un impulso determinado en odio de personas á quienes, si era lícito considerar como prevenidas, era ilegal é inhumano tratar como delincuentes.

6. Las demás providencias adoptadas después parecen haber sido una consecuencia necesaria de los motivos que impelieron á la autoridad á verificar aquel nombramiento. La ansiedad pública, el interés de los acusados, el clamor de los ofendidos, y el crédito del mismo país exigían celeridad en los procedimientos, y he ahí porque, luego de haberse elevado el sumario al Gobierno, devolvió la causa á V. E. para que, asociado de los tres Jueces que designó, la resolviese en último grado. Si el aumento de Ministros compensó satisfactoriamente la reducción que sufrieron en este paso las instancias del juicio, la condición de los supuestos delincuentes vino á mejorarse notablemente por el deber impuesto al Tribunal en el decreto de remisión de fundar y publicar la sentencia por la prensa. Esta excepción á la inveterada práctica del foro, en vez de importar una ciega prevención contra la causa y mi protegido, introduce á su favor un beneficio de que no disfrutaban los demás acusados. Ella transige las colosas reclamaciones del público reservándole la censura, único derecho que debe concedérsele en esta clase de debates: otorga á los indicados una positiva garantía de que el fallo que termine este azaroso proceso no será el efecto de la arbitrariedad, sino la deducción razonada del hecho y de la Ley; y en una palabra, ella asegura la imparcialidad de la sentencia, le concilia la confianza pública y ofrece á Iturriaga una nueva prenda de la integridad de sus Jueces, y una seguridad mas de la circunspección con que deben pronunciarse las decisiones de la Justicia. ¿Y podré creerse que al sancionar el Gobierno una medida tan moral y ventajosa á los verdaderos intereses de mi defendido, ha tratado de dar un testimonio de desfavor contra su inocencia? ¿Hay alguna razón para pensar, que al paso mismo que ha garantido la rectitud del pronunciamiento judicial, ha intentado subvertir la opinión de los Ministros que deben librarlo? Confieso francamente que no descubro una sola consideración para acoger como sospecha, lo que para otros es un dato tan seguro é infalible de la condenación, que han creído poder afianzar en él los resultados de las vergonzosas especulaciones emprendidas sobre el infortunio de mi cliente.

7. Por lo que á mí toca, jamás podré convivir en la realidad de esas especies, que si son injuriosas al crédito del Gobierno, son bien desgraciadas de la independencia de los magistrados; y siempre consideraré su divulgación como uno de tantos medios puestos en juego por la animosidad y el interés para hacer mas difícil la absolución de mi protegido. ¿Y daré sí, quiero una aparente probabilidad á su desgracia. ¿Pero que arbitrios tan degradados para perder á un inocente! ¿Que resortes tan propios de los que pretenden resacar sus quebrantos, implorando tumultuosamente el auxilio de las leyes y de la justicia!!! No ha bastado para calmar las pasiones injustamente sublevadas contra Iturriaga el verlo comprometido en una causa famosa, no el injurioso problema á que se ha reducido su honradez, sostenida por una conducta regular y acrisolada, no la inmensa pérdida que amaga su fortuna, no las vejaciones sin número que le ha producido este proceso, ni los susbrosos que ha acarreado á toda su familia: para satisfacerles era preciso hasta el sacrificio de sus esperanzas, último consuelo de la inocencia afligida, y en este sacrificio se ha intentado, derramando en el público falso rumores, y dando un alarmante colorido á la intervención y mira del Gobierno.

8. A pesar de todo esto, Iturriaga, rodeado de angustias y conflictos, ha despreciado esos vanos terrores; y alentado por la voz de una conciencia inculpable, ni ha participado de las aprehensiones que se le han querido inspirar, ni ha desconfiado de las sanas intenciones del Gobierno. El ha penetrado el objeto que se le lleva en comentar siniestramente las providencias superiores, y cierto de su veracidad y único fin, descansa tranquilo en que al adoptar las aquel, nada pensó menos que preocupar el ánimo de V. E., comunicándole prevenciones

que no tiene. Bien distante de persuadirse de que la causa ha venido al Tribunal para que, haciendo el simulacro de un juicio, sea el órgano de una sentencia acordada en los consejos del Gobierno, piensa que se halla sometida á su conocimiento como cualquiera otra, y que en ella debe juzgar con ese desprendimiento, superioridad, é independencia que moralizan los fallos de los magistrados.

9. El Gobierno ha consignado la causa al juicio recto é imparcial del tribunal, y desde el momento ha tomado el carácter de un poder neutral, que igualmente protege al acusado que al acusado, y que garante al mismo tiempo la libertad de los debates y la integridad del pronunciamiento final. La balanza de la justicia está ya en manos de V. E., y al decidir de la preponderancia respectiva de la acusación y de la defensa, no tiene que obedecer otro impulso que al de su conciencia, ni que seguir otra dirección que la que le determinen la ley y su propia razón. Así lo espera mi defendido, y lo espero yo al emprender la gravísima tarea que me ha cabido. Animado, pues, de una idea tan consoladora principiaré el examen de los delitos que se acumulan á Iturriaga, considerando el valor jurídico de las pruebas que apoyan los cargos, y las que fundan la inocencia del acusado, y después aguardaré sin temor el fallo que debe poner fin á este proceso, y á los padecimientos de mi protegido.

10. Dos son los delitos de que se formó cargo á Iturriaga en la confesión, y sobre los que reuda la acusación deducida por el Agente Fiscal. El primero es, la ocultación de unos ganados, que aunque vendidos á Iturriaga, se suponen pertenecientes á Federico Hornung, y existen en la estancia denominada Carreta Quemada, sita en el partido de San José del Estado Oriental; y el segundo, la complicidad que se le imputa porque sabiendo no reveló oportunamente la falsificación que aquel hizo de su firma en las innumerables letras que daba con ella la casa de Leizaola. Examinaré sucesivamente la efectividad de estas inculpaciones, y guardando el orden en que las he enunciado, me ocuparé primero de la pretendida ocultación de bienes. Véamos, pues, cuales son los fundamentos que la sostienen.

11. Estos se toman de tres fuentes, á saber: de la persona de Hornung, de la de Iturriaga y de la escritura, ya considerada en sí misma, ya con relación á los asuntos de los libros de mi protegido.

12. Los medios de prueba referentes á la conducta de Hornung son los siguientes: Primero, su carta de 11 de Diciembre de 1834 (f. 382) dirigida á D. Eugenio Carrasco, en la que se descubre que el contrato que intervino para el otorgamiento de la escritura de f. 237 fué un préstamo encubierto con la venta de la estancia, cuyo efecto no debía durar sino por el tiempo que tardare el vendedor en devolver la cantidad prestada.—Segundo, la carta de 20 de Diciembre de 1834 en que Hornung asegura (f. 395), que la venta que hizo á Iturriaga de la estancia era simulada, porque no le convenía se supiera que tenía allí tal establecimiento; en cuya virtud encargó en ella á su socio administrador, que reconduciendo á su cliente como á dueño por pura formalidad, se entendiese con él directamente en todo lo relativo á este negocio.—Tercero, en las cartas de f. 307 y 311, que se dicen dirigidas y entregadas á Iturriaga, Hornung le ofrece en garantía de las letras de que en ellas habla los ganados de Carreta Quemada; y en la de 11 de Septiembre último testimoniada á f. 337 ordenó á Carrasco procediese á su venta, instruyéndole al propio tiempo de las razones que le movían á dar semejante paso.—Cuarto, diez ó doce días antes de la quiebra D. Federico Somoza anunció á Hornung el pensamiento de pasar á la Banda Oriental á comprar unos ganados á D. N. Prado, y con tal motivo le hizo encargo de proponer á éste el cambio de su establecimiento por el de Carreta Quemada: lo que supone, que á pesar de la venta otorgada á Iturriaga, él la tenía por único dueño de la estancia.—Quinto, en Agosto de 1835 propuso D. Alejandro Martínez á Hornung (f. 201) éste le dijo que le consultaría; á los ocho días le contestó, que había determinado vender los ganados que tenía en ellos; y en efecto el 13 de Septiembre último, día anterior á su fuga, le aseguró haber dado órdenes para que se realizase esta venta.—Último: Hornung no podía vender solo el establecimiento á Iturriaga, subsistiendo como subsiste en todo su vigor el contrato de sociedad que celebró con D. Miguel Oquendo y Carrasco en 26 de Agosto de 1834 (f. 316) por el término de seis años; de consiguiente la venta es nula y de ningún valor, y como tal no ha transferido el dominio á Iturriaga.

13. Las razones que se deducen de la participación de Iturriaga en este contrato están fundadas en ciertas omisiones, que en la opinión del acusador no habrían convalidado aquel, á ser cierto que compró efectivamente la estancia de Carreta Quemada. Iturriaga, dice el Agente Fiscal, no hizo recuento de los ganados después de verificar la compra, no conoce la marca de la estancia, no ha llevado cuenta de los gastos del establecimiento ni de las utilidades que

ha producido, no ha pagado el cánón que debía por el arrendamiento de los terrenos en que está situada, sin embargo de haberse obligado á abonarlos desde 1.º de Enero de 1835 (f. 237); no ha comunicado órdenes é instrucciones á Carrasco ni á su apoderado en Montevideo, D. Juan Antonio Arteaga, para la administración de la estancia; y en fin, no ha tenido aquella dirección que tiene todo propietario en las cosas que le pertenecen. Todo esto, según el modo de ver del acusador público, arguye la simulación del contrato con tanta mayor fuerza, cuanto que no es posible atribuir estas faltas á descuido, sino al convencimiento íntimo de la ocultación que niega el acusado.

14. Se pretende asimismo descubrir pruebas intachables de la simulación en la letra de la escritura, y en la comprobación que se ha practicado de los hechos que ella enuncia, con los datos que ministran los asientos de los libros de Iturriaga. Nótese, que en aquel instrumento confiesa el vendedor haber recibido el precio de la estancia, mientras que en la cláusula en que se obliga al saneamiento supone todo lo contrario, por cuanto dice, que en el caso de evicción devolverá las sumas que lo haya entregado. Esta contradicción se observa igualmente, según el acusador, entre la escritura y los libros de Iturriaga. En ella se dá por recibido el precio de la estancia en la fecha de su otorgamiento, al paso que en uno de estos titulados *Varios apuntes*, se registran algunas partidas de dinero entregadas á cuenta con posterioridad. Mas: en el instrumento citado aparecen recibidos íntegramente los setenta mil pesos del precio convenido, cuando de su libro No. 2 compulsado á f. 392 vuelta resulta, que la entrega se hizo con el descuento de uno y medio por ciento de intereses por el término de tres meses.

15. Apoyado en tales fundamentos, el Ministerio Fiscal se juzga autorizado para inferir, que la venta de la estancia es simulada; que ha ocultado Iturriaga esta propiedad en beneficio del prófugo Hornung y en perjuicio de sus legítimos acreedores; y que por el hecho de haber prestado su nombre para semejante fraude, no solo debe ser condenado con arreglo á derecho á restituir al comprador la estancia, sino también á pagar por vía de pena otro tanto de su valor. Tales son en resumen los hechos recogidos en el proceso para sostener este cargo, y tal la conclusión que se ha sacado de ellos. Pasemos á examinarlos en el órden propuesto, y se verá bien á las claras que todos ellos no bastan para destruir la fe de la escritura pública que acredita la venta, ni para comprometer la inocencia de mi protegido.

16. Para dar el nombre y valor de pruebas á los actos del prófugo Hornung, reunidos en el proceso con el objeto de acreditar la pretendida ocultación, era preciso olvidar todos los principios de la lógica judicial que tan sabiamente han establecido las Leyes en la materia; pero hallándonos en un caso tan grave y trascendental como éste, no podemos desentendernos de ellas sin reducir á la práctica el pernicioso y reprobado axioma, de que en las causas arduas y difíciles podemos licitamente traspasar las reglas y dispensarnos de su observancia. El acusador se ha contentado con lucer el cargo é indicar el hecho, ó documentar en su fuerza; pero se ha abstenido, como de una tarea que echaria por tierra el efímero edificio de la acusación, de calificar y apreciar jurídicamente esos mismos hechos y documentos, que tanto se recomiendan á la atención del Tribunal. Parece que al obrar de este modo, no ha recordado que en esta causa se versan grandes intereses, que vé el honor de un comerciante, y la quietud de una familia respetable; y que las leyes, que prohíben las acusaciones calumniosas, imponen tácitamente al acusador, sea cual fuere, el deber de llamar á examen los medios con que pretende sostener su intución. Pero ya que él ha incurrido en una omisión tan notable, que desvirtúa toda la fuerza de los cargos que se dirigen á Iturriaga, yo supliré esta falta demostrando, que todos los argumentos tomados de la persona de Hornung nada valen, y nada importan para establecer el crimen de ocultación que se denuncia.

17. Todos los actos de Hornung, así como las declaraciones de los testigos Somoza y Martínez, tienden á probar un solo hecho, á saber: que Hornung se reputaba dueño de la estancia, y obraba como tal, aun después de firmada la escritura de venta en que mi cliente funda su dominio. El objeto se ha conseguido, porque los datos indicados justifican que Hornung proveyó por escrito v. de palabra hacer entender al Administrador Carrasco y á los testigos mencionados, que los ganados vendidos le pertenecían, y que la enajenación había sido simulada; pero qué valor tienen las aserciones de aquel contra Iturriaga? ¿Qué suponen jurídicamente sus actos para perjudicar á un tercero? ¿Qué fe se merecen las deposiciones de una de las mismas partes, cuando se pretende contradecir con ellas la simulación de un contrato? Si el Agente Fiscal se hubiera propuesto estas cuestiones, si las hubiera examinado á la simplicidad de la razón habrían encontrado, que esas cartas recogidas con tanto entusiasmo, y esas declaraciones ofrecidas como las pruebas mas sólidas de la ocultación pueden dañar á Hornung, pero

resulta
del o
35.
Curre
que el
habla
con n
El ex
la v
admin
bia ot
de Di
es cla
eto de
pudo
que n
cuya,
habria
se su
sidera
ne se
confia
nida
motiv
soria
36.
carta,
escritu
algun
racion
No se
cho q
el 11
fué d
tos co
fueron
que s
no pu
riodo
Esta
flexion
ta fué
de la
consi
to al
da la
bas d
37.
bo del
gumoso
dame
riend
contra
mient
ratific
por os
convic
la ca
cipió
traduc
perdió
mient
y en
para
pame
38.
lla c
comp
cosa,
A fav
tiempo
ha po
el ár
sue
cursos
esto
Ley
Ley
otro
por y
39.
es la
el ob
los d
del c
el en
el pu
cia,
quien
del d
carac
las I
y este
fragil
prote
cion
habla
titul
ré a
en lo
men
perro
otro
dan
del
mod
tad

resultará que tal desacerdo no proviene sino del origen a que yo le atribuyo.

35. Tercera, Iurriaga dijo en su Carta a Carrasco, que por la inclusión de Hornung vería el negocio que había hecho con él, mientras que en la de éste al propio Carrasco, no se habla de contrato alguno que pueda calificarse. El expone así mi cliente supone, que tuvo á la vista una carta en que Hornung notifica al administrador de la hacienda la venta que había otorgado á Iurriaga; y resistiendo lo de 11 de Diciembre esta suposición, claro es que no es ella sino otra muy diversa, la que fué objeto de semejante referencia. Mi protegido no pudo consentir en la remisión de una carta que no fuera conforme con la realidad del contrato celebrado y con el contenido de la suya, ni permitiéndolo contra sus intereses, habría aseverado con relación á aquella la ejecución de un negocio del que absolutamente se trataba en ella; de modo que, estas consideraciones, fortaleciendo las precedentes, vienen á demostrar que por un infame abuso de confianza, Hornung suprimió la carta convenida con Iurriaga, y la substituyó con la que motivaba la abstracción, para que no sea difícil determinar con exactitud.

36. Últimamente, Hornung supone en su carta, datada dos días antes de la fecha de la escritura, que Iurriaga le había franqueado por algún tiempo una cantidad de dinero de consideración; pero es cierto semejante préstamo? No señor: es una invención de Hornung, y una invención, que ilustra demasiado el hecho que sostengo. Mi defendido no le prestó el 11 de Diciembre ninguna suma; la primera que le entregó en pago de los ganados fué de veinte mil pesos, que según los asientos compulsados de los libros de Iurriaga (f. 192) fueron recibidos el 13 de Diciembre, día en que se extendió la escritura; y es evidente, que no pudo haber relación á esta entrega en el período transcurrido, habiéndose verificado con posterioridad á la fecha en que redactó su carta. Esta visible falsedad, agregada á las demás reflexiones que he deducido, prueba que esa carta fué dolosamente escrita y remitida en lugar de la exhibida por Hornung á Iurriaga; y de consiguiente, ella no puede servir de fundamento al cargo que refuto. Qué fi, que moralidad del autor de tan nefaria suplantación, para que solo sobre ella se hagan reposar las pruebas de la ocultación imputada á mi protegido!!!

37. Pero prescindiendo del hecho que acabo de fundar, esa propia carta de que se quiere deducir la ocultación de los ganados, me da argumentos de gran peso para satisfacer cumplidamente el cargo de que me ocupo. Discurriendo con una estricta sujeción á su tenor, el contrato que en ella describe Hornung es para mí, ó una venta con el pacto adiectivo de retrovendiendo, ó un verdadero contrato pignoraticio, habiéndose hipotéticamente, y sin abandonar por esta suposición la letra de la escritura. Si lo primero, desde el momento en que Hornung convino en transferir á Iurriaga la estancia por la cantidad estipulada, y desde que éste principió á poseerla por el intermedio del administrador Carrasco (f. 193), la venta quedó consumada, y al paso que uno de los contratantes perdió temporalmente el dominio del establecimiento, el otro le adquirió aunque con calidad de retroventa. La estancia pues, dejó de pertenecer á Hornung según su propia carta, y en esta hipótesis no quedan términos hábiles para argüir contra mi cliente la ocultación de una propiedad, que se supone real y verdaderamente enajenada á su favor.

38. Si el contrato de que se habla en aquella carta fué pignoraticio disfrazado con la compra-venta, habrá si se quiere simulación de cosa, mas no una ocultación dolosa de bienes á favor de Hornung y en perjuicio de sus legítimos acreedores. En tal hipótesis, Iurriaga ha poseído y posee la estancia *juri pignoris* con el ánimo de asegurar en todo evento el pago de su crédito, pero no con el de salvarla del Concurso en beneficio del dueño anterior. Y es esto lo que constituye el crimen de ocultación; y es acaso semejante delito el que castigan las Leyes generales y las ordenanzas mercantiles? El artículo que impone al ocultador la pena del otro tanto del valor de la cosa oculta, habla por ventura de este caso? vamos á verlo.

39. La ocultación respecto del quebrado, es la sustracción que hace de sus bienes con el objeto de conservarlos para sí, frustrando los derechos de sus acreedores; y respecto del que recibe y pone en su cabeza, es el encubrimiento malicioso de tales bienes con el propósito de que ignorándose su existencia, no puedan reclamarlos las personas á quienes interesa su conservación en el dominio del deudor. Este es el concepto jurídico que caracteriza la ocultación en el idioma de las Leyes que la consideran como un crimen, y estas las circunstancias que la constituyen tal según el espíritu de las mismas, cuyo sufragio invoca el acusador público contra mi protegido. Podría hacer una prolija enumeración de todos los delitos legales, que hablando de este delito, comprenden la ocultación de aquellas definiciones, pero me limitaré á recordar solamente las que se contraen á describir y castigar la ocultación de bienes en los casos de quiebra.

40. La Ley recopilada, que trata señaladamente de las penas que incurrían los que se alzan con hacienda ajena, ordena, que las personas que tengan mercaderías y cualesquiera otros bienes pertenecientes al fallido no los acudan con ellos, so pena de perder dos tercios del importe de lo que encubrieren de este modo, mitad para la Cámara y Fisco, y mitad para los acreedores (1). Esta Ley deter-

mina bien lo que constituye el delito de ocultación; pero la Ordenanza de comercio le explica todavía en términos mas claros y energicos. Transcribiré pues sus mismas palabras para precisar mejor la naturaleza de este crimen. Ella dice así: "Y por cuanto, en los experimentados que algunos quebrados, días á veces, (ó en los mismos) de sus quiebras, con fraude, y dolo, y de casa pensada, han extraído de sus casas y Loujas, mercaderías, alhajas, y otras cosas de valor, endozado en confianza Letras de cambio, y cedido vales y otros créditos, y derechos, pasando á poder de personas, parientes, y amigos, sin deberlos cosa alguna, y solo con el fin, y intento de recuperar después tales mercaderías y demas extraído, y sacado, imitando el porte de Letras, vales, y demas expresado para aprovecharse de todo, en perjuicio de los acreedores: Por lo que, para evitar semejantes excesos, cautelas y encubrimientos, se ordena &c." (1).

41. De estos antecedentes se deduce naturalmente, que para atribuir á la ocultación de bienes el carácter de criminal, es preciso que concurran simultáneamente el fraude del fallido que pone sus bienes en confianza para recuperarlos después, y la complicidad del que los recibe en esta forma por contribuir al éxito de semejante engaño. ¿Y hay algun vestigio de dolo por parte de Iurriaga en ese contrato, tal cual Hornung le figura en su carta? Examínese esta con la mayor severidad, y no se descubra en la conducta de mi defendido el mas ligero rasgo de malicia, ni el mas pequeño motivo para reputarle ocultador de una propiedad, que estando á la letra de aquel documento, pasó á sus manos por un título tan legítimo como verdadero. Discurramos un momento sobre los datos de esa propia carta, y el cargo aparecerá destruido con las mismas armas que se han empleado para establecerlo.

42. Según la carta tantas veces citada, Hornung traspasó á Iurriaga el dominio de la estancia por vía de prenda, pero en esto no obró por pura confianza y sin deberle cosa alguna, como dice la Ordenanza, sino porque se confesó deudor del préstamo de una gran cantidad: le mandó reconocer por único dueño de los ganados, no para ponerlos fuera del conocimiento y alcance de sus acreedores, y aprovecharse de ellos al abrigo del secreto, sino para cumplir el compromiso que le imponía el convenio, cuya existencia él propio asevera: aceptó mi cliente el reconocimiento para hacerse de una garantía de la devolución de su capital, mas no para que á la sombra de su nombre, el alzado consumase con una nueva expoliación la desgracia de sus acreedores: como prestamista ha conservado la prenda para sí, y por este solo hecho excluye de una vez el derecho del mismo Hornung y la intención de cualquier accionista á los bienes de su propiedad; de suerte, que en el origen, en los motivos, en el designio, y en los resultados de aquel contrato todo es relativo al interés de Iurriaga, todo tiende á garantizar el pago del dinero prestado, y nada hay que ni remotamente pueda ceder en beneficio y utilidad del quebrado. ¿En qué consiste pues la ocultación de que es acusado mi defendido? ¿Se encuentran en este contrato los caracteres distintivos con que describen las Leyes este crimen? ¿Le habrá otorgado Iurriaga por usar del derecho que le confiere el propio documento con que se lo reargüa? V. E. lo decidirá con el mejor acierto, puesto que no se halla agitado de intereses que puedan extraviar su juicio en el laberinto de este proceso.

43. Se me replicará quizá, que la simulación basta para fundar el cargo que impugno, porque ella importa verdaderamente un encubrimiento punible; pero yo responderé, que toda vez que se disfrazó un contrato hay ciertamente ocultación, mas no esa ocultación de bienes en perjuicio de tercero, que es la que miran con horror y castigan las Leyes. La que resulta del disfraz de un contrato con otro no es prohibida, siempre que ambos sean del número de los permitidos, *quod contractus simulatus à lito ad lictum, jure non est irritum* (2). En tal caso, el contrato vale tal cual es, y no tal cual aparece, porque la simulación no puede alterar la naturaleza de las convenciones: *fingendo veritas extingui non potuit obligatio* (3). Esta es la doctrina de todas las Leyes y de todos los autores, y esto lo que nos enseña en muy pocas palabras un comentarista del derecho romano, que tratando de la donación simulada con la apariencia de la compra venta, se explica así: *Et ita si non valet quod ago, ut ego, valet ut valere plecti. Non valet ut emptio, valet ut donatio: inspicitur voluntas contrahentium quibus animus fuit donare, ita ut veras contrahunt donationis praevallet simulata venditio* (4). Si pues la simulación ejecutada en aquella forma no es reprochada por derecho, la que expresa la carta de Hornung, caso de ser verdadera, ni presenta materia para hacer á Iurriaga ninguna inculpación, ni puede ser objeto de ninguna persecución criminal.

44. No se diga que el pacto pignoraticio es prohibido por nuestras Leyes, y que por tanto no puede ser disfrazado con la venta sin incurrir en alguna pena. Esta objeción á mi modo de ver, es insignificante y sin resultado en la presente causa. Primero, porque sea lo que fuere de la realidad actual de tal prohibición, Iurriaga pudo celebrar aquel pacto, desde que por la naturaleza de su ejercicio pudo lícitamente prestar á intereses. El contrato pignoraticio era

(1) Art. 25, Cap. 17. Ord. de Bilb.

(2) *Brannan cit. per Merl. verb. simulat.*

(3) No. 3.

(4) L. 13 Cod. de Solut

(5) Góthofredo Glos. L. 3 Cod. de Contrah. compl.

reprochado, porque lo era tambien esta clase de préstamos; así que en todos los casos y en todos los países en que estos se permiten por Ley ó costumbre, se autoriza igualmente aquel, como una convención que contribuye á garantizarlos (1). Segundo, porque la Ley que prohibe simular con el pacto incluido, no limita á declarar que tal engaño como este no debe celebrarse, según probado tal pleito, que verdaderamente fuese préstamo, *de la carta de la vendida fuese fecha por enfita* (2); pero no reprueba el verdadero contrato, no le deja sin efecto, pues que vale en la forma que puede y debe valer: no constituye de su misma prohibición un modo de adquirir contra el prestamista; y en una palabra, no hace un delito de esta especie de simulaciones, contentándose con reducirlas á la verdad de lo estipulado por las partes. Si puede dudarse todavía de la verdad de estos conceptos, la Ley Romana de que trae su origen la de Partida asevera de confirmarlos. *Emptio pignoris causa facta, dice esta Ley, non quod scriptum est, sed quod gestum est inspicitur* (3).

45. Estas consideraciones me autorizan para insistir sin reparo en mis deducciones anteriores. Si el contrato pignoraticio no era prohibido á Hornung á Iurriaga, luego tampoco los era su simulación: si vale y debe observarse como cualquier otro contrato, luego mi protegido posee la estancia en virtud de un título legal; y si la tenencia á su nombre es legítima por las razones analizadas, luego no hay ocultación á favor del alzado y en perjuicio de sus acreedores, luego no hay crimen de que pueda hacerse cargo á Iurriaga en el negocio de los ganados. No obstante todo esto, concederé si se quiere, que este contrato pudiera en algunos casos abrir camino á reclamaciones civiles por parte de los acreedores que se juzgaran damnificados por él, ó que creyeran tener un derecho preferente al de mi protegido para ser pagados con el producto de las haciendas; pero jamás convendré en que el ejercicio de estas acciones puramente civiles, bastaría por sí sola para procesar á los que le han celebrado, sin infringir ninguna ley prohibitiva y penal. ¿Cuántos disgustos se habrían evitado, si sobreponiéndose el acusador público á las prevenciones que han formado los propios acreedores del fallido, se hubiera detenido por un instante á calificar los hechos con imparcialidad, para descubrir si había ó no delitos que castigar! ¿Y cuántas vejaciones y males no se habrían ahorrado á mi cliente, si antes de comprometerlo en los azarosos resultados de este proceso, aquel hubiera valorado con sujeción á los principios de la ciencia legal los medios probatorios de que se ha servido para sostener la acusación!!!

46. Se ha visto ya que, aun haciendo al acusador la generosa concesión de admitir como verdadera la carta de 11 de Diciembre, no puede deducirse de ella una prueba que convenza á Iurriaga de la ocultación de que es acusado, y que por el contrario, respetando hipotéticamente como cierto su contenido, fluyen de ella misma los argumentos mas elucyentes en justificación de su inocencia. Las demas que se recuerdan para apoyar el cargo que examino no reclaman una consideración especial, porque siendo una consecuencia necesaria de la primera, obra contra ellas la mayor parte de los razonamientos con que he intentado su falsedad, nulidad é inconsecuencia á los ojos de la acusación. Sin embargo conviene observar las contradicciones que entre ellos se advierten á primera vista, para que si restare todavía alguna especie de duda respecto de los sordidos manejos de Hornung contra Iurriaga, y de la estulticia y profunda malicia con que ha procedido en este infame negocio, se acabe de disipar al golpe de luz que sus propias cartas dienden sobre su conducta.

47. En la de 11 de Diciembre Hornung indicó el préstamo de una gran suma de dinero como la causa impulsiva del reconocimiento que mandaba hacer de Iurriaga en calidad de dueño de la estancia; pero siempre inseguro en los medios de desenvolver las siniestras concepciones de su espíritu, al poco tiempo de haber escrito esta carta, muda ya de lenguaje, pretendiendo un diverso colorido y origen á la enajenación de los ganados. En la de 20 de Diciembre, no es ya el préstamo de una fuerte cantidad, no el deseo de garantirla á mi cliente lo que le decidió á transferirle aparentemente el dominio de las haciendas, sino otras consideraciones tan vagas y equívocas como insignificantes y pueriles. *Vd. está impuesto de la relación mia con Iurriaga, dice en ella Hornung á Carrasco, á lo que se agrega que puedo valerme de mi amigo Arteaga en Montevideo sin tener que pagar comisiones, y sobre todo no quiero valerme de Cavallion y Juanico: por estas razones convine con Iurriaga de que él se hiciera en el nombre de dueño; pero Vd. no tiene mas que ver con él que reconocerlo por la formalidad.* Compárese la letra de esta carta con el contenido de aquella, y se conocerá fácilmente la variedad y contradicción de un ánimo siempre inquieto, y siempre desconfiado de sí propio y de todo cuanto le rodea.

48. En la primera ordena el reconocimiento de Iurriaga, porque confiesa que éste le ha prestado una cantidad de dinero, y en la segunda por el trivial motivo de su relación con él, en aquella como con este paso garantiza el pago de la suma prestada, y en esta sirve de la amistad de Arteaga con mi defendido, sin retirarle sus servicios: en la una, el reconocimiento importaba una prenda sujeta á una responsabilidad efectiva, por todo el tiempo que se retardare la devolución del capital, y en la otra

(1) *Merlin Quest. de Droit verb. cont. pignorat. et Rept. de Juris. verb. simulat.* §. 5. No. 2.

(2) L. 40 tit. 11 Part. 5.

(3) L. 3 Cod. Plus valet quod agitur &c.

es una mera formalidad y una pura ficción; y por decirlo todo, en la una Iurriaga aparece dueño de las haciendas de una manera positiva y real, y en la otra le es únicamente en el nombre por motivos tan vanos, como inconducientes á los objetos que en ella se manifiestan. ¿Y de qué sirve tanta diversidad en las concepciones? ¿Do qué mas nos incertidumbre y esta vacilación en el señalamiento de las causas, medios, y fines de un negocio tan sencillo?

49. La verdad es una, y el que se decide á publicarla, no tiene necesidad de rodeos, ni tiene razón para corregirlos á cada instante. Hornung había vendido los ganados y firmado la escritura de venta; mas conociendo cuanto importaba á su crédito en esta plaza aparecer como propietario de ellos, echó mano del artificio y del engaño para mantener á Carrasco en esta falsa persuasión, y ocultarle misteriosamente la realidad de las cosas. Para hacerle entender la simulación de la venta bastaba que una sola vez se la hubiera asegurado; pero descender en su correspondencia á tantos pormenores, empeñarse en tantas y tan variadas explicaciones sobre este asunto, era absolutamente superfluo á su propósito, y solo podía conducir á rodear de nubes la verdad, á emborrazar dudas acerca de la sinceridad del contrato, y á presentarle á la vista como un acto que no tenía otro ser que el de la ficción. A pesar de todo esto, por una anomalía que no alcanzo á explicar, ese testimonio contradictorio, falso y vicioso de Hornung, que no podía servirnos de guía en la dirección de los negocios mas comunes y menos importantes de la vida, es el que funda el cargo de la ocultación, y es al que confía el Ministerio Fiscal la resolución de un juicio, en que vá á mi protegido todo cuanto hay de mas estimable para el hombre en sociedad.

50. Pero no es esto todo: en la carta de 11 de Septiembre Hornung ordena á Carrasco procediese á vender los ganados después de la parición, y entre otras cosas que le indica, le asegura, que sus principales compromisos son con Iurriaga, y que por este motivo le había firmado la escritura. En la de 20 de Diciembre se desentendió completamente de sus obligaciones hacia mi defendido, y para motivar la orden de reconocimiento, hizo mérito vagamente de sus relaciones con él; pero necesitaba un pretexto para disponer la venta de las haciendas sin alarmar á Carrasco, y al instante lo volvió su primera idea, (el préstamo de una cantidad de dinero de consideración), que después de haberla abandonado en esta carta, pretendió hacerla valer en la de 11 de Septiembre. Además de esto, en las dos comunicaciones de Diciembre de 1834 nada dijo Hornung á Carrasco acerca del otorgamiento de aquel instrumento, y lo mas que avanzó en la primera fué el concepto de que Iurriaga se había contentado con una carta, para que se lo reconociese como á propietario de la estancia; mas en la de 11 de Septiembre del siguiente año le anuncia por primera vez su existencia, pero se la anuncia á los nueve meses menos dos días de haberse extendido en la oficina de Llamas.

51. Estas constantes variaciones en todas las cartas del alzado, sus reticencias en unas, sus prolijas é inútiles explicaciones en otras, esas trazas indignas de que se sirva para evitar hasta el recuerdo de la escritura, y ese inquieto deseo que hace anteveer de ocultar la verdad de lo que ha sido autorizado con su propia firma, son indicios bien claros y evidentes de que obraba de mala fé en este negocio, de que hacia traición á sus propios empeños, y de que halagado por la idea de hacer figura por mas tiempo en este comercio, tomó el infame partido de engañar á la vez á Iurriaga y Carrasco. Todos estos hechos serian suficientes para inspirar recelos contra el testimonio de la persona mas caracterizada y circunspecta, y con mayor razón bastan para hacernos mirar, no diré solamente con desprecio, sino con horror todos los asertos de Hornung, que por el tamaño y singularidad de sus extravíos, ha perdido el derecho para exigir el crédito y ascenso que dispensamos al último de los hombres. Con todo eso, su palabra es la prueba principal que se alega contra mi defendido, su palabra la que ha sido el fundamento de las esperanzas que ha hecho concebir este proceso, y su palabra en fin, la que se ofrece como base de un juicio que debe decidir de la reputación de un ciudadano honrado, y del futuro bienestar de una numerosa familia. Pero V. E. tiene sobrada prevision y experiencia para no asentir contra el espíritu de la ley (1) á tal contradictoria atestación; y este conocimiento me hace esperar, que no pasará cosa alguna en el ánimo de los Sres. Ministros nada de cuanto aparece en el proceso, garantido por el solo testimonio del prófugo Hornung.

52. Todas las observaciones analizadas hasta aquí para destruir la fé que se intenta atribuir á la correspondencia de Hornung con Carrasco, son aplicables en toda su extensión á las cartas copiadas á prensa (f. 307 y 311) con que se piensa demostrar, que sin embargo de la escritura de venta, aquel ofreció á Iurriaga los ganados en garantía de las Letras falsificadas que circulaban en la plaza; y tanto por esta circunstancia, cuanto por que en concepto del acusado tienen esas cartas una conexión mas próxima y directa con la falsificación, me reservo considerarlas separadamente, cuando me ocupe del examen del segundo cargo.

53. Los hechos atestiguados por Somoza y Martinez no tienen mayor fuerza que las cartas de Hornung para probar la ocultación de los ganados. Tales hechos acreditan la intención que este había formado de cambiar ó vender las haciendas de Carreta Quemada; pero su inten-

(1) Arg. de la L. 111 in fin. tit. 18 P. 3.

ción no justifica en ningún sentido, que la venta no fuese efectiva, que la escritura en que él mismo aparece como parte es simulada, y que Iruñaga no es el legítimo y verdadero dueño de ellas. Horning pudo no solo proyectar el cambio o nueva venta del establecimiento, sino también realizar la engañación por estos o cualesquier otros medios; mas el estelionato, en que él habría incurrido en tal caso, no daría al Ministerio Público, ó á los acreedores una acción contra la validez de la compra de Iruñaga, por que *aliquis circumventio alii non probat actionem* (1), ni sería una prueba á favor de la ocultación denunciada, porque la culpa del uno no debe imputarse á otro que no haya parte (2). Todo lo que se puede deducir de los hechos acaecidos por Somoza y Martínez es la verdad y exactitud de lo que mi protegido dijo en el acto de su confesión, á saber: que Horning se consideraba dueño de las haciendas, como se había creído de las firmas mas respetables de la plaza. ¿Y puede esto fundar un motivo de inculpación contra Iruñaga? No señor: la razón natural primero que las Leyes nos enseña, que la responsabilidad de los actos humanos, bien sea en los contratos, bien en los delitos queda siempre circunscripta á la persona de su autor (3).

54. Fuera de las deposiciones de los dos testigos indicados, aparece en el proceso (f. 234) un certificado del General D. Félix Altaga relativamente á la pertenencia de los ganados. El asegura que estando en Montevideo oyó al Dr. D. Florencio Varela, que la estancia de Carreta Quemada era de la propiedad de Horning, aunque corría por de Iruñaga; y que por lo demás el certificado considera este mismo como una cosa positiva en aquella ciudad. Por mas consideraciones que se merezca la persona de este testigo, ninguna importancia tiene en esta causa su declaración, porque no es testigo original, y porque nada deponer por ciencia ó conocimiento propio. Por este motivo no coloqué su certificación entre las pruebas de este primer cargo, y por lo mismo es que no creo ahora necesario hacerla materia de una seria refutación.

55. La contrata de sociedad asentada entre Horning, Ogando y Carrasco ha sido considerada en esta causa bajo un doble aspecto. En la confesión la recordó el mismo Juez comisionado no como una prueba de la ocultación, sino como un argumento de que Iruñaga no pudo contratar con Carrasco, ó intervenir en las utilidades del establecimiento comprado; mas en la acusación Fiscal figura después bajo el carácter de un capítulo de nulidad, bastante por si para dejar sin efecto la venta de las haciendas. Esta incertidumbre en la calificación es importante de aquel documento nos manifiesta, que ningún auxilio ofrece al intento del acusador, que pueda agravar contra mi cliente el estado de la cuestión; á pesar de esto, haré unas ligeras indicaciones, que justificando la exactitud de este concepto, descubran la inconducencia de semejante papel.

56. Iruñaga había asegurado en sus declaraciones indagatorias, que Carrasco estaba interesado por él en la mitad de las utilidades del establecimiento que administraba, y queriendo el Juez indicar convencerlo de la falsedad de esta aserción, le reconviene con aquel documento, fundado en que, subsistiendo el contrato á que se refiere, no podía contratar con dicho Carrasco. Pero había mérito á semejante reconversión? ¿Puede ese documento que mi cliente no se produjo con verdad acerca del interés asignado á Carrasco? Ni una cosa ni la otra. No lo primero, porque el fundamento de tal reconversión es falso. Ogando había declarado (f. 213) muchos antes de que se tomase confesión á Iruñaga, que no tenía parte alguna en la estancia de Carreta Quemada, y que firmó la contrata exhibida, por la sola razón de que Horning así se lo había exigido. Desde este punto no era cierto, como se sienta en el cargo, que subsistía *vigente el contrato de sociedad*; y el Juez instructor no pudo ni debió pretextar, hablo en términos jurídicos, la existencia de tal hecho para abrirse el paso á una reconversión nugatoria, antilegal y reprobada. No lo segundo, porque la subsistencia de aquella figura societaria nada tenía de común con el partido que Iruñaga hizo á Carrasco en cumplimiento de lo ofrecido al vendedor de las haciendas. Aquel ignoró hasta el momento de la confesión que existía ese contrato de compañía; así que no pudo considerarlo como un embarazo para tratar libremente con una persona, que no creía rentada á ningunos otros compromisos que los que tenía con Horning. Pero sea de esto lo que fuere yo no trepido en afirmar que de ese documento si nulado no fluye un solo argumento que tienda á probar la ocultación, ni el mas leve motivo para persuadirse, que mi protegido inventó para salir del apuro la especie de haber interesado á Carrasco en los productos de la estancia.

57. El reparo que hace el Agente Fiscal contra la validez de la venta, está completamente desvanecido con las reflexiones precedentes. Si es falso que Ogando era socio de Horning en el establecimiento de Carreta Quemada, luego éste pudo venderle sin el conocimiento de aquel, luego habiéndolo vendido ha engañación es válida y legal. ¿Qué importa contra esto que la simulación de la sociedad se haya descubierto después de la venta? La publicación ó el encubrimiento de semejante ficción era acaso un suceso que diese ó quitase á Horning la facultad de vender unos ganados que todos reputaban de su propiedad? Sobre todo, por que Horning no pudiese engañar ¿se deduce que el comprador de las haciendas es

un oculador fraudulento? De ninguna manera. Si Horning pudo ó no vender sin el asenso de sus socios, es una cuestión que toca á la capacidad legal de esa persona; y mientras que podría hacerse valer en otras circunstancias como un medio de nulidad, jamás puede imputarse como un indicio probatorio de la pretendida ocultación (1).

58. Los argumentos tomados de las omisiones de Iruñaga, para demostrar que la estancia pertenecía al alzado Horning, no merecerían ocupar un lugar en este informe, si el Ministerio Fiscal no los hubiese consignado en la acusación con un aire de importancia que no tienen. ¿Qué pueden influir esas omisiones en el juicio de los Magistrados para declarar la ocultación de un bien trasferido de una manera pública y solemne? ¿Qué hay de común entre el encubrimiento de una propiedad ajena y el descuido que puede tener el dueño respecto de las cosas que le pertenecen? ¿A quién ha ocurrido jamás que la negligencia de un propietario en la administración de sus bienes es una prueba contra sus títulos? Estaba reservado, Excmo. Sr., para esta malhadada causa, el uso de principios tan ajenos de la sana razón como inconsistentes con las reglas del buen criterio; con todo eso, ya que el cargo de la ocultación aparece formado bajo la influencia de tales ideas, satisficé á cada una de las omisiones notadas, amplificando lo que Iruñaga dijo en su confesión sobre este particular.

59. Se reconviene á mi defendido porque no hizo recuento de los ganados cuando verificó la compra de la estancia, pero ¿era necesaria tal operación para adquirir el dominio de la cosa vendida? No habrá ciertamente uno que responda que sí. Luego si no era precisa semejante providencia, su omisión no presenta asidero á la presunción que impugno. Si no era de necesidad aquel recuento para trasferir el dominio, tampoco fué indispensable en opinión de Iruñaga para asegurar la entrega total de la cosa vendida. Consta por la carta de Carrasco, adjunta al escrito de contestación y entregada á Iruñaga por Horning en el acto de la venta, que mos y medio antes de haberse ajustado el contrato, se había contado la hacienda existente en aquel establecimiento, dando esta diligencia el resultado de que se ve en la misma, y que fué copiado en la escritura con muy pocas diferencias. Mi protegido no tuvo entonces motivo para sospechar de la buena fe de Horning; tampoco lo tuvo para descuidar de Carrasco, especialmente cuando por el hecho de quedar siempre al cargo de la administración, debía responderle en todo caso del número de los ganados descriptos en su propia carta; y por todo esto, descausando en la exactitud de la expresada razón, no dispuso el recuento que echó menos el acusador, reservándose hacerlo para cuando hubiese concluido la parición, según lo asegura también Carrasco en su deposición. ¿Tiene esto algo de extraño é inverosímil? Solo quien vea las cosas con los ojos del interés, podrá encontrar en este proceder algo de reprehensible, y algo que haga presumir la ocultación de que se trata.

60. Agrega el acusador que Iruñaga no conoce la marca de los ganados; mas yo respondo, que no por esto la estancia deja de ser suya. ¿Qué hay que admirarse de la ignorancia de Iruñaga, cuando vemos diariamente que hombres de su clase no dan á estas noticias la importancia que tienen para las personas vendidas en esta especie de negocios? Su comprador y administrador del establecimiento las conocía muy bien, y esto debía tranquilizarlo para no entrar en investigaciones, envia necesidad tal vez no le ocurrió en medio de las multiplicadas atenciones de un giro activo, vasto y complicado.

61. Que no ha llevado cuenta de los gastos y productos del establecimiento es otra de las omisiones que se nota en la conducta de Iruñaga. Este argumento es no solo débil sino también inepto. La cuenta de gastos debe llevarla el que los hace, y el que por razón de su oficio está obligado á rendirla al dueño de la administración: impecar tal obligación á Iruñaga es trastornar todas las ideas, es pedirle imposibles para despees formarle cargos por la injerencia de lo que no le corresponde ni ha podido verificar de modo alguno. Iruñaga, como dueño de la estancia, es quien podía tomar cuenta al administrador, mas no es él quien debía llevar la de inversión de los fondos entregados por su apoderado, como lo supone el acusador. Otro tanto debe decir de la cuenta de utilidades del establecimiento. Pedir razón á Iruñaga de las operaciones que se han practicado en la estancia bajo la dirección de un tercero, sería una exigencia bien repugnante y extraña; demandársela de los provechos, antes de que hubiese dado un balance general al negocio, es una pretensión tan absurda como inexecutable. No temo asegurar, Excmo. Sr., que esta es la primera vez que á un comerciante se le ha formado cargo, porque pendiente el curso de una negociación cualquiera, ignora las utilidades que de ella ha reportado. ¿Quién estaría seguro de no ser perseguido á cada momento si se prevaleciesen y dominasen en el foro los principios que elevan á la clase de delitos la ignorancia inculpada y la omisión de actos que ninguna ley prescribe?

62. No obstante esto, se han exhibido en el proceso (f. 248) las cuentas relativas á la estancia de Carreta Quemada, rendidas por Carrasco al apoderado Artega, y la de los desembolsos que este ha hecho por encargo de Iruñaga. En ellas aparecen las únicas

operaciones que se han ejecutado desde que mi defendido compró aquel establecimiento y lo único que hasta ahora puede ser materia de investigación; sin embargo, si se deseara saber la inversión por menor de los fondos recibidos por Carrasco, faltaría sería obtener en los mismos términos que Iruñaga se la habría podido, á no haberse impedido las desagradables circunstancias de esta causa.

63. Que Iruñaga no ha pagado hasta ahora los arrendamientos del terreno que ocupan las haciendas, es una especie que tampoco justifica la ocultación. Es verdad que él quedó obligado por la escritura de compra á pagarlos desde el 1 de Enero de 1835: lo es también que Horning los abonó á D. Pascual Costa hasta Octubre del mismo año (f. 378); pero á pesar de todo esto, nada se deduce de semejantes actos contra la sinceridad de la venta, porque ni el pago ni el no pago del canon tienen conexión alguna con la supuesta ocultación de la estancia. Mas claro: por haber pagado Horning á Costa los arrendamientos no puede inferirse en buena lógica, que las haciendas de Carreta Quemada pertenecían á aquel, y que jamás fueron realmente vendidas á Iruñaga; porque la paga pudo hacerse sin alzar en cosa alguna el dominio, ni desnaturalizar los derechos del verdadero propietario y dueño del canon no devengado. Horning y los que hoy le representan tienen una acción expedita para demandar á Iruñaga el reembolso de la cantidad anticipada por él, pero esto no les confiere ni las apariencias de un título para llamarse dueños del establecimiento vendido, y por lo tanto sostener la simulación de la venta.

64. Mi protegido ha dicho antes de ahora (f. 190), que teniendo Horning cuentas pendientes con el dueño de los campos, quedó éste en formarle cargo por los arrendamientos, cuando las hubiere arreglado de remate; agregando que por esta razón no los ha pagado, y se reconoce deudor de todos los vencidos hasta aquí. Este convenio, aunque puramente privado y verbal, está suficientemente comprobado en el proceso por la declaración de Carrasco (f. 231) y por una de las cartas (f. 99) que Horning dirigió á Leizaola desde su fuga. Aquel testigo asegura, que en Julio de 1835 entre otras cosas Horning le dijo: que tenía que convenir sobre el arrendamiento con D. Pascual Costa, pues no quería que éste tuviera intervención en la venta á Iruñaga, porque no suculencia, *la venta de Pascual se aprovechara, como quisiera, cuando se efectuara la compra de los Ingleses*. Véase pues en esta declaración, como á pesar de ser de cuenta de Iruñaga el pago del canon, Horning por sus miras particulares no quiso que él se entendiera con el dueño de los terrenos; y véase asimismo, como no hay contradicción en este punto entre el texto de la escritura y la razón que ha dado mi cliente, para no haber pagado hasta ahora los arrendamientos de los campos de Carreta Quemada. Esto mismo resulta de aquel período, *no he concluido de arreglarlos con Iruñaga, pero difícil que algo mas me tocara*, que se registra en la carta citada. Hallándose concluido el pago de la estancia, y no habiendo ningunas otras cuentas entre Horning é Iruñaga, tal concepto solo podía referirse á los arrendamientos que aquel había abonado por éste, pues era lo único que quedaba pendiente entre ellos, y lo único que podía ser materia de un arreglo. Pero júzguese sobre el particular lo que mejor parezca, que no por esto dejaré de ser cierto, que el haber ejecutado Horning este pago no supone necesariamente radicado en su persona el dominio de la estancia, ni ministra un argumento ó un indicio á favor de la ocultación criminal que se atribuye á mi defendido.

65. Últimamente, acrimina el Ministerio Fiscal á Iruñaga porque no ha dado instrucciones á Carrasco ni á su apoderado en Montevideo acerca de la administración de la estancia, ni ha tenido en ella aquella dirección que lo correspondía como á propietario. Este cargo es tan vano y pueril como todos los anteriores. Un hombre como Iruñaga, que no conoce esta clase de negocios, no podía hacer otra cosa que encargarse á Carrasco la mayor diligencia y cuidado en la administración de aquellas haciendas. El ignora el orden y mecanismo de los establecimientos de campo, y por tanto nada podía recomendar al administrador á este respecto; así que en esta parte, todo lo libró á su inteligencia y probidad, confiando en que como interesado, se empeñaría en el adelantamiento y prosperidad de este negocio. ¿Y qué deberes ha menbrado al obrar de este modo? No los determinará sin duda el acusador que tan ligeramente le inculpa por supuestas omisiones.

66. En cuanto á Artega, mi cliente no debió tampoco obrar de otra manera. El le hizo sus encargos particulares (según debe resultar de su última declaración), para que estando siempre al corriente de la comportación del administrador, le pusiese en estado de poder consultar oportunamente la conservación de sus intereses. ¿Qué mas podía y debía prevenir á su apoderado? ¿Se quería tal vez que Iruñaga le hubiese especificado en sus instrucciones el orden que debía seguirse en las operaciones de la estancia, la oportunidad y modo en que debían ejecutarse? ¿Qué otra intervención que aquella que correspondía tomar como á dueño del establecimiento, hallándose á una gran distancia del lugar donde está situado? En vez de reproducir servilmente los cargos infundados de la confesión, habría sido mas útil que el Agente Fiscal se hubiera convalidado á indicar los deberes que ha quebrantado Iruñaga, y la razón que constituye la criminalidad de esas pretendidas omisiones; pero al hacerlo habria descubierto la debilidad y futilidad de las reconversiones, y he ahí porque ha seguido un plan diverso, que si bien contribuye á sostener las impresiones desfavorables derramadas estúpidamente contra mi cliente,

no influyen en la investigación y descubrimiento de la verdad.

67. Las contradicciones que nota el acusador en la escritura (f. 237) no debían ser caracterizadas como indicios de la ocultación, porque seguramente no provienen de otro principio que de una equivocación gramatical; así que, por cualquier lado que se examine, sea de la yerro de pluma, como se espera comprobarlo con esta causa, no se descubre que la otorgó, y la deposición del oficial encargado del registro. El vendedor se confesó recibido del precio convenido, no es de suponerse por lo tanto, que quisiese corregir y retractarse en el acto mismo en que expresó su reconocimiento. Esto habría sido una necesidad imperdonable, y denotada de los asientos de que Horning tenía sobrada capacidad, para no incurrir intencionalmente en semejante torpeza. Cualquiera que sea el carácter bajo el que se considere aquella venta, esa contradicción no puede tener otra importancia que la de un error en el uso de los tiempos del verbo haber. Si la entrega del precio fué real y efectiva no había para que venir en la escritura un concepto que arguyese lo contrario: si fué falsa ó simulada, estaba en el interés del otorgante no dejar un vestigio por donde pudiera descubrirse lo mismo que trataba de esconder; así que, por cualquier lado que se examine aquella especie, nada otra cosa se descubre que una equivocación de puro hecho, que ni puede alterar la verdad de las cosas, ni perjudicar á esa persona que no la ha padecido.

68. No es mas considerable la contradicción que se observa entre la escritura y los libros de Iruñaga, y el Agente Fiscal se habría retraído de producirla como una prueba de la ocultación, si se hubiera impuesto de lo que quiere decir en el comercio una *entrega de contado*. Dase este nombre, no solamente á la numeración actual de una cantidad, sino también á la que se ejecuta á términos breves como son una, dos ó mas semanas; así que, conformándose Horning é Iruñaga con esta costumbre calificaron de *entrega al contado*, y calificaron bien, las que el segundo hizo al primero por cuenta del precio de la estancia desde el 13 de Diciembre de 1834 hasta el 17 de Enero del siguiente año. Obrando en este concepto, el uno confesó simplemente en la escritura el recibo del precio, y el mismo día en que esta fué otorgada, el otro asentó en su libro principal la entrega como ejecutada de una vez. Que Iruñaga procedió de esta forma por el motivo insinuado, lo comprueban los asientos del libro *Apuñales* (f. 139), que corren compilados en el proceso (f. 178). En ellos aparecen colocadas las diversas partidas de dinero en las propias fechas en que pasaron á manos de Horning; y á pensar Iruñaga, que haciendo en esta forma la entrega del precio convenido, no cumplía con sus deberes, habria equivocado de uniformar estas notas con la constancia de su libro principal, guardándose de describir sus operaciones con la sencillez y verdad con que hoy aparecen á la vista de todos los que la juzgan sin prevención y parcialidad. ¿Hay en esto contradicción? Yo no la percibo, ni la habria descubierto el Ministerio Fiscal, si hubiese considerado las cosas en su verdadero punto de vista.

69. Se repara también que en la escritura se dicen íntegramente recibidos los setenta mil pesos precio de la estancia, al paso que en uno de los libros de Iruñaga se ve que lo fueron con el descuento de uno y medio por ciento por el término de tres meses. El hecho es efectivo, y lo ha confesado como tal Iruñaga, pero habiéndose verificado este descuento por convenio, nada tiene de irregular y sospechoso. Mi cliente habia sido forzado por Horning á comprar la estancia, cuando menos pensaba en negocios de campo: éste necesitaba urgentemente el dinero: Iruñaga no tenía disponible la suma que se le pidió por el establecimiento: debía tomarla en la plaza por el término ordinario de tres meses, pagando el interés del uno y medio por ciento; lo previno al vendedor, indicándole que solo entraría en esta compra, abonándole sobre aquella cantidad el interés insinuado; y como urgía á Horning realizar este contrato para hacerse de fondos, según lo reconoce en una de sus cartas (f. 382), convino con Iruñaga en abonarle el descuento, porque de otro modo no habria conseguido ajustar el semejante contrato. Esta es la historia fiel de lo ocurrido sobre el particular, y este el motivo porque aparece por una parte, notado el descuento en el libro de Iruñaga, y por otra Horning que no recibió en la escritura de todo el precio estipulado, para una operación tan frecuente y tan natural en el comercio que sorprende realmente haya podido ser materia de un cargo. Mi protegido no ha reportado ventaja alguna del modo como se ejecutó este negocio: el interés abonado por Horning fué á parar á manos de otros; y aun cuando no hubiese sucedido así, al celebrar la compra él pudo licitamente sacar esta pequeña utilidad de un negocio, emprendido solamente por librarse de las importunas solicitudes del vendedor. Digase después de estas explicaciones, si hay contradicción entre la escritura y los asientos del libro principal, y si la forma en que realmente fué concluido este contrato da lugar á sospechar siquiera la ocultación de que es acusado mi cliente.

70. En la confesión de Iruñaga se han deducido las contradicciones refutadas, con el solo objeto de probar que no recibió de la estancia los fué entregado á Horning, y se ha logrado este designio? ¿Consta de algun modo que mi cliente le retiene? No temo sostener que los esfuerzos que se han hecho á este propósito no han producido el efecto que se esperaba. Contra el texto expreso de la ley (1), el Juez comisionado manda exhibir

(Continuad.)

(1) L. 40 de reg. juris.
(2) L. 18 tit. 34 Part. 7.
(3) L. 27 § 3, f. de Paci.—L. 9, tit. 31, Part. 7.

(4) *Marín Repert. de Jurispr. verbi. simulat.*
§. 4.

(1) *Ced. de 14 de Diciembre de 1745 inserta en la orden de Bib. pag. 255.*

mente para destruir la fuerza del finiquito? ¿Qué rrazón ha tenido para fijarse con especialidad en ellas, y no en todas las demás falsas que han registrado los Síndicos? ¿Porque Hornung hubiera seguido falsificando la firma de Iruirriga después de su arreglo de cuentas con la casa de Lezica, se infiere que la cancelación es simulada, ó que se obtuvo por algún arbitrio siniestro y reprobado? ¿Acaso al ajusto debía quitar á Hornung el poder al mismo y moral de continuar la falsificación? Cuanto más discurre sobre la conducta del acusador tanto menos comprendo los principios que le han guiado en este proceso, ni la razón por que se haya permitido la deducción de cargos que no tienen otro fundamento que las arbitrarias é ilegales suposiciones á que se ha avanzado. Los juicios no son como las disputas de los sofistas: ellos tienen por objeto investigar la verdad por los medios que aconseja la ley y aconseja la razón, y no ensayar la destreza y el ingenio con cavilidades y sofismas.

140. Aun siendo cierta la cancelación, dice el acusador, Iruirriga no la anunció al público como lo prescribe la Ordenanza: dio lugar con esta omisión á que se formasen en el comercio falsos conceptos; y por tanto debe sobarsar los perjuicios que de esto se han seguido. ¿Que discurso tan frívolo en un asunto tan grave! ¿Que deducciones en un juicio criminal de tanta magnitud y trascendencia! La Ordenanza mercantil no imponía á Iruirriga la obligación de comunicar al público la cancelación de sus negocios con la casa de Lezica, y el artículo 4.º que se refiere el acusador nada dice de donde pueda deducirse semejante deber. El habla, como lo demuestra la letra de todo el Capítulo 10.º de aquel Código, de las sociedades generales que se forman bajo un nombre colectivo, y no de las particulares ó en participación como ha sido la de Iruirriga con la casa de Lezica sobre ciertos y determinados negocios, que ésta ha dirigido bajo su propio nombre y no bajo una razón social. Tampoco ordena que la disolución de aquellas sociedades se participe al público, sino que haya de comunicarse á todos aquellos con quienes *hayan tenido* (los socios) y *tengan* cuentas y correspondencias de comercio. ¿Y qué cuentas y correspondencias ha causado con los tenedores de las letras falsas ó verdaderas la participación de Iruirriga en algunos negocios de la casa de Lezica? Es bien notable que el acusador no las haya indicado, para hacer mas perceptible la exactitud con que aplica aquel artículo á la cancelación que refiere.

141. El Agente Fiscal no ha entrado á deslindar este punto, porque conoció sin duda que á poco andar, sus propios esfuerzos habrían descubierto la verdad que oculta, y patentizado la arbitrariedad y la nada de aquel cargo; sin embargo, por no rayarle del número de los que han hecho á Iruirriga, dice: que siendo de tanta magnitud aquellos negocios, era tanto mas precisa la publicidad de su cancelación. ¿Que réplica tan miserable! Faltar á las convenciones privadas no es un crimen: la infracción de la ley es el único que le constituye; de consiguiente, para calificar de delito la omisión de un acto, que habria producido una utilidad ó ventaja, es indispensable que existiese alguna que le hubiese preceptuado con anterioridad. Cítese una determinación legal para que todos los negocios comerciales de gravedad é importancia deban anunciarse á voz de pregon ó por edictos, y entonces concederé que ha habido motivo para recargar á mi cliente por aquel defecto, aunque jamás convendría que por esto le fuera á complicarse en la falsificación de Hornung, que es lo que se debía probar, y lo que nunca podrá justificarse con los indicios que no tengan coherencia alguna con este delito.

142. Las confrontaciones practicadas entre los asientos de las letras de Iruirriga y la razón de las falsas que daba la casa de Lezica han demostrado, según el acusador, que hay conformidad entre algunas de ellas en fechas y cantidades, y esta conformidad arguye que aquésta estaba complicada en la falsificación de su firma. Este argumento recibió gran fuerza para el público con la planilla núm. 1.º de las adjuntas al extracto de la causa, tanto que se le ha tenido después por un dato incontestable de la culpabilidad de mi protegido; pero si he de decir francamente lo que pienso, yo no encuentro justificados los hechos sobre que descansa aquel argumento, ni tampoco entiendo la ilación necesaria entre lo antecedente y la consecuencia deducida, ni alcanzo el modo como puede hacerse servir para la justificación de este delito.

143. Para que el cargo apoyado sobre aquella conformidad fuera atendible, debió probarse con toda la plenitud legal, que las letras cotizadas con los asientos compulsados son falsas; porque siendo verdaderas, esa conformidad en vez de probar cosa alguna contra Iruirriga desvanecería completamente la reconvencción. ¿Y se ha acreditado de ningún modo la falsedad de esas letras? ¿Consta legalmente que no son las mismas á que se refieren los asientos denunciados? No Señor. Esas letras no han sido exhibidas á Iruirriga ni en las declaraciones indagatorias ni en la confesión; no las ha reconocido como verdaderas ni desechado como falsas; de suerte que el hecho sobre que se han formado la confrontación y el recargo no está sostenido con la única probanza que podía establecerse por la ley.

144. El cotejo de esas letras practicando por los calígrafos Sánchez y Peña no suple el defecto del reconocimiento, ni puede afirmar judicialmente el hecho de que son falsas. Este medio supletorio, á que solo puede ocurrirse cuando la verdad ó la falsedad de las escrituras no

puede averiguarse por confesión de parte, no ha podido adhirirse á los cuatro pagarrós de letras de f. 979, 270, 280 y 289; porque en ninguno de ellos aparece la firma de Iruirriga, sino unos rasgos de ella ó de la rubrica. Respecto de las cinco letras restantes, el cotejo, aunque verificable, no acredita la falsedad sobre que está basada la confrontación insinuada. Prescindiendo de la cuestión, si según nuestras leyes debe ó no permitirse la comparación en las escrituras privadas, como un pagarró, un recibo y cualquier otra que no esté otorgada ante Escribano público, la ejecutada por aquellos peritos no prueba que esas letras no son las propias á que hacen relación los asientos compulsados; pues con arreglo á derecho (1) ni la semejanza absoluta ni en desemejanza en la letra, ó en la forma bastan para comprobar que las confrontadas son verdaderas ó falsas. Si pues no se encuentra justificada acabadamente la falsedad, la confrontación es como si no existiese, y por lo mismo no ha habido mérito para reconvenir á mi cliente con el resultado que ella ha producido.

145. Con todo eso, permitiré por solo adelantar el discurso, que es indubitable el hecho de que las letras mencionadas son falsas; se deducirá por esto que son las mismas de que Iruirriga tiene constancia en sus libros? No: porque la planilla núm. 1.º presenta una infinitud de diferencias que destruyen esta pretendida identidad. Seria inútil enumerarlas una á una, cuando la perspicacia del tribunal puede descubrirlas á la mas ligera inspección de aquel documento; pero no es posible omitir la indicación de algunas, que por sí solas bastan para justificar mis conceptos. Me reduciré á las siguientes. La primera y cuarta letra de la columna de los asientos son aceptadas por Iruirriga, y las respectivas de la opuesta lo son por Lezica; la segunda y tercera letra de aquella enuncian unas letras de la aceptación de mi defendido, y las correlativas unos pagarrós del mismo; y la quinta, sexta y séptima letra de la primera columna aparecen aceptadas tambien por mi cliente, y las correspondientes de la segunda giradas por él. De consiguiente, todas estas letras y pagarrós, aunque sean conformes en las fechas y cantidades, son esencialmente diferentes; y esa conformidad ocasional que se ha notado no puede establecer la identidad de que parte este cargo. Véanse originalmente los asientos y letras á que se refiere aquella planilla, y los propios documentos patentizarán la exactitud de estas observaciones.

146. Las letras de la octava y novena línea de ambas columnas están giradas y aceptadas por las mismas personas. Pero ¿hasta esta circunstancia para inferir que Iruirriga supo que se hubiesen dado á la circulación y lo tolerase á sabiendas? De ningún modo; porque tal operación pudo ejecutarse muy bien, como se verificó, sin su noticia ni consentimiento. Esa conformidad puede ser efecto de un accidente; y entretanto la simple posibilidad de que haya nacido de un acuerdo entre Iruirriga y Hornung no legitima el presente recargo. Si algo prueba tal conformidad es, que el falsificador obra con cálculo y prevision al derramar en la plaza las letras falsificadas, y que para engañar de una vez á los tomadores y á mi protegido uniformaba las falsas con las verdaderas en fechas y cantidades. Este no era un mal arbitrio para conseguir simultáneamente ambos objetos; pero es un mal argumento el que deduce de esa conformidad, para evidenciar la conveniencia con que reconviene á mi defendido. Así pues, bien se considere jurídicamente injustificada la falsedad de las letras confrontadas con los asientos de los libros de Iruirriga, bien se juzgue suficientemente acreditado este hecho no resulta demostrada su complicidad en el delito perpetrado y confesado por Hornung.

147. Los libros de que se han compulsado asientos que han servido para aquellas confrontaciones no están foliados, y á mas se notan antepuestas ó postpuestas las fechas de aquellos:—cosa que no ha podido suceder, según el acusador, sin algún propósito doloso y fraudulento. La primera parte de esta proposición enuncia un hecho verdadero, pero no un hecho criminal en sí, ni con relación al delito que motiva la acusación. La falta de foliatura en un libro de comercio no es un crimen, y cuando mas formaría una culpa, cuya responsabilidad jamás seria penal sino civil. Tal falta podría debilitar algun tanto la fe de los libros mercantiles en el caso de controversia judicial; pero nunca pasarían sus efectos hasta legitimar contra el comerciante un proceso cualquiera, y servir de presunción á delitos sin conexión con semejante defecto. Ese libro, sin embargo, no tiene una sola hoja arrancada, ni manifiesta alguna otra lesión en su estructura material; y esto demuestra, que la omisión que se nota no ha sido intencional, sino el resultado de una imprudencia ó imprevision que no ha producido perjuicio á tercero, ni puede ser materia de un juicio criminal. El acusador podrá pensar sobre esto lo que quiera, que en cuanto á mi es toy persuadido, que no puede deducirse de aquella falta el silencio criminal que se imputa á Iruirriga para encubrir la falsificación de su firma.

148. La segunda parte de aquella proposición es tan inexacta, que bastaria para justificarla la sola exhibición del libro compulsado. Las fechas de los asientos de letras se hallan segundadas: guardan el orden de los años, meses y días en que estas han sido giradas ó aceptadas; y en su relación de tiempo ó de anterioridad, no hay cosa alguna que reparar. Lo único que podrá advertirse es, que entre esos asientos hay

algunas hojas intermedias, que contienen otros pertenecientes á diversos negocios con la propia casa de Lezica; pero esto no es lo mismo que la antelación y postposición que supone el acusador entre los que se refieren á las letras. No obstante esto, permitiendo por un instante la posibilidad de la falta que se objeta, ¿qué importancia esto al juicio del día? ¿Qué consecuencia tendria á probar el delito que lo motiva? ¿De qué clase de dolo vendria á ser responsable Iruirriga en tal caso? El Ministerio Fiscal no lo ha determinado, como tampoco lo ha verificado en otros cargos; porque ha olvidado absolutamente en esta causa el encargo que hace al acusador la Ley romana: *Item exigit Pater ut comprehenderit, quid dolo malo factum sit. Scire enim debet actor, in quibus circumscriptus sit: nec in tanto crimine vagari* (1) Cualquiera que sea la estimación que se merezca el hecho en que se funda esta reconvencción, se deducirá una culpa de la omisión de una de las formalidades que exige la Ordenanza en los libros de comercio; pero jamás podrá sacarse un argumento que próxima ó remotamente justifique el conocimiento y tolerancia de la falsificación de Hornung.

149. El hecho mismo expresivo é importante para el acusador, de todos cuantos figuran en esta causa contra Iruirriga, es la entrega que hizo á D. Narciso Martínez de tres Letras con su firma y la de su hermano, en lugar de otras falsas que tenia dadas por la casa de Lezica. Este suceso que ha representado el primer papel en la historia de este agitado proceso, ha sido considerado por unos como un indicio vellemente de que Iruirriga sabia y toleraba la falsificación de su firma, por otros como una cosa indiferente; y por muchos en fin, como una acción noble y generosa. Yo no me empeñaré directamente en determinar su verdadero carácter moral; pero si trataré de manifestar que ese acto sobre el que se han hecho tantas y tan diversos comentarios no forma una presunción que por sí sola, ó ayudada de los demás motivos de cargo recopilados en esta causa, baste á persuadir que Iruirriga ha sido sabedor y encubridor de aquel delito.

150. La sencilla narración de los antecedentes del pago hecho á Martínez no solamente satisface cumplidamente este cargo, sino que demuestra hasta la evidencia que Iruirriga ignoró que su firma habia sido falsificada en las innumerables Letras que han parecido con ella desde el alzamiento de Hornung. Martínez se presentó á mi cliente el 11 de Septiembre de 1835 de dos días y medio de la tarde, y le preguntó si tenia algunas Letras con la casa de Lezica; y como desde el 4 de Mayo del mismo año no habia dado á este su firma en giros, aceptaciones ni de cualquier otro modo, le preguntó la causa ¿una verdadera extrañeza. Al primer golpe de vista conoció la inmensa trascendencia de su contestación, y por esto dijo á Martínez, que iba á veriguar lo que habia sobre el particular, y que á la noche le responderia. Al momento hizo llamar á Hornung á su casa, é interrogándole que Letras eran las que tenia Martínez con su firma, le contestó: *Que por Dios no perdiese la casa, que en unos apuros que habia tenido las habia echado á la plaza*. Entendió con esto Iruirriga, que su firma habia sido falsificada en aquellas letras; y reconociendo á Hornung con la energía que correspondia al tamaño de semejante exceso, este ofreció llevarle al siguiente día los 30,000 pesos que ellas importaban. Aquel no quiso admitir tal promesa por no implicarse en esta desgraciada ocurrencia, y le repuso que las pagase por sí mismo al tener.

151. En la noche del mismo 11 ocurrió Martínez á casa de mi protegido, y conducido entre los sentimientos de benevolencia que lo habian guiado en su primera entrevista, se limitó á decirle: *que no sabia que equivocaciones habia habido en la casa con esas Letras*, pero que habian quedado en pagarlas al día siguiente. Iruirriga creyó de buena fe las protestas de Hornung y para tranquilizar á Martínez á cerca del pago, le agregó, que él le haria si la casa de Lezica no lo verificaba. A la noche siguiente, Hornung vió á Iruirriga, le aseguró que las Letras estaban ya arregladas, y quedó este en la persuasión de que habian sido pagadas, como lo habia prometido; pero habiendo llegado á su noticia el 15 de aquel mes la fuga de Hornung, buscó á Martínez y supo por él, que no le habian sido abonadas. Cumpliendo entonces su oferta le dió tres Letras giradas por su hermano y aceptadas por él, expresando que lo hacia por ser hombre de bien y tener palabra, á pedirle que *le habia sido engañado* (f. 61): *recogió las Letras*; y consultado por la infamia con que le habia hablado Hornung, las devolvió. Esta es la relación de lo ocurrido en el pago de las Letras tal cual Iruirriga la hizo en su primera declaración, y tal cual Martínez la habia dado anteriormente en la parte que le toca; y á presencia de los diversos hechos que ella enuncia ocurren dos observaciones que desvanecen el cargo que se ha formulado á mi cliente á consecuencia de este suceso.

152. Es la primera, que á saber Iruirriga desde antes del 11 de Septiembre que Hornung le habia falsificado su firma, no se habria conducido como se condujo con Martínez. Si tuvo tal conocimiento y consintió en la falsificación, no debió sorprenderse de la pregunta que este le dirigió; porque á cada instante debía esperar que algunos de tantos tenedores le hiciese igual averiguación, para cerciorarse de la legitimidad de su firma. Si ademas estaba de acuerdo con el falsificador para el caso de un descubrimiento impensado, no habia razon de trepidar en la res-

puesta; porque el acuerdo tendria por objeto convenir entre ellos lo que era preciso decir en tal hipótesis. ¿Y qué conducta observó mi defendido en la ocurrencia indicada? ¿Procedió como seria de esperarse de que, teniendo noticia de la falsificación, la hubiera tolerado y convalidado como el delincuente en los medios de ocultarla? La narración presente decide esta cuestión por la negativa.

153. Iruirriga recibió con la mayor sorpresa la pregunta de Martínez, porque le ofreció un caso que jamás habia conocido ni previsto: se recogió en sí mismo para discurrir lo que convenia responder, porque nunca se habia preparado á un suceso que no debía aguardar; no dijo á Martínez, en el acto, que tenia letras con la casa de Lezica, sino que lo averiguaria, porque ignorando haberse falsificado, no habia concertado cosa alguna con el falsificador; así pues, toda su marcha en este acontecimiento, supone que no supo hasta entonces el delito de Hornung, y que no existia entre ellos ninguna especie de concierto, para autorizar este crimen ni para encubrirlo. Si era sabedor del abuso infame que aquel habia hecho de su firma ¿porqué estrañó una pregunta que debía esperar de un momento á otro con mas ó menos probabilidad? Si estaba de acuerdo con el alzado sobre todo lo relativo á la falsificación ¿cómo es que olvidó la contestación convenida en el momento preciso en que debía darla? ¿Por qué no dijo llanamente que las letras eran verdaderas, por qué no las pagó en silencio, supuesto que el falsificador obraba de conformidad con él? Y si no podia responder de este modo, ¿qué importaba el presunto acuerdo, qué ventaja producía al que le habia promovido? Sobre todo ¿por qué en vez de ocultar la falsificación la dejó entender á Martínez con su sorpresa y con sus respuestas dilatorias? Todo esto es incomprendible desde que se admita la peregrina idea de que Iruirriga supo la falsificación, y acordó con Hornung las providencias conducentes á su encubrimiento; al paso que suponemos, como es justo suponer, la ignorancia de este crimen todo lo coincide y explica sin dificultad.

154. No desvanecen estas reflexiones el recargo que en la confesión se hizo á Iruirriga, porque habiendo dicho á Martínez, que no sabia que equivocaciones habia habido en la casa, con esas Letras... no solo consistió en la falsificación de su firma, sino que tambien encubrió al autor de esa y otras falsificaciones. Tal respuesta no daba lugar á esta reconvencción, porque en ella mi defendido indicó claramente á Martínez, que eran falsas las letras sobre que lo interrogaba. Este es el pensamiento; y la moderación del lenguaje en que fué enunciado no le altera ni disfraza. La circunspección y miramientos que caracterizan á Iruirriga no le permitian explicarse en términos mas fuertes: ignoraba entonces todas las maquinaciones de Hornung: no queria ofender con expresiones duras el crédito de una casa que le conservaba íntegro en el comercio; y lo ahí porqué calificó de aquella manera la falsificación de su firma. ¿Y puede decirse por esto, que la consintió, y encubrió al perpetrador? No Señor: Martínez entendió bien que se le hablaba de falsificación, y cualquiera hubiera entendido lo mismo, encontrándose en su propia posición. Si el modo con que se expresó Iruirriga dejaba motivo de duda, los hechos la habrían desvanecido, explicando eloquentemente sus conceptos. No se referia á la falsificación ¿qué venia á confundirle o que le transmitió de parte de Hornung? ¿Por qué le prometió á nombre de este el pago de las letras antes de su vencimiento? ¿Por qué no le dijo que eran suyas? Cuando él no las habia firmado ¿qué otra idea podian expresar esas equivocaciones, sino la de la falsificación? Si trataba de ocultar este delito con una frase ó una palabra ambigua ¿para qué ofreceria á Martínez pagarlas las letras, caso que no lo ejecutase la casa de Lezica? ¿No habria sido mas sencillo y conducente á este propósito reconocer sencillamente su legitimidad? Examinese por cualquier lado la respuesta de Iruirriga, y todos convendrán conmigo en que nada menos envuelve que el deseo de ocultar aquel crimen y al que lo habia perpetrado.

155. La segunda es, que á tener conocimiento Iruirriga de que Hornung habia plagado el comercio de sus firmas falsas, no hubiera ofrecido á Martínez pagar sus letras, si no le hubiese la casa de Lezica. En aquel caso era muy natural, que mi protegido tuviera una idea aproximada de las cantidades ó del número de letras que corrían con su firma falsificada; y con tal antecedente ¿habria creído á Hornung, cuando le aseguró que no existían otras falsas que las de Martínez? ¿Se hubiera determinado á pagarlas en este concepto? No es posible ni aun imaginario. Iruirriga se habria guardado bien de hacerlo, porque al oírlo andaría receloso en aquella suposición su propia tolerancia, y al mismo tiempo se exponia á los reclamos de todos los demás tenedores de letras falsas. Muy pocos alcances eran precisos para prevenir estos resultados, y muchos menos para evitarlos, abstiniéndose de envolverse en las consecuencias de este pago. Un comerciante que gozaba de una fortuna considerable, no querría perderla en un instante con un paso tan imprudente y aventurado, ni el padre de una numerosa familia se habria decidido á reducirla de un golpe á la mendicidad por un acto de indiscreción y de torpeza. Esto sera lo único que hubiera logrado Iruirriga, verificando el pago de Martínez después de tener un conocimiento acabado de la falsificación; y si le hemos de juzgar según los sentimientos mas comunes del hombre, es forzoso confesar que tal abono, lejos de suponer la ciencia de aquel delito, arguye en él una com-

ción no justifica en ningún sentido, que la venta no fuese efectiva, que la escritura en que él mismo aparece como parte es simulada, y que Iurriaga no es el legítimo y verdadero dueño de ellas. Horning pudo no solo proyectar el cambio ó nueva venta del establecimiento, sino también realizar la enagenación por otros ó cualesquiera otros medios; mas el establecimiento, en que él habría incurrido en tal caso, no sería al Ministerio público, ó á los acreedores una acción contra la validez de la compra de Iurriaga, por que *alterius circumventio aliis non praebet actionem* (1), ni sería una prueba á favor de la ocultación denunciada, porque la culpa del *non debet emperci á otro que non aya parte* (2). Todo lo que se puede deducir de los hechos acaecidos por Somoza y Martínez es la verdad y exactitud de lo que mi protegido dijo en el acto de su confesión, á saber: que Horning se consideraba dueño de las haciendas, como se había creído de las firmas mas respetables de la plaza. ¿Y puede esto fundar un motivo de inculpación contra Iurriaga? No señor: la razón natural primero que las Leyes nos enseña, que la responsabilidad de los actos humanos, bien sea en los contratos, bien en los delitos queda siempre circunscrita á la persona de su autor (3).

54. Fuera de las deposiciones de los dos testigos indicados, aparece en el proceso (f. 234) un certificado del General D. Felix Alzaga relativamente á la pertenencia de los ganados. El asegura que estando en Montevideo oyó al Dr. D. Florencio Varela, que la estancia de Carreta Quemada era de la propiedad de Horning, aunque corría por de Iurriaga; y que por lo demás el certificado considera este mismo como una cosa positiva en aquella ciudad. Por mas consideraciones que se merezca la persona de este testigo, ninguna importancia tiene en esta causa su declaración, porque no es testigo original, y porque nada deponer por ciencia ó conocimiento propio. Por este motivo no coloqué su certificación entre las pruebas de este primer cargo, y por lo mismo es que no creo ahora necesario hacerla materia de una seria refutación.

55. La contrata de sociedad asentada entre Horning, Ogando y Carrasco ha sido considerada en esta causa bajo un doble aspecto. En la confesión la recordó el mismo Juez comisionado como una prueba de la ocultación, sino como un argumento de que Iurriaga no pudo contratar con Carrasco, ó interesarlo en las utilidades del establecimiento comprado; y mas en la acusación Fiscal figura después bajo el carácter de un capítulo de nulidad, bastante por si para dejar sin efecto la venta de las haciendas. Esta incertidumbre en la calificación ó importancia de aquel documento nos manifiesta, que ningún auxilio ofrece al intento del acusador, que pueda agravar contra mi cliente el estado de la cuestión; á pesar de esto, haré unas ligeras indicaciones, que justificando la exactitud de este concepto, descubran la inconducencia de semejante papel.

56. Iurriaga había asegurado en sus declaraciones indagatorias, que Carrasco estaba interesado por él en la mitad de las utilidades del establecimiento que administraba, y queriendo el Juez indicarlo convencerlo de la falsedad de esta aserción, lo reconviene con aquel documento, fundado en que subsistiendo el contrato á que se refiere, no podía *contratar con dicho Carrasco*. ¿Pero había mérito á semejante reconvencción? ¿Prueba ese documento que mi cliente no se produjo con verdad acerca del interés asignado á Carrasco? Ni una cosa ni la otra. No lo primero, porque el fundamento de tal reconvencción es falso. Ogando había declarado (f. 213) mucho antes de que se tomase confesión á Iurriaga, que no tenía parte alguna en la estancia de Carreta Quemada, y que firmó la contrata exhibida, por la sola razón de que Horning así se lo había exigido. Desde este punto no era cierto, como se sienta en el cargo, que subsistía *vigente el contrato de sociedad*; y el Juez instructor no pudo ni debió pretextar, hablo en términos jurídicos, la existencia de tal hecho para abrir el paso á una reconvencción nugatoria, antilegal y reprobada. No lo segundo, porque la subsistencia de aquella figurada sociedad nada tenía de común con el partido que Iurriaga hizo á Carrasco en cumplimiento de lo ofrecido al vendedor de las haciendas. Aquel ignoró hasta el momento de la confesión que existía ese contrato de compañía; así que no pudo considerarlo como un embarazo para tratar libremente con una persona, que no creía rentada á ningunos otras compromisos que los que tenía con Horning. Pero sea de esto lo que fuere yo no trepido en afirmar que de ese documento si nullo no fluye un solo argumento que tienda á probar la ocultación, ni el mas leve motivo para persuadirse, que mi protegido inventó para salir del apuro la especie de haber interesado á Carrasco en los productos de la estancia.

57. El reparo que hace el Agente Fiscal contra la validez de la venta, está completamente desvanecido con las reflexiones precedentes. Si es falso que Ogando era socio de Horning en el establecimiento de Carreta Quemada, luego éste pudo venderle á él el conocimiento de aquel, luego habiéndolo vendido la enagenación es válida y legal. ¿Qué importa contra esto que la simulación de la sociedad se haya descubierto después de la venta? La publicación ó el encubrimiento de semejante ficción era acaso un suceso que diese ó quitase á Horning la facultad de vender unos ganados que todos reputaban de su propiedad? Sobre todo, por que Horning no pudiese engañar ¿se deduce que el comprador de las haciendas es

un ocultador fraudulento? De ninguna manera. Si Horning pudo ó no vender sin el asenso de sus socios, es una cuestión que toca á la capacidad legal de su persona; y mientras que podría hacerse valer en otras circunstancias como un medio de nulidad, jamás puede emplearse como un indicio probatorio de la pretendida ocultación (1).

58. Los argumentos tomados de las omisiones de Iurriaga, para demostrar que la estancia pertenece al alzado Horning, no merecerían ocupar un lugar en este informe, si el Ministerio Fiscal no los hubiese consignado en la acusación con un aire de importancia que no tienen. ¿Qué pueden influir esas omisiones en el juicio de los Magistrados para declarar la ocultación de un bien transferido de una manera pública y solemne? ¿Qué hay de común entre el encubrimiento de una propiedad ajena y el descuido que puede tener el dueño respecto de las cosas que le pertenecen? ¿A quién ha ocurrido jamás que la negligencia de un propietario en la administración de sus bienes es una prueba contra sus títulos? Estaba reservado, Exmo. Sr. para esta malhadada causa, el uso de principios tan ajenos de la sana razón como inconsistentes con las reglas del buen criterio; con todo eso, ya que el cargo de la ocultación aparece formado bajo la influencia de tales ideas, satisfaré á cada una de las omisiones notadas, amplificando lo que Iurriaga dijo en su confesión sobre este particular.

59. Se reconviene á mi defendido porque no hizo recuento de los ganados cuando verificó la compra de la estancia, pero ¿era necesaria tal operación para adquirir el dominio de la cosa vendida? No habrá ciertamente uno que responda que sí. Luego si no era precisa semejante providencia, su omisión no prescinde asidero á la presunción que impugno. Si no era de necesidad aquel recuento para transferir el dominio, tampoco fué indispensable en opinión de Iurriaga para asegurar la entrega total de la cosa vendida. Consta por la carta de Carrasco, adjunta al escrito de contestación y entregada á Iurriaga por Horning en el acto de la venta, que mes y medio antes de haberse ajustado el contrato, se había contado la hacienda existente en aquel establecimiento, dando esta diligencia el resultado que se ve en la misma, y que fué copiado en la escritura con muy pocas diferencias. Mi protegido no tuvo entonces motivo para sospechar de la buena fé de Horning; tampoco lo tuvo para desconfiar de Carrasco, especialmente cuando por el hecho de quedar siempre al cargo de la administración, debía responderle en todo caso del número de los ganados descritos en su propia carta; y por todo esto, desconfiando en la exactitud de la expresada razón, no dispuso el recuento que echó menos el acusador, reservándose hacerlo para cuando hubiese concluido la parición, según lo asegura también Carrasco en su deposición. ¿Tiene esto algo de extraño ó inverosímil? Solo quien vea las cosas con los ojos del interés, podrá encontrar en este proceder algo de reprehensible, y algo que haga presumir la ocultación de que se trata.

60. Agrega el acusador que Iurriaga no conocía la marca de los ganados; mas yo respondo que no por eso la estancia deja de ser propia. ¿Qué hay que admirarse de la ignorancia de Iurriaga, cuando vemos diariamente que hombres de su clase no dan á estas noticias la importancia que tienen para las personas verdaderas en esta especie de negocios? Su compañero y administrador del establecimiento las conocía muy bien, y esto debía tranquilizarle para no entrar en investigaciones, cuya necesidad tal vez no le ocurrió en medio de las multiplicadas atenciones de un giro activo, vasto y complicado.

61. Que no ha llevado cuenta de los gastos y productos del establecimiento es otra de las omisiones que se nota en la conducta de Iurriaga. Este argumento es no solo débil sino también inepto. La cuenta de gastos debe llevarla el que los hace, y el que por razón de su oficio está obligado á rendir al dueño de la administración; imponer tal obligación á Iurriaga es trastornar todas las ideas, es pedirle imposibles para después formularle cargos por la inexecución de lo que no le corresponde ni ha podido verificar de modo alguno. Iurriaga, como dueño de la estancia, es quien podía tomar cuenta al administrador, mas no es él quien debía llevar la de inversión de los fondos entregados por su apoderado, como lo supone el acusador. Otro tanto debo decir de la cuenta de utilidades del establecimiento. Pedir razón á Iurriaga de las operaciones que se han practicado en la estancia bajo la dirección de un tercero, sería una exigencia bien repugnante y extraña; demandársela de los provechos, antes de que hubiese dado un balance general al negocio, es una pretensión tan absurda como inequívoca. No temo asegurar, Exmo. Sr. que esta es la primera vez que á un comerciante se le ha formado cargo, porque pendiente el curso de una negociación cualquiera, ignora las utilidades que de ella ha reportado. ¿Quién estaría seguro de no ser perseguido á cada momento si prevaleciesen y dominasen en el foro los principios que elevan á la clase de delitos la ignorancia inculpada y la omisión de actos que ninguna ley prescribe?

62. No obstante esto, se han exhibido en el proceso (f. 218) las cuentas relativas á la estancia de Carreta Quemada, rendidas por Carrasco al apoderado Artega, y la de los desembolsos que este ha hecho por encargo de Iurriaga. En ellas aparecen las únicas

operaciones que se han ejecutado desde que mi defendido compró aquel establecimiento y lo único que hasta ahora puede ser materia de investigación; sin embargo, si se deseara saber la inversión por menor de los fondos recibidos por Carrasco, fácil sería obtenerla en los mismos términos que Iurriaga se la habría pedido, á no habersele impedido las desagradables circunstancias de esta causa.

63. Que Iurriaga no ha pagado hasta ahora los arrendamientos del terreno que ocupan las haciendas, es una especie que tampoco justifica la ocultación. Es verdad que él quedó obligado por la escritura de compra á pagarlos desde el 1 de Enero de 1835: lo es también que Horning los abonó á D. Pascual Costa hasta Octubre del mismo año (f. 378); pero á pesar de todo esto, nada se deduce de semejantes actos contra la sinceridad de la venta, porque ni el pago ni el no pago del canon tiene conexión alguna con la supuesta ocultación de la estancia. Mas claro: por haber pagado Horning á Costa los arrendamientos no puede inferirse en buena lógica, que las haciendas de Carreta Quemada pertenecían á aquel, y que jamás fueron realmente vendidas á Iurriaga; porque la paga pudo hacerse sin alterar en esa alguna el dominio, ni desnaturalizar los derechos del verdadero propietario y deudor del canon devengado. Horning y los que hoy le representan tienen una acción expedita para demandar á Iurriaga el reembolso de la cantidad anticipada por él, pero esto no les confiere ni las apariencias de un título para llamarse dueños del establecimiento vendido, y por lo tanto sostener la simulación de la venta.

64. Mi protegido ha dicho antes de ahora (f. 199), que teniendo Horning cuentas pendientes con el dueño de los campos, quedó éste en formarle cargo por los arrendamientos, cuando las hubiere arreglado de remate; agregando que por esta razón no los ha pagado, y se reconoce deudor de todos los vencidos hasta aquí. Este convenio, aunque puramente privado y verbal, está suficientemente comprobado en el proceso por la declaración de Carrasco (f. 231) y por una de las cartas (f. 99) que Horning dirigió á Leizaola después de su fuga. Aquel testigo asegura, que en Julio de 1835 entre otras cosas Horning le dijo: *que tenía que concertar sobre el arrendamiento con D. Pascual Costa, pues no quería que éste tuviera intervención en la venta de Iurriaga, porque no sucediera, que D. Pascual se aprovechara, como quisiera cuando se efectuó la compra á los Ingleses*. Véase pues en esta declaración, como á pesar de ser de cuenta de Iurriaga el pago del canon, Horning por sus miras particulares no quiso que él se entendiera con el dueño de los terrenos; y véase asimismo, como no hay contradicción en este punto entre el texto de la escritura y la razón que ha dado mi cliente, para no haber pagado hasta ahora los arrendamientos de los campos de Carreta Quemada. Esto mismo resulta de aquel período, no he concluido de arreglarle con Iurriaga, pero difícil que algo mas me tocara, que se registra en la carta citada. Hallándose concluido el pago de la estancia, y no habiendo ningunas otras cuentas entre Horning é Iurriaga, tal concepto solo podía referirse á los arrendamientos que aquel había abonado por éste, pues era el único que quedaba pendiente entre ellos, y lo único que podía ser materia de un arreglo. Pero ¿árguese sobre el particular lo que mejor parezca, que no por esto dejará de ser cierto, que el haber ejecutado Horning este pago no supone necesariamente radiado en su persona el dominio de la estancia, ni ministra un argumento ó un indicio á favor de esa ocultación criminal? Se atribuye á mi defendido.

65. Últimamente, acrimina el Ministerio Fiscal á Iurriaga porque no ha dado instrucciones á Carrasco ni á su apoderado en Montevideo acerca de la administración de la estancia, ni ha tenido en ella aquella dirección que le correspondía como propietario. Este cargo es tan vano y pueril como todos los anteriores. Un hombre como Iurriaga, que no conoce esta clase de negocios, no podía hacer otra cosa, que encargarse la mayor diligencia y cuidado en la administración de aquellas haciendas. El ignora el orden y mecanismo de los establecimientos de campo, y por tanto nada podía recomendar al administrador á este respecto; así es que en esta parte, todo lo libró á su inteligencia y probidad, confiando en que como interesado, se emplearía en el adelantamiento y prosperidad de este negocio. ¿Y qué deberes ha quebrantado al obrar de este modo? No los determinará sin duda el acusador que tan ligeramente le inculpa por supuestas omisiones.

66. En cuanto á Artega, mi cliente no debió tampoco obrar de otra manera. El le hizo sus encargos particulares (según debe resultar de su última declaración), para que estando siempre al corriente de la comportamiento del administrador, le pusiese en estado de poder consultar oportunamente la conservación de sus intereses. ¿Qué más podía y debía prevenir á un apoderado? ¿Se quería tal vez que Iurriaga le hubiese especificado en sus instrucciones el orden que debía seguirse en las operaciones de la estancia, la oportunidad y modo en que debían ejecutarse? ¿Qué otra intervención en aquella le correspondía tomar como á dueño del establecimiento, hallándose á una gran distancia del lugar donde está situado? En vez de reproducir servilmente los cargos infundados de la confesión, habría sido más útil que el Agente Fiscal se hubiera contraído á indicar los deberes que ha quebrantado Iurriaga, y la razón que constituye la criminalidad de esas pretendidas omisiones; pero al hacerlo habría descubierto la debilidad y futilidad de las reconvencciones, y se habría seguido un plan diverso, que si bien contribuye á sostener las impresiones desfavorables derramadas estupidamente contra mi cliente,

nada influyen en la investigación y descubrimiento de la verdad.

67. Las contradicciones que nota el acusador en la escritura (f. 237) no debían ser caracterizadas como indicios de la ocultación, porque segun se ve en el texto, el principio que de una equivocación gramatical ó de un yerro de pluma, como espere comprobarlo con el testimonio del Escribano que la otorgó, y la deposición del oficial encargado del registro. El vendedor se confesó recibido del precio convenido, no es de suponerse por lo tanto, que quisiese corregir y retractarse en el acto mismo en que expresó su reconocimiento. Esto habría sido una necesidad imperdonable, y demasados datos nos asistien de que Horning tenía sobrada capacidad, para no incurrir intencionalmente en semejante torpeza. Cualquiera que sea el carácter bajo el que se considere aquella venta, esa contradicción no puede tener otra importancia que la de un error en el uso de los tiempos del verbo haber. Si la entrega del precio fué real y efectiva no había para que verter en la escritura un concepto que expresase lo contrario: si fué falsa ó simulada, estaba en el interés del otorgante no dejar un vestigio por donde pudiera descubrirse lo mismo que trataba de ocultar: así que, por cualquier lado que se examine aquella especie, nada otra cosa se descubre que una equivocación de puro hecho, que ni puede alterar la verdad de las cosas, ni perjudicar á una persona que no la ha padecido.

68. No es mas considerable la contradicción que se observa entre la escritura y los libros de Iurriaga, y el Agente Fiscal se habría retraído de producirla como una prueba de la ocultación, si se hubiera impuesto de lo que quiere decir en el comercio una *entrega de contado*. Dase este nombre, no solamente á la numeración actual de una cantidad, sino también á la que se ejecuta á términos breves como son una, dos ó mas semanas; así que, conformándose Horning é Iurriaga con esta costumbre calificaron de *entrega al contado*, y calificaron bien, las que el segundo hizo al primero por cuenta del precio de la estancia desde el 13 de Diciembre de 1834 hasta el 17 de Enero del siguiente año. Ocurriendo en este concepto, el uso confesó simplemente en la escritura el recibo del precio, y el mismo día en que esta fué otorgada, el otro asentó en su libro principal la entrega como ejecutada de una vez. Que Iurriaga procedió en esta forma, por el motivo insinuado, lo comprueban los asientos del libro *Apuntes varios* que corren compulsados en el proceso (f. 192). En ellos aparecen colocadas las diversas partidas de dinero en las propias fechas en que pasaron á manos de Horning; y á pensar Iurriaga, que haciendo en esta forma la entrega del precio convenido, no cumplía con sus deberes, habría cuidado de uniformar estas notas con la constancia de su libro principal, guardándose de describir sus operaciones con la sencillez y verdad con que hoy aparecen á la vista de todos los que la juzgan sin prevención y parcialidad. ¿Hay en esto contradicción? Yo no la percibo, ni la habría descubierto el Ministerio Fiscal, si hubiese considerado las cosas en su verdadero punto de vista.

69. Se repara también que en la escritura se dicen íntegramente recibidos los setenta mil pesos precio de la estancia, al paso que en uno de los libros de Iurriaga se vé que lo fueron con el descuento de uno y medio por ciento por el término de tres meses. El hecho en efectivo, y lo he confesado como tal Iurriaga, pero habiéndose verificado este descuento por convenio, nada tiene de irregular y sospechoso. Mi cliente había sido forzado por Horning á comprar la estancia, cuando menos pensaba en negocios de campo; éste necesitaba urgentemente el dinero: Iurriaga no tenía disponible la suma que se le pidió por el establecimiento: debía tomarla en la plaza por el término ordinario de tres meses, pagando el interés del uno y medio por ciento: lo previno al vendedor, indicándole que solo entraría en esta compra, abandonándole sobre aquella cantidad el interés insinuado; y como urgía á Horning realizar este contrato para hacerse de fondos, según lo reconoce en una de sus cartas (f. 322), convino con Iurriaga en abonarle el descuento, porque de otro modo no hubiera conseguido ajustar con él semejante contrato. Esta es la historia fiel de lo ocurrido sobre el particular, y este el motivo porque aparece por una parte notado el descuento en el libro de Iurriaga, y por otra Horning se dá por recibido en la escritura de todo el precio estipulado. Esta es una operación tan frecuente y tan natural en el comercio que sorprende realmente haya podido ser materia de un cargo. Mi protegido no ha reportado ventaja alguna del modo como se ejecutó este negocio: el interés abonado por Horning fué á parar á manos de otros; y aun cuando no hubiera sucedido así, al celebrar la compra él pudo lícitamente sacar esta pequeña utilidad de un negocio, emprendido solamente por librarse de las importunas solicitudes del vendedor. Digase después de estas explicaciones, si hay contradicción entre la escritura y los asientos del libro principal, y si la forma en que realmente fué concluido este contrato dá lugar á sospechar siquiera la ocultación de que es acusado mi cliente.

70. En la confesión de Iurriaga se han deducido las contradicciones refutadas, con el solo objeto de probar que el precio de los ganados no fué entregado á Horning, y no ha logrado este designio? ¿Consta de alguna modo que mi cliente le retiene? No temo sostener que los esfuerzos que se han hecho á este propósito no han producido el efecto que se esperaba. Contra el texto expreso de la ley (1), el Juez comisionado manda exhibir

(Continuara.)

(1) L. 49 ff de reg. juris.
(2) L. 18 tit. 34 Part. 7.
(3) L. 27 § 3, ff de Pacti.—L. 9, tit. 31, Part. 7.

(1) *Morin Repert. de Jurispr. verbi simulat.*
§. 4.

(1) *Ced. de 14 de Diciembre de 1745 inserta en la Orden de B. pag. 255.*

mente para destruir la fuerza del finiquito? ¿Qué razón ha tenido para fijarse con especialidad en ellas, y no en todas las demás falsas que han registrado los Sindicatos? ¿Porque Hornung hubiera seguido falsificando la firma de Iurriaga después de su arreglo de cuentas con la casa de Lezica, se infiere que la cancelación es simulada, ó que se obtuvo por algún arbitrio siniestro y reprobado? ¿Acaso tal injusticia debía quitár a Hornung el poder físico y moral de continuar la falsificación? Cuanto más discurre sobre la conducta del acusador tanto menos comprendo los principios que le han guiado en este proceso, ni la razón por que se haya permitido la deducción de cargos que no tienen otro fundamento que las arbitrarias é ilegales suposiciones á que se ha avanzado. Los juicios no son cosas de disputas de los sofistas: ellos tienen por objeto investigar la verdad por los medios que sanciona la ley y aconseja la razón, y no ensayar la destreza y el ingenio con cavilidades y sofismas.

140. Aun siendo cierta la cancelación, dice el acusador, Iurriaga no la anunció al público como lo prescribe la Ordenanza: digo lugar con esta omisión á que se formasen en el comercio falsos conceptos; y por tanto debe sobarsar los perjuicios que de esto se han seguido. ¿Que discurso tan frívolo en un asunto tan grave! ¿Que deducciones en un juicio criminal de tanta magnitud y trascendencia!!! La Ordenanza mercantil no imponía á Iurriaga la obligación de comunicar al público la terminación de sus negocios con la casa de Lezica, y el artículo á que se refiere el acusador nada dice de donde pueda deducirse semejante deber. El Capitulo 10 de aquel Código, de las sociedades generales que se forman bajo un nombre colectivo, y no de las particulares ó en participación como ha sido la de Iurriaga con la casa de Lezica sobre ciertos y determinados negocios, que ésta ha dirigido bajo su propio nombre y no bajo una razón social. Tampoco ordena que la disolución de aquellas sociedades se participe al público, sino que haya de comunicarse á todos aquellos con quienes hayan tenido (los socios) y tengan cuentas y correspondencias de comercio. ¿Y qué cuentas y correspondencias ha causado con los tenedores de las letras falsas ó verdaderas la participación de Iurriaga en algunos negocios de la casa de Lezica? Es bien notable que el acusador no las haya indicado, para hacer más perceptible la exactitud con que aplica aquel artículo á la cancelación que refuto.

141. El Agente Fiscal no ha entrado á deslindar este punto, porque conoció sin duda que á poco andar, sus propios esfuerzos habrían descubierto la verdad que oculta, y patentizado la arbitrariedad y la nada de aquel cargo; sin embargo, por su rayado del número de los que se han hecho á Iurriaga, dice: que siendo de tanta magnitud aquellos negocios, era tanto más precisa la publicidad de su cancelación. ¿Que replica tan miserable! Faltar á las conveniencias privadas no es un crimen: la infracción de la ley es el único que le constituye; de consiguiente, para calificar de delito la omisión de un acto, que habria producido una utilidad ó ventaja, es indispensable que existiese alguna que lo hubiese preceptado con anterioridad. Cítese una determinación legal para que todos los negocios comerciales de gravedad é importancia deban anunciarse á voz de pregon ó por edictos, y entonces considero que ha habido motivo para rearguir á mi cliente por aquel defecto, aunque jamás convendría en que por esto ha venido á complirse en la falsificación de Hornung, que es lo que se debía probar, y lo que nunca podrá justificarse con indicios que no tengan coherencia alguna con este delito.

142. Las confrontaciones practicadas entre los asientos de las letras de Iurriaga y la razón de las falsas que daba la casa de Lezica han demostrado, según el acusador, que hay conformidad entre algunas de ellas en fechas y cantidades, y esta conformidad arguye que aque- llas falsas complicadas en la falsificación de su firma. Este argumento recibíó gran fuerza para el público con la planilla núm. 1.º de los asientos al extracto de la causa, tanto que se le ha tenido después por un dato incontestable de la culpabilidad de mi protegido; pero si he de decir francamente lo que pienso, yo no encuentro justificados los hechos sobre que descansa aquel argumento, tampoco entiendo la ilación necesaria entre el antecedente y la consecuencia deducida, ni alcanzo el modo como puede hacerse servir para la justificación de este delito.

143. Para que el cargo apoyado sobre aquella conformidad fuera atendible, debió probarse con toda la plenitud legal, que las letras citadas con los asientos compulsados son falsas; porque siendo verdaderas, esa conformidad en vez de probar cosa alguna contra Iurriaga desvanecería completamente la reconvencción. Y se ha acreditado de algún modo la falsedad de esas letras? Con que legalidad se han tomado las mismas á que se refieren los asientos denunciados? No Señor. Esas letras no han sido exhibidas á Iurriaga ni en las declaraciones indagatorias ni en la confesión: no las ha reconocido como verdaderas ni desechado como falsas; de suerte que, el hecho sobre que se han formado la confrontación y el recargo no está sostenido con la única probanza que podía establecerse por la ley.

144. El cotejo de esas letras practicado por los calígrafos Sanchez y Peña no suple el defecto del reconocimiento, ni puede afirmar judicialmente el hecho de que son falsas. Este medio supletorio, á que solo puede ocurrirse cuando la verdad ó la falsedad de las escrituras no

puede averiguarse por confesión de parte, no ha podido adaptarse á los cuatro pagarrós de letras de ff. 278, 279, 280 y 283; porque en ninguno de ellos aparece la firma de Iurriaga, sino unos rasgos de ella ó de la rúbrica. Respecto de las cinco letras restantes, el cotejo, aunque verificable, no acredita la falsedad sobre qué está basada la confrontación insinuada. Prescindiendo de la cuestión, si según nuestras leyes debe ó no permitirse la comparación en las escrituras privadas, como un pagarró, un recibo y cualquier otra que no está otorgada ante un Escribano público, la ejecutada por aquellos peritos no prueba que esas letras no son las propias á que hacen relación los asientos compulsados; pues con arreglo á derecho (1) ni la semejanza absoluta ni en desemejanza en la letra, ó en la forma bastan para probar que las confrontadas son verdaderas ó falsas. Si pues no se encuentra justificada acabadamente la falsedad, la confrontación es como si no existiese, y por lo mismo no ha habido mérito para reconvenir á mi cliente con el resultado que ella ha producido.

145. Con todo eso, permitiré por solo adelantar el discurso, que es indubitable el hecho de que las letras mencionadas son falsas; se deducirá por esto que son las mismas de que Iurriaga tiene constancia en sus libros? No: porque la planilla núm. 1.º presenta una infinidad de diferencias que destruyen esa pretendida identidad. Seria inútil enumerarlas una á una, cuando la perspicacia del tribunal puede descubrirlas á la más ligera inspección de aquel documento; pero no es posible omitir la indicación de algunas, que por sí solas bastan para justificar mis conceptos. Me reduciré á las siguientes. La primera y cuarta letra de la columna de los asientos son aceptadas por Iurriaga, y las respectivas de la opuesta lo son por Lezica; la segunda y tercera letra de aquella enuncian unas letras de la aceptación de mi defendido, y las correlativas unos pagarrós del mismo; y la quinta, sexta y séptima letra de la primera columna aparecen aceptadas también por mi cliente, y las correspondientes de la segunda giradas por él. De consiguiente, todas estas letras y pagarrós, aunque sean conformes en las fechas y cantidades, son esencialmente diferentes; y esa conformidad ocasional que se ha notado no puede establecer la identidad de que parte este cargo. Véanse originalmente las asencias y letras á que se refiere aquella planilla, y los propios documentos patentizarán la exactitud de estas observaciones.

146. Las letras de la octava y novena línea de ambas columnas están giradas y aceptadas por las mismas personas. Pero ¿basta esta circunstancia para inferir que Iurriaga supo que se hubiesen dado á la circulación y lo tolerase á sabiendas? De ningún modo; porque tal operación pudo ejecutarse muy bien, como se verificó, sin su noticia ni consentimiento. Esa conformidad puede ser efecto de un accidente; y entretanto la simple posibilidad de que haya nacido de un acuerdo entre Iurriaga y Hornung no legitima el presente recargo. Si algo prueba tal conformidad es, que el falsificador obraba con cálculo y prevision al derramar en la plaza las letras falsificadas, y que para engañar una vez á los tomadores y á mi protegido uniformaba las falsas con las verdaderas en fechas y cantidades. Este no era un mal arbitrio para conseguir simultáneamente ambos objetos; pero no es tal argumento el que deduce de esa uniformidad, para evidenciar la connivencia con que reconveno á mi defendido. Así pues, bien se considere jurídicamente justificada la falsedad de las letras confrontadas con los asientos de los libros de Iurriaga, bien se juzgue suficientemente acreditado este hecho no resulta demostrada su complicidad en el delito perpetrado y confesado por Hornung.

147. Los libros de que se han compulsado los asientos que han servido para aquellas confrontaciones no están foliados, y á más se notan apuestas ó posturas las fechas de aquellos—cosa que no ha podido suceder, según el acusador, sin algún propósito doloso y fraudulento. La primera parte de esta proposición enuncia un hecho verdadero, pero no un hecho criminal en sí, ni en relación al delito que motiva la acusación. La falta de foliatura en un libro de comercio no es un crimen, y cuando mas formaría una culpa, cuya responsabilidad jamás sería penal sino civil. Tal falta podría debilitar algun tanto la fe de los libros mercantiles en el caso de controversia judicial; pero nunca pasarían sus efectos hasta legitimar contra el comerciante un proceso cualquiera, y servir de presunción á delitos sin conexión con semejante defecto. Ese libro, sin embargo, no tiene una sola hoja arrancada, ni manifiesta alguna otra lesión en su estructura material; y esto demuestra, que la omisión que se nota no ha sido intencional, sino el resultado de una impericia ó imprevision que no ha producido perjuicio á tercero, ni puede ser materia de un juicio criminal. El acusador podrá pensar sobre esto lo que quiera, que en cuanto á mí es hoy persuadido, que no puede deducirse de aquella falta el silencio criminal que se imputa á Iurriaga para encubrir la falsificación de su firma.

148. La segunda parte de aquella proposición es tan inexacta, que bastaría para justificarla la sola exhibición del libro compulsado. Las fechas de los asientos de letras se hallan seguidas; guardan el orden de los años, meses y días en que estas han sido giradas ó aceptadas; y en su relación de tiempo ó de anterioridad, no hay cosa alguna que reparar. Lo único que podrá advertirse es, que entre esos asientos hay

algunas hojas intermedias, que contienen otros pertenecientes á diversos negocios con la propia casa de Lezica; pero esto no es lo mismo que la antelación y posposición que supone el acusador entre los que se refieren á las letras. No obstante esto, permitiendo por un instante la efectibilidad de la falta que se objeta ¿qué importancia esto al juicio del día? ¿Qué consecuencia tendria á probar el delito que lo motiva? ¿De que clase de dolo vendría á ser responsable Iurriaga en tal caso? El Ministerio Fiscal no le ha determinado, como tampoco lo ha verificado en otros cargos; porque ha olvidado absolutamente en esta causa el encargo que hace al acusador la Ley romana: *Item erigit Pater ut comprehenderet, quid dolo malo faceret sit. Scire enim debet actor, in quare circumscriptus sit: nec in tanto crimine vagari* (1). Cualquiera que sea la estimación que se merezca el hecho en que se funda esta reconvencción, se deducirá una culpa de la omisión de una de las formalidades que exige la Ordenanza en los libros de comercio; pero jamás podrá sacarse un argumento que próxima ó remotamente justifique el conocimiento y tolerancia de la falsificación de Hornung.

149. El hecho mas expresivo é importante para el acusador, de todos cuantos figuran en esta causa contra Iurriaga, es la entrega que hizo á D. Narciso Martinez de tres Letras con su firma y la de su hermano, en lugar de otras falsas que le da dadas por la casa de Lezica. Este suceso que ha representado el primer papel en la historia de este agitado proceso, ha sido considerado por unos como un indicio velenoso de que Iurriaga sabia y toleraba la falsificación de su firma, por otros como una cosa indiferente; y por muchos en fin, como una acción noble y generosa. Yo no me empeñaré directamente en determinar su verdadero carácter moral; pero si trataré de manifestar que ese acto sobre el que se han hecho tantas y tan diversos comentarios no forma una presunción que por sí sola, ó ayudada de los demás motivos de cargo recopilados en esta causa, baste á persuadir que Iurriaga ha sido sabedor y encubridor de aquel delito.

150. La sencilla narración de los antecedentes del pago hecho á Martinez no solamente satisface cumplidamente este cargo, sino que demuestra la evidencia que Iurriaga ignoró que su firma habia sido falsificada en las innumerables Letras que han parecido con ella después del alzamiento de Hornung. Martinez se presentó á mi cliente el 11 de Septiembre de 1835 de dos á dos y media de la tarde, y le preguntó si tenia algunas Letras con la casa de Lezica; y como desde el 4 de Mayo del mismo año no habia dado á este su firma en giro, aceptaciones ni de cualquier otro modo la pregunta le causó una verdadera extrañeza. Al primer golpe de vista concibió la inmensa trascendencia de su contestación, y por esto dijo á Martinez, que iba á verigar lo que habia sobre el particular, y que á la noche le responderia. Al momento hizo llamar á Hornung á su casa, é interrogándole que Letras eran las que tenia Martinez con su firma, le contestó: *Que por Dios no perdiese la casa, que en unos apuros que habia tenido los habia echado á la plaza*. Entendiéndose con esto Iurriaga, que su firma habia sido falsificada en aquellas letras; y reconociendo á Hornung con la energía que correspondia al tamaño de semejante exceso, este ofreció llevarle al siguiente día los 30,000 pesos que ellas importaban. Aquel no quiso admitir tal promesa, pero no implicase en esta desagradable ocurrencia, y le repuso que las pagase por sí mismo al tenedor.

151. En la noche del mismo 11 ocurrió Martinez á casa de mi protegido, y conducido este de los sentimientos de benevolencia que le habian guiado en su primera entrevista, se limitó á decirle: *que no sabia que equivocaciones habia habido en la casa con esas Letras*, pero que habian quedado en pagarlas al día siguiente. Iurriaga creyó de buena fe las protestas de Hornung y para tranquilizar á Martinez á cerca del pago, le agregó, que él le haria si la casa de Lezica no le verificaba. A la noche siguiente, Hornung vino á Iurriaga, lo aseguró que las Letras estaban ya arregladas, y quedó este en la persuasión de que habian sido pagadas, como lo habia pronunciado; pero habiendo llegado á su noticia el 15 de aquel mes la fuga de Hornung, buscó á Martinez y supo por él, que no le habian sido abonadas. Cumpliendo entonces su oferta le dió tres Letras giradas por su hermano y aceptadas por él, expresando que lo habia por ser hombre de bien y tener palabra, á pesar de que habia sido engañado (c. 61); recogió las falsas; y exaltado por la infamia con que le habia burlado Hornung, las hizo pedazos. Esta es la relación de lo ocurrido en el pago de las Letras tal cual Iurriaga la hizo en su primera declaración, y tal cual Martinez la habia dado anteriormente en la parte que le toca; y á presencia de los diversos hechos que ella enuncia ocurren dos observaciones que desvanecen el cargo que se ha formado á mi cliente á consecuencia de este suceso.

152. Es la primera, que á saber Iurriaga después del 11 de Septiembre que Hornung le habia falsificado su firma, no se habria conducido como se condujo con Martinez. Si tal conocimiento y consentimiento en la falsificación, no debió sorprenderse de la pregunta que este le dirigió; porque á cada instante debia esperar que algunos de tantos tenedores le hiciese igual averiguación, para cerciorarse de la legitimidad de su firma. Si además estaba de acuerdo con el falsificador para el caso de un descubrimiento impensado, no habia razon de trepidar en la res-

puesta; porque el acuerdo tendria por objeto convenir entre ellos lo que era preciso decir en tal hipótesis. ¿Y qué conducta observó mi defendido en la ocurrencia indicada? ¡Procedió como seria de esperarse de que, teniendo noticia de la falsificación, la hubiera tolerado y convalidado con el delincuente en los medios de ocultarla? La narración presente decide esta cuestión por la negativa.

153. Iurriaga recibió con la mayor sorpresa la pregunta de Martinez, porque lo ofreció un caso que jamás habia conocido ni previsto: se recogió en sí mismo para discurrir lo que convenia responder, porque nunca se habia preparado á un suceso que no debia aguardar; no dijo á Martinez en el acto, que tenia letras con la casa de Lezica, sino que lo averiguaria, porque ignorado hubiesen falsificados, no habia concertado cosa alguna con el falsificador: así pues, toda su marcha en este acontecimiento, supone que no supo hasta entonces el delito de Hornung, y que no existia entre ellos ningun especie de concierto, para autorizar este crimen ni para encubrirlo. Si era sabedor del suceso infame que aquel habia hecho de su firma; ¿por qué estrañó una pregunta que debia esperar de un momento á otro con mas ó menos probabilidad? Si estaba de acuerdo con el alzado sobre todo lo relativo á la falsificación ¿cómo es que olvidó la contestación convenida en el momento preciso en que debia darla? ¿Por qué no dijo llanamente que las letras eran verdaderas, por qué no las pagó en silencio, supuesto que el falsificador obraba de conformidad con él? Y si no podía responder de este modo ¿qué importaba el presunto acuerdo, qué ventaja producía al que le habia promovido? Sobre todo ¿por qué en vez de ocultar la falsificación la dejó entender á Martinez con su sorpresa y con sus respuestas dilatorias? Todo esto es incomprensible desde que se admita la peregrina idea de que Iurriaga supo la falsificación, y acordó con Hornung las providencias conducentes á su encubrimiento; al paso que suponíamos como es justo suponer, la ignorancia de este crimen todo se concibe y explica sin dificultad.

154. No desvanecen estas reflexiones el recargo que en la confesión se hizo á Iurriaga, porque habiendo dicho á Martinez, que no sabia que equivocaciones habia habido en la casa, con esas letras... no solo consistió en la falsificación de su firma, sino que tambien encubrió al autor de esta y otras falsificaciones. Tal respuesta no daba lugar á esta reconvencción, porque en ella mi defendido indicó claramente á Martinez, que eran falsas las letras sobre que lo interrogaba. Este es el pensamiento; y la moderación del lenguaje en que fué enunciado no le altera ni disfraza. La circunspección y miramientos que caracterizan á Iurriaga no le permitian explicarse en términos mas fuertes: ignoraba entonces todas las maquinaciones de Hornung: no queria ofender con expresiones duras el crédito de una casa que lo conservaba íntegro en el comercio; y he ahí porque calificó de aquella manera la falsificación de su firma. ¿Y puede decirse por esto, que la constió, y encubrió al perpetrador? No Señor: Martinez entendió bien que se lo hablaba de falsificación, y cualquiera hubiera entendido lo mismo, encontrándose en su propia posición. Si el modo con que se expresó Iurriaga dejaba motivo de duda, los hechos la habrían desvanecido, explicando eloquentemente sus conceptos. Si no se refiriera á la falsificación ¿qué venia el ofrecimiento que lo transitó de parte de Hornung? ¿Por qué le prometió el nombre de este el pago de las letras antes de su vencimiento? ¿Por qué no le dijo que eran suyas? Cuando él no las habia firmado ¿qué otra idea podian expresar esas equivocaciones, sino la de la falsificación? Si trataba de ocultar este delito con una frase ó una palabra ambigua ¿para qué ofreciera á Martinez pagarle las letras, caso que no lo ejecutase la casa de Lezica? ¿No habria sido mas sencillo y conducente á este propósito reconocer sencillamente su legitimidad? Examinese por cualquier lado la respuesta de Iurriaga, y todos entenderán conmigo en que nada menos envuelve que el deseo de ocultar aquel crimen y al que lo habia perpetrado.

155. La segunda es, que á tener conocimiento Iurriaga de que Hornung habia plagado el comercio de sus firmas falsas, no hubiera ofrecido á Martinez pagar sus letras, si no lo hubiese la casa de Lezica. En aquel caso era muy natural, que mi protegido tuviera una idea aproximada de las cantidades ó del número de letras que corrían con su firma falsificada; y con tal antecedente ¿habria creído á Hornung, cuando le aseguró que no existían otras falsas que las de Martinez? ¿Se hubiera determinado á pagarlas en este concepto? No es posible ni aun imaginario. Iurriaga se habria guardado bien de hacerlo, porque abultándose revelaba en aquella suposición su propia tolerancia, y al mismo tiempo se exponía á los reclamos de todos los demás tenedores de letras falsas. Muy pocos alcances eran precisos para prever estos resultados, y muchos menos para evitarlos, abs- teniéndose de envolverse en las consecuencias de este pago. Un comerciante que gozaba de una fortuna considerable, no se queria perderla en un instante con un pago tan imprudente y aventurado, ni el padre de una numerosa familia se habria decidido á reducir de un golpe á la mendicidad por un acto de indiscreción y de torpeza. Esto seria lo único que hubiera logrado Iurriaga, verificando el pago de Martinez después de tener un conocimiento acabado de la falsificación; y si le hemos de juzgar según los sentimientos mas comunes del hombre, es forzoso confesar que tal abono, lejos de suponer la ciencia de aquel delito, arguye en él una com-

(1) L. 119 ff. 18 Part. 3.

(1) L. 16 ff. De dolo malo.

pleta ignorancia y una absoluta inculpabilidad en los crímenes de Hornung.

156. Fuera de esto, si Iurriaga hubiese estado de acuerdo con Hornung para ocultar la falsificación, lo primero que debió hacer en sus entrevistas con Martínez era encargarse el siglo de todas estas ocurrencias; porque de otro modo no habría cumplido su designio, ni rendido a Hornung el servicio de la ocultación. Mas: tampoco hubiese sentido este pago en sus libros, pues que tal asiento, dando constancia al suceso, exponía el misterio a una muy fácil revelación. A pesar de todo esto, Iurriaga ninguna recomendación hizo a Martínez, para que reservase el objeto de sus entrevistas y el pago que le hizo en cumplimiento de su promesa, ni se abstuvo de consignarlo en aquellos como una operación ordinaria y sin malicia. Desde que no hay un solo argumento directo para convencer a Iurriaga de que verificó este abono por un conocimiento anterior de la falsificación, el solo hecho de no haberse manejado como lo haría cualquier otro, que se hallara comprometido en el secreto de este delito, basta para excluir hasta las mas ligeras sospechas de su presunta complicidad; porque si el portarse como un criminal daría un indicio de que lo era realmente, el haber obrado en sentido contrario supone su inocencia en el origen y progreso de la falsificación. Pero consideremos el pago en sí mismo, y las circunstancias que le acompañaron, y tendremos el mismo resultado que he sacado de las observaciones precedentes.

157. Es un principio sancionado por la ley, que el pago de una deuda puede ejecutarse por un tercero con denuncia, sin conocimiento, y aun contra la voluntad del verdadero deudor. En el último caso se presume, que el pago ha provenido de la simple liberalidad del que lo ejecuta, y la importancia legal del acto no es otra que la de una verdadera donación: en los otros casos se considera como efecto de aquella benevolencia natural que nos arrastra a mejorar la condición de nuestros semejantes; y en todos ellos se califica de una acción legal, que no descendiendo de un origen criminal supone en el pagador la preponderancia de un principio honesto que ha obrado como causa impulsiva del acto. Aplicadas estas ideas al caso de Iurriaga, nada se descubre en el pago que hizo Martínez, que no sea inocente y lícito, nada que no sea propio de un ánimo elevado y generoso. Así pues, el acto en sí mismo es permitido, y siéndolo no es indicio de crimen, porque ni le supone ni tiene una analogía necesaria con él. Por consiguiente, el pago de las letras falsificadas no arguye en Iurriaga ningún grado de complicidad en la falsificación de su firma.

Estas reflexiones son tanto mas urgentes cuanto que es común en materia de letras el pago por interposición, sin que por esto haya ocurrido a persona alguna el deducir, que el tercero que honra de esta manera la firma del gigante ó endosante, ha tenido precedentemente alguna responsabilidad en el crédito y en la causa que lo haya producido.

158. Si se consideran las circunstancias accidentales de aquel pago, el juicio mas suavez no percibirá una sola cosa que revele que Iurriaga lo ejecutó, porque se reconociese obligado en virtud de un reconocimiento anterior de la falsificación, ó de un acuerdo púnible con Hornung. Se ha visto ya que aquel acto no ofrece un indicio de delito por sus motivos, ni por haber recaído sobre una deuda agena; pues tampoco le ministra por la cantidad pagada ni por el rompimiento de las letras, que son los accidentes que mas han alarmado al acusador.

159. No lo primero: porque el que sea grande ó pequeño el suma que se paga no desnaturaliza el acto, ni lo atribuye un carácter especial de criminalidad. Parece, en verdad, mas grave y difícil entregar por otro treinta, que cinco ó diez mil pesos; pero en nuestro caso, este era indiferente para el que solo consideró en este pago su palabra comprometida con Martínez. Este era un empeño de honor, que aunque privado, no podía ser eludido sin desdoro: era preciso cumplirlo de todos modos; ó Iurriaga tuvo que hacerlo, sacrificando su dinero a su palabra, y el agravio de haber sido engañado a la confianza que aquel le manifestó, aquietándose con su promesa. ¿Qué habría dicho Martínez de la probidad de Iurriaga, si por haberlo engañado Hornung, él le engañaba a su vez? El temor de poner en problema la lealtad de su carácter; el dago de no perder una casa que gozaba de buen crédito en el país; la seducción de un parentesco inmediato entre el Gefe de ella y la familia de mi cliente; el recelo mismo de perjudicar con una publicación inoportuna los intereses de todos los acreedores; y en una palabra, la necesidad de no dar lugar a que se gozase en el público su conducta de una manera injuriosa a su persona, fueron las causas que lo impelieron a hacer aquel pago, persuadido por otro lado de que no existiesen otras letras falsas, como se lo había asegurado Hornung. Una acción ejecutada por motivos tan decentes y graves no puede ser criticada y reprochada como un crimen, por los que han sentido alguna vez la influencia poderosa de un sentimiento generoso.

160. El rompimiento de las letras tampoco en una circunstancia que pueda dar mala vista al pago de que se trata, y presenta como indicio del encubrimiento de la falsificación. Considerémosle el motivo que tuvo Iurriaga para esto, y todos pensarán como yo. Hornung le prometió pagar a Martínez las letras el 12 de Setiembre: creyendo en su promesa, mi cliente le aseguró el pago bajo su responsabilidad; y de este modo sin proveer, vino a colocarse en la apurada alternativa de faltar a su palabra, ó de resignarse a verificar un abono indebido. Llegó el día de la fuga, ó instruido Iurriaga de que Hornung no había entregado a aquel los 30,000 pesos, dió sus letras por aquella cantidad,

recibiendo las falsas de manos de Martínez. El hecho de haber sido tan infamemente engañado le inspiró la mayor indignación; y arrebatado de este sentimiento involuntario, hizo pedazos las letras, sin pensar en aquel momento en otra cosa que en la porfía con que acababa de ser sacrificado. Colóquese cualquiera en la propia situación de Iurriaga, y diga después, si habría sido dueño de sí mismo para reprimir un justo movimiento de exaltación, y evitar el efecto que produjo en un instante de arrebatado. Medítese bien este suceso, y cualquiera se convencerá fácilmente, que el rompimiento de las letras no puede atribuirse a otro motivo que al que acabo de indicar. Iurriaga no pensó en aquel momento de despecho en hacer desaparecer esas letras para borrar los vestigios de un crimen que no había perpetrado; porque siendo el hecho público, no podía ercer escape de modo alguno al conocimiento de los acreedores y de los Tribunales. Este designio era lo único que pudo dar algún viso de culpabilidad a aquel acto; y desde que no ha articulado ni probado esta circunstancia el acusador, es inútil recordarle como una incidencia que convierte aquel pago en presunción del encubrimiento criminal que se denuncia.

161. Para no detenerme mas sobre este punto, terminaré su examen con una observación que debe aplicarse a todos los demás que he examinado hasta aquí. Los hechos accesorios que sirven de indicios en una causa cualquiera, ó están inmediatamente ligados con el hecho que constituye el delito, ó lo son por el intermedio de otros de aquel propio carácter. Si lo primero, hasta que el acusador pruebe el hecho sobre que descansa la inducción en la misma forma y con la misma regularidad que debe serlo el que es objeto principal de la investigación: si lo segundo, es preciso acreditar plenamente cada uno de los hechos intermedios, de tal suerte que resulte una cadena, cuyo primer y último anillo sean el crimen que se persigue, y el hecho necesario que dá mérito a la inducción. Sin esta, sea dicho muy bien, todo hombre puede ser obligado en el momento mas impensado a dar cuenta de todas las circunstancias de su vida; y porque no hay una sola acción en el mundo, que no se pueda referir y ligar, por conjeturas mas ó menos atrevidas, a cualquier crimen que se quiera designar. (1)

162. Supuesta la verdad de esta doctrina, yo pregunto: ¿Se han probado los diversos hechos intermedios entre el pago de Martínez y el delito de encubrimiento de que se hace cargo a Iurriaga? ¿Se han indicado siquiera en la confesión ó en la vista fiscal? ¿Se ha manifestado el modo como se encadena aquel acto legal é inocente con ese conocimiento y connivencia atribuida a mi protegido? Nada de eso: el juez constató y el acusador ha seguido un camino muy diferente y han desplegado una conducta opuesta a la que reclamaban tales principios. Ambos han indicado el pago, y ambos han deducido de él la consecuencia que Iurriaga le hizo, porque sabiendo de antemano la falsificación, y habiéndola ocultado con una culpable reserva, se consideraba legalmente responsable; pero no han notado, que faltan los hechos que debían unir estos extremos, y que no aparece entre ellos la conexión precisa para que la inducción fuera legítima y valdadera. Estos defectos son tan sustanciales en materia de presunciones, que no trepidó en afirmar, que ellos enervan de todo punto el valor y fuerza de semejante indicio, y el de todos los otros que se hallan en este propio caso.

163. La última conjetura que debo examinar se toma de la aparente improbabilidad de que Iurriaga ignorase una falsificación que ha durado por tantos años, y que le tendió la asombrosa extensión que manifestaron tales principios en su representación ó informe de f. 206. Este argumento no fué deducido en la acusación, pero se lo ha propalado públicamente, como un gran motivo de inculpatión; y ya que se pretenden apoyarlo en un documento corriente en el proceso, me haré cargo de él para prevenir sus efectos sobre el ánimo de los Sres. Ministros, y evitar se lo considere como un indicio de la supuesta complicidad de Iurriaga. Esta tarea me dará ocasión para hacer algunas observaciones que importa no perder de vista en este negocio.

164. Aquel argumento se funda en el hecho de que la casa de Lezica ha dado a la circulación y pagado 575 letras falsas, importantes cerca de cinco millones de pesos en moneda corriente (y tal dato está probado en forma legal) No Señor: ese cargo descansa únicamente en lo que aseguraron los Sindios al juez instructor en el informe citado; pero sus aserciones son denegadas por la justificación, cuando no están liquidadas las diversas circunstancias que deben asegurar la exactitud de aque concepto. A Iurriaga no se han manifestado las 575 letras que aquellos acompañaron a su informe: no se le ha exigido el reconocimiento de las firmas que aparecen en ellas bajo su nombre, ni menos se han adoptado otros medios de comprobación: no se ha practicado una prolja investigación sobre si todas esas letras son falsas, ó si figuran entre ellas muchas de las verdaderas que ha tenido Iurriaga en circulación con la firma de Lezica; y por decirlo todo de una vez, tampoco se ha calculado ni considerado para cosa alguna la renovación, ignorándose por este defecto si todas son originales, ó si el mayor número de las exhibidas son renovadas, como deben serlo. Bien averiguadas todas estas circunstancias, ha bria resultado sin duda que la falsificación no ha tenido realmente toda la extensión que se le dá: se habría disminuido proporcionalmente esa improbabilidad deducida de este solo dato; y el argumento vendría a quedar reduci-

do a la nada. Las diligencias indicadas son las que debían concretar los hechos sobre que se apoya esta objeción, dándole la certeza moral de que hoy carecen; y desde que todas ellas han sido omitidas, bien sea porque se creyó innecesaria su comprobación, ó bien por otras razones, la inculpatión es claramente infundada y arbitraria.

165. Supóngase a pesar de esto que es cierto de todo punto, que la casa de Lezica ha pagado cerca de cinco millones de pesos por las letras en que ha sido falsificada la firma de Iurriaga; ¿qué se seguiría de este hecho? Absolutamente nada; porque si es improbable para unos, que mi protegido ignorase la existencia de tan vasta falsificación, no lo es para todos los que juzgan de esta causa con presencia de los diversos accidentes que constan del mismo proceso, y nos demuestran cual ha sido la conducta de Hornung en la falsificación. La ignorancia de Iurriaga no es una cosa moralmente increíble, porque tampoco es moralmente imposible. Con un sistema bien calculado de precauciones ha podido Hornung sustraer al conocimiento de mi cliente y de los mismos tomadores la falsificación de firmas, que ejecutó por tanto tiempo; y efectivamente él le tuvo y desplegó con una constancia inimitable, según lo acredita el mismo proceso.

166. El sabia que, circulando libremente las letras falsas, era muy fácil el descubrimiento de su crimen, y trató siempre de impedirlo por todos los medios imaginables. El encargaba a los corredores Somoza, Gonzalez, Alvarez, Saenz, é Higginbotham (f. 56, 63, 69, 114 y 145 vuelta), que si los tomadores querían descontar las letras antes de su vencimiento, las llevasen a la casa que les daría su dinero, avisándole uno ó dos días antes: les designaba las personas á quienes no debían ofrecerse, a las que mostraban las firmas, y á otras porque las hacían cobrar por conducto del Banco: falsificaba la firma de Iurriaga siempre en calidad de girante, para que nunca llegase al caso de que se las cobrasen primero; ponía aceptaciónes falsas bajo el nombre de D. Mariano Antonio Duran, y prevenía al repartidor de avisos de aquel establecimiento se las llevasen á él directamente para verificar los pagos; con muchos prestamistas se entendía personalmente, sin valerse de los corredores que ocupaba; y en fin, nadie le veía llevar las letras, nada incluso el mismo Lezica sabia, cuando todas las firmas del fuera de la casa, y a todas comprendía por qué pagaba las aceptaciónes falsas antes de los vencimientos, como es público sucedió con una de D. Juan Barrenechea. ¿Qué extraño es pues, que con tales medidas y con otras de igual efecto llegase a mantener a Iurriaga en la mas completa ignorancia de la falsificación? Si no causa asombro que todos los que se comunicaron, cuyas firmas fueron falsificadas por una infinidad de personas, no hubiesen tenido noticia del mal uso que se hacía de su nombre, ¿por qué debió sorprendernos que lo ignorase Iurriaga? Todas estas consideraciones nos dan mérito para concluir, que tan lejos de ser increíble que mi defendido no tuviera noticia de la perpetración de aquel crimen, es sobremana creíble lo contrario, principalmente cuando el derecho presume la ignorancia de los hechos agenos hasta que no se justifique la ciencia en toda forma.

167. Estos conceptos recibirán todavía mas luz si se considera, que casi todos los que ponían dinero á réditos en la casa de Lezica, estimulados por el aliciente del por ciento mensual, no tenían otro objeto que el de dar una colección fija á sus fondos. No teniendo interés alguno en la circulación de las letras, las conservaban siempre en su cartón; y de este modo, venían, continuaban á la ocultación de este delito, y la continuidad y progreso de una especulación tan criminal, sin que el comercio. Este mismo efecto debía producir la incuria de los propios tomadores, que dispensando al falsificador una confianza sin límites, jamás trataron de cerciorarse de la individualidad de los girantes ó endosantes, ni de la certeza de las firmas. ¿Quién ha ocurrido á preguntarle directamente de la realidad de la suya? ¿A quién ha negado sus explicaciones sobre estos negocios? Nadie dirá que ha tomado alguna de estas providencias; porque ninguno querrá ser desmentido y aparecer, ó como un hombre desconfiado, ó como un ignorante que exponía imprudentemente su fortuna en un giro, cuyos riesgos y precauciones desconocía. Si todos los que se entregaban á tal giro, seducidos por las grandes utilidades que les proporcionaba sin trabajo, hubiesen marchado con la cautela que el require, no habrían sentido los quebrantos que hoy deprecian, ni se habrían creado la necesidad de subsanarlos con la fortuna de un tercero que no los ha causado.

168. La existencia de tantos medios de ocultación dá muchos grados de probabilidad á la ignorancia de Iurriaga, y nos advierte que ella no es un fenómeno extraordinario, que por su rareza deje lugar á conjeturar siquiera el conocimiento con que se le inculpa. Su firma es bien conocida en el comercio, y pocos habrá que no puedan dar de ella alguna idea; sin embargo, circularon las Letras falsificadas por un número de prestamistas, y nadie notó la falsificación en los diversos años que ha durado; ¿y por qué se extraña que Iurriaga participase de la ignorancia de todos los demás? Si, a pesar de la considerable circulación de Letras falsas en un largo periodo de tiempo, los mismos tenedores no llegaron a sospecharla, ¿qué razón especial habra para que la supiera mi protegido? ¿Se descubrió la perpetración de este delito antes del 11 de Setiembre de 1855? ¿Consta que alguno advertiera a mi protegido que su firma había sido falsificada por

Hornung? En el proceso no hay una probanza legal de semejante suceso. El debió adquirir esta noticia ó por el mismo falsificador, ó por alguno de los tomadores, pero pudiesen asegurarse sin embargo, que no lo vino por ninguno de estos conductos. No por el primero, porque es increíble que el mismo que le había hecho una ofensa tan atroz tuviera la audacia de anunciarla: tampoco por el segundo, porque es todavía mas inverosímil que no se divulgara tal suceso, y que no hubiera sido consignado en autos, después de las activas y proljas investigaciones que han practicado los Sindios, y los acreedores de Lezica. Todo esto demuestra que tan lejos de ser improbable que mi defendido no supiera la falsificación, es muy posible estuviera hasta la ocurrencia de Martínez en la misma ignorancia que todos los que admitían su firma falsa como verdadera.

169. He terminado el examen de la primera cuestión que me propuse al descender á este segundo miembro de la acusación, y juzgo que han quedado desvanecidas todas las pruebas que se han reunido, para convencer a Iurriaga de que supo antes del 11 de Setiembre último la falsificación de su firma, y la ocultó en perjuicio de los que, por el crédito que les merecía, colocaban sus fondos en la casa de Lezica. Cuando menos deberá concedérsele, que después de las observaciones legales con que he refutado las diversas probanzas del acusador, no quedan suficientemente liquidadas la ciencia y tolerancia que se atribuye á mi cliente, ni se hallan demostradas con aquella claridad que requiere la ley, y reclama la importancia de los intereses que se ventilan en los juicios criminales. El convencimiento íntimo que tengo sobre este punto me autorizará á errar aquí mi informe; pero la necesidad de esclarecer por todos lados esta esclarecida causa, me obliga á llevar la discusión á la segunda cuestión que ofrece este curso.

170. Se ha tratado hasta aquí de averiguar, si mi defendido tuvo conocimiento de la falsificación perpetrada por Hornung, y suponiendo gratuitamente que se halló desentado hasta la evidencia la afirmativa, ocurre investigar si estaba obligado Iurriaga á denunciar la falsificación? Por no haberlo hecho ¿ha contraído alguna responsabilidad criminal ó civil? El Agente Fiscal no se ha dignado mirar la presente causa bajo este punto de vista, bien sea porque en su opinión es incontestable la afirmativa, bien porque haya previsto que los resultados de este debate no podían ser favorables á la acusación. Tómame pues llenar este vacío, para que en un juicio de tanta trascendencia como este no quede por considerar cosa alguna, que pueda ilustrar la conciencia del Tribunal para pronunciar su fallo con acierto y circunspección. Prentaré algunos principios antes de entrar á probar directamente, que Iurriaga no tenía obligación de denunciar el delito que ha dado lugar á este proceso.

171. Cuando se acusa á mi protegido por no haber revelado la falsificación de Hornung, se supone que estaba obligado á denunciarla en virtud de alguna Ley general que ordena la denuncia de todos los delitos, ó de una particular que prescribe la del hurto con falsificación; por que el crimen es solo la infracción de la Ley que está en entera observancia y vigor (1) y no hay delito ni es posible concebible, sin suponer la existencia de su correlativo que es la Ley. Así que, para dar este nombre á un acto ó a una omisión cualquiera, y pedir la aplicación de una pena, es preciso establecer que hay alguna preexistente que prohibe ó manda el hecho que se ha ejecutado ó omitido; porque sin esto, no hay trasgresión ni materia para un juicio criminal en que se haga efectiva la responsabilidad del acusado. ¿Y cual es la que impone á Iurriaga el deber de denunciar el hurto con falsificación? ¿En qué código se encuentra sancionada? ¿Quién debió alegarla y citarla, el acusador ó el acusado? Yo no vacilo en sostener, que al primero compete hacerlo en la acusación, y no al segundo que reputa inocente y permitida la no revelación de los delitos.

172. En las hipótesis de esta cuestión, Iurriaga funda su defensa en la legalidad de su silencio, y no está por consiguiente en el deber de demostrar que no hay ley que le condene: Nam presumere pro eo, qui dicit sibi aliquid licere de jure; siquidem omnia videtur excessu, nisi repertum prohibita (2). Desde que mi protegido tiene á su favor la presunción legal, no es él quien debe determinar la que, obligándole á la denuncia, le castiga por haber callado: porque es un axioma que, probare quid iure prohibetur, sed juris prohibitionem, et exceptionem is debet, qui eam in judicio delicti: quippe jure permissum, et factum quiddam presumitur, nisi contrarium probetur (3). Por estos principios, el acusador público, que hace un delito de la simple omisión del cometido por Hornung, y que por el solo silencio de Iurriaga quiere se le condene el pago de una inmensa cantidad y á destierro por un año, debió indicar cual es la disposición jurídica que ha quebrantado, y cual la que le sujeta á tan gravísimo castigo. El que acusa apoya su intención en el que, brantamiento de una ley, y es sabido que la parte que como por sí Ley é derecho, ha menester que lo muestre, é que lo pruebe (4). La conducta evasiva que aquel ha observado en este punto cardinal de la causa, y su abstención de este deber legal, son una prueba de que no hay ninguna que constituya un crimen del conocimiento del mismo crimen, ni que convierta en delitos aquellos actos que el propio

(1) Art. 3 cap. 1 Sec. 7 del Reglamento. Previa.

(2) Geor. Leg. Glor. 1.ª L. 2 tit. 14 Part.

(3) Cordero, in plus, L. 5 ff de Probat. 2.

(4) L. 2 tit. 14 Part. 2.

(1) Beaudry Pruch, Judic. Lib. 5 cap. 17 not. fin.

legislador ha dejado al arbitrio de los individuos. Esta falta destruye por sus elementos la acusación, y por tanto mismo tiempo la inocencia de un defendido; no obstante esto, si fuere mucho en los efectos jurídicos de esta omisión, descenderá á probar que no hay un deber genérico de denunciar los crímenes, ni tampoco una obligación específica contraria al hurto con falsificación.

173. El Agente Fiscal no ha señalado claramente el tiempo en que fuirra descubrió la falsificación, ni el momento en que vino á ser criminal su silencio; así es que ignoramos, si le acusa porque calló un delito consumado antes de su conocimiento, ó por que no reveló el proyecto de un crimen ejecutado después de haberle sabido. Esta circunstancia no pone en la necesidad de considerar la primera cuestión que acabo de indicar bajo una doble inspección, á saber: delito cometido, y delito por cometer. Hablaré sucesivamente de los dos casos, y demostraré que en ninguno de ellos ha debido denunciar la falsificación.

174. La denuncia respecto de la parte que la verifica, es la manifestación, que por la Ley puede hacer á la justicia de la perpetración de un delito, para que apercibida de su existencia, proceda á la averiguación y castigo (1); y respecto del Juez, es un medio por el cual viene en conocimiento de los crímenes (2); y que supliendo el defecto de acusación ó difamación, le autoriza para entablar de oficio la pesquisa (3). De esto se deduce, que considerada del primer modo es una facultad radicada en las personas, y no una obligación impuesta por las Leyes. El tenor de todas las que hablan de la denuncia confirma estos conceptos; pues siempre la mencionan como un derecho que podemos usar libremente, y no como un deber q' admita ninguna especie de coacción judicial. La ley que explica los objetos de la pesquisa, indica que fué introducida, porque muchas veces los omes no se quieren querellar, nin mostrar el estado de la tierra por querrelar, nin por fama. Ca esto podría ser por amor, ó por miedo (4). La que trata especialmente de la denuncia está concebida en este propio sentido; pues suponiendo, que algunas veces advierten los ciudadanos á los Juegadores, de las malfetrías que se hacen en aquellos lugares, en que ellos han poder de juzgar é perseguir, pasa á reglamentarla como un derecho y no como una obligación (5). Fundado en la letra de esta disposición, dice su comendador, que tal ley permite á todos denunciar los delitos (6), y no que precisamente los obliga á verificarlo.

175. Sentados estos principios se infiere sin dificultad, que la denuncia ó revelación de los delitos no es un acto obligatorio sino un acto que puede hacerse ó no con absoluta libertad. Si es un verdadero derecho dependiente de la voluntad de los individuos: si las leyes la permiten y no la prescriben, claro es q' no importa un deber á cuyo cumplimiento podamos ser compelidos, y cuya inobservancia nos obligue á una pena y á la reparación del mal que produzca la no revelación del delito. La obligación en uno supone la acción respectiva en otro y quién la tendrá para exigirnos la denuncia? N3 la justicia, porque se ha visto ya que respecto de ella es un simple medio de investigación y no un derecho; tampoco la parte que pudiera resultar damnificada por el silencio, porque al punto que esa mera capacidad legal se sujeta á una reclamación cualquiera, perdería seguramente las calidades que la caracterizan de tal. Desde que se considere la denuncia como un deber dejará de ser un derecho, y de una permission legal vendrá á convertirse en un precepto que debemos cumplir por necesidad: cosa que repugnan abiertamente la letra y espíritu de las leyes indicadas, y que ningún modo puede conciliarse con los principios mas comunes de la jurisprudencia.

176. Esta doctrina se deduce tambien de una Ley notable de Partida. En ella se declara, que el que ha cometido adulterio, homicidio, hurto ó otro delito cualquiera y dá alguna cosa porque no se lo descubra, puede repetirla; porque el que la recibe como una gran torpeza pues que si le queria librar de muerte, deveso fazer por el natural amor que un ome deve aver con otro, é non por precio ninguno (7). El Juez supone que es lícito salvar por humanidad á un delincuente, que es libre la revelación ó el silencio de los delitos en general; y que no hay obligación de denunciarlos. A ser cierto que el derecho la impone, la torpeza consistiría en defraudar los objetos de la ley por intereses ó sin él, y no en callar el delito por el precio que se recibe.

177. Confirma igualmente la práctica de publicar los monitores de revelando cuando de otro modo no puede descubrirse la verdad en los delitos criminales (8). Si hubiera una obligación preexistente de revelar todos los delitos ¿qué necesidad habría de semejantes monitores para obtener su manifestación y conocimiento? Tambien comprueba la doctrina que sostengo, la impunidad de todos los testigos que declaran en las causas criminales, apremiados por los jueces respectivos. El que depone acerca de un delito, confiesa que ha sabido de algun modo su perpetración; pero nadie le castiga porque no le haya denunciado antes de ser judicialmente interrogado. Un criminalista que trata latamente el punto dice á este propósito: *Nunquam vidi quem penitum ob*

non revelationem furis vel delinquentis, sive judex procedat ad instantiam partis, sive ex officio, y á edictis á nuestros semejantes; mas ninguna nos compela á bucearnos bien: non per leges non beneficiamus, esse nollit agere prohibetur (2). La denuncia en tal caso es un oficio de humanidad y de benevolencia, y un acto muy recomendable de caridad; pero la caridad es un deber religioso y no civil, y su inobservancia ni es materia de ley alguna penal, ni es tampoco de la competencia de los Magistrados. Desde que no existe una que eleva estos deberes imperfectos á la esfera de aquellas obligaciones á las que dispensa el Legislador el auxilio de los poderes sociales, pudiese concluir sin temor de equivocarse, que ninguna tenemos de revelar toda clase de delitos.

178. En confirmación de estas ideas recordará una disposición legal que prueba, que la denuncia de los crímenes intentados no es un acto obligatorio, y que su ejecución depende exclusivamente de nuestra voluntad. La ley romana declara, que es lícito llevar precio por defender y librar á alguno de la injuria ó de cualquier otro mal que le amenace, y que quien lo dé carece de acción para repetirlo (3). De esto infieren los autores que no hay obligación de obviar las delitos dando voces, revelando, ó adoptando cualquier otra medida que tienda á este fin; porque si la hubiera, cometería una acción infame el que recibiese merced, por aquello que segun derecho era tenuto de fazer (4). Esta deducción es tan exacta como jurídica; porque si en aquel caso, no se puede repetir la paga, luego no ha habido torpeza de parte del que la exigió; y no habiendo torpeza, no puede ser materia de acción de la ley no un deber civil la revelación de los delitos futuros.

182. Sin embargo de todo esto, hay casos especiales en que las Leyes imponen la obligación de denunciar los crímenes por cometer; mas estas propias excepciones confirman la regla contraria que sostengo. Cuando el Legislador quiere hacer un deber de la denuncia la prescribe clara y terminantemente, y sanciona penas contra los q' teniendo conocimiento de los delitos futuros omiten su revelación, como sucede en el de conspiración contra el Estado, parricidio, falsa moneda y su expendio, asesinato (5), y otros mas; y esta conducta nos instruye, que ni la ciencia ni el silencio de los crímenes son actos que han merecido la reprobación legal en todos los casos que pueden ocurrir. ¿A qué propósito se dictarían estas providencias restrictivas, si las Leyes no censurasen indistintamente la revelación de todos los delitos que según el concepto de la ley no es un deber civil la revelación de los delitos futuros?

184. Si consultamos la opinion de los criminalistas encontraremos que todos los que tratan esta cuestión, sientan uniformemente como una regla general, que no hay obligación de denunciar todos los delitos futuros. El Julio Claro, que examina en un capítulo especial de su Práctica criminal, si la sola ciencia del delito por cometer sea ó no punible, dice así: *Requidem, quod regulariter sola scientia non est punibilis, in hoc non est difficultas, presertim in eo, qui non habet facultatem prohibendi...* Communis enim est Doctorum sententia, quod non tenetur qui obviare delictum clamando, vel revelando ad dixi infra verso Dictum est (6). El Menochio, que tambien ventila con latitud esta cuestión, se expresa en los términos siguientes: *Quod quis libere, recepta est omnia sententia, hunc consilium criminis non teneri delere, et obviare delictum, et ob id nulla pena plecti posse* (7). El Antonio Gomez enseña esta misma doctrina en dos lugares de su tratado de delitos; y después de haberla establecido como un principio incoercible al labiar del crimen de lesa Magestad, ocupándose del homicidio la repite de este modo: *Regulariter autem in omnibus aliis delictis, et personis non tenetur qui ex sola scientia delicti licet potuit monere, et revelare persone in qua delictum erat committendum: imo quod nungis est, licet tempore delicti sit presens, et possit juvare, et obviare, et non fecit, non tenetur* (8). Esto mismo sostienen el Guazzino, Farinaccio (9) y otros autores de no menor crédito, que omito citar por no incidir en una ociosa prolifera sobre un punto, que no ofrece á los jurisconsultos ningún motivo de controversia.

185. Si es evidente que no hay Ley general que nos compela á denunciar todos los delitos, no lo es menos que no hay una que especialmente prescriba la del de hurto con falsificación. No necesito esforzarme para demostrar la verdad de esta asercion, porque felizmente puedo

referirme á una autoridad que en esta causa debe ser de gran peso y valor. Es la del Juez comisionado, que ha reconocido este principio en el informe con que elevó la causa al conocimiento del Superior Gobierno. Dando al razon del motivo por qué no habia ordenado la prisión de D. Narciso Martínez á pesar de haberla pedido el Agente Fiscal, dice: que no habia delirado á esta medida, porque el delito era de simple falsificación, que por la ley no estaba Martínez obligado á denunciarlo. No haré mérito de la contradicción que se nota entre este principio y el procedimiento que se ha observado con Furriaga; mas entretanto me será permitido decir, que un sufragio tan respetable me revela de la necesidad de probar aquella proposición de otro modo. Con todo eso, sin desconocer por un solo momento la importancia de una autoridad tan decisiva, indicaré dos observaciones que acabaran de remover toda duda y dificultad sobre este particular.

188. Primera, el derecho no impone la obligación de revelar la falsedad ni el hurto. En cuanto á aquel delito, las leyes comuepan extensamente los varios modos de cometerle: cuentan entre ellos el consejo y la ayuda; mas nada dicen de la simple ciencia y no revelación, ni imponen pena alguna al que la ha tenido de la perpetración de tal delito (1). Solo cuando la falsedad ha tenido por objeto la fabricación, cerceaduría, introducción y expendio de la moneda hacen responsable al sabedor de este crimen que no le denuncia (2); pero esto demuestra, que en los demás casos la denuncia no es un precepto ni una obligación que debamos cumplir por necesidad. Por lo que mira al hurto, basta el tiempo castiga al que teniendo conocimiento de él no lo revela, sino á los que agitan, aconsejan ó encubren á los ladrones (3); siendo de notar, que aun en los casos calificados no reprobaba ni pena la simple noticia del hurto. El silencio, pues, del Legislador respecto de los dos delitos combinados en la causa del día, prueba que no es punible la sola ciencia que se tenga de ellos, y por lo mismo que no hay obligación de denunciarlos.

187. La segunda es una ley romana, que expresamente declara, que no tenemos ningún deber de denunciar el hurto. Es tan decisiva en la cuestión que discuto, que no puedo dispensarme de transcribirla. Ella está concebida en estos precisos términos: *Qui furum notat, sive indicit cum, sive non indicit, fur non est: cum multum interit, furum quis colet, aut non indicit: qui non, fur non tenetur; qui colet, hoc ipso tenetur* (4). El Gotthredo en la glosa de esta ley explica su sentencia en esta forma: *Hac inter se differunt, furum nō esse, non indicare, colet: non continet furum colet, qui non non indicit: furum colet velum est leg. 1. supra de Fugitivis, non indicit liberum*. ¿Se querrá todavía un texto y una autoridad mas terminante? ¿Se podrá cuestionar á presencia de testimonios tan claros y convincentes, si hay ley que ordene la denuncia del hurto, sea cual fuere el medio ó instrumento que haya servido á su perpetración? Este punto á mi modo de ver no presta motivo de trepidación; á pesar de esto, si el acusador público pretendiere sostener aun, que en esta especie de delitos es un deber perfecto la revelación, me limitaré á exigirle determine la ley que la sancione, y le atribuya semejante caracter.

189. Supuesta la exactitud de esta inferencia se deduce tambien, que el conocimiento de la falsificación no daba un motivo legal á la formación de este proceso en ninguna de las dos hipótesis que he figurado. No en la primera, porque el silencio no podia reputarse como transgresion de una ley que no existe: menos en la segunda, porque además que el hecho de la no revelación no era punible, no hay en los asuntos una prueba ligera sospecha ni el dato mas insignificante de que furriaga supiera el pensamiento de la falsificación. ¿Y sobre qué bases se ha levantado entonces este juicio? ¿Que crimen es el que se le persigue con tanto empeño y aparato? Yo no lo conozco pero alcanzo bien, que si se le hubiera examinado con esmerosa diligencia la naturaleza del único hecho que se atribuya á furriaga, no se habría elevado la pesquisa ni la discusión hasta la altura en que se encuentra. Ninguna habiendo el Estado dice que de nuestros Reglamentos, edictos obligados á hacer lo que mandan la Ley y la representación, ni privado de lo que ella del mismo modo no prohibe (5); y no separando una sola que genérica ó específicamente

referirme á una autoridad que en esta causa debe ser de gran peso y valor. Es la del Juez comisionado, que ha reconocido este principio en el informe con que elevó la causa al conocimiento del Superior Gobierno. Dando al razon del motivo por qué no habia ordenado la prisión de D. Narciso Martínez á pesar de haberla pedido el Agente Fiscal, dice: que no habia delirado á esta medida, porque el delito era de simple falsificación, que por la ley no estaba Martínez obligado á denunciarlo. No haré mérito de la contradicción que se nota entre este principio y el procedimiento que se ha observado con Furriaga; mas entretanto me será permitido decir, que un sufragio tan respetable me revela de la necesidad de probar aquella proposición de otro modo. Con todo eso, sin desconocer por un solo momento la importancia de una autoridad tan decisiva, indicaré dos observaciones que acabaran de remover toda duda y dificultad sobre este particular.

188. Primera, el derecho no impone la obligación de revelar la falsedad ni el hurto. En cuanto á aquel delito, las leyes comuepan extensamente los varios modos de cometerle: cuentan entre ellos el consejo y la ayuda; mas nada dicen de la simple ciencia y no revelación, ni imponen pena alguna al que la ha tenido de la perpetración de tal delito (1). Solo cuando la falsedad ha tenido por objeto la fabricación, cerceaduría, introducción y expendio de la moneda hacen responsable al sabedor de este crimen que no le denuncia (2); pero esto demuestra, que en los demás casos la denuncia no es un precepto ni una obligación que debamos cumplir por necesidad. Por lo que mira al hurto, basta el tiempo castiga al que teniendo conocimiento de él no lo revela, sino á los que agitan, aconsejan ó encubren á los ladrones (3); siendo de notar, que aun en los casos calificados no reprobaba ni pena la simple noticia del hurto. El silencio, pues, del Legislador respecto de los dos delitos combinados en la causa del día, prueba que no es punible la sola ciencia que se tenga de ellos, y por lo mismo que no hay obligación de denunciarlos.

187. La segunda es una ley romana, que expresamente declara, que no tenemos ningún deber de denunciar el hurto. Es tan decisiva en la cuestión que discuto, que no puedo dispensarme de transcribirla. Ella está concebida en estos precisos términos: *Qui furum notat, sive indicit cum, sive non indicit, fur non est: cum multum interit, furum quis colet, aut non indicit: qui non, fur non tenetur; qui colet, hoc ipso tenetur* (4). El Gotthredo en la glosa de esta ley explica su sentencia en esta forma: *Hac inter se differunt, furum nō esse, non indicare, colet: non continet furum colet, qui non non indicit: furum colet velum est leg. 1. supra de Fugitivis, non indicit liberum*. ¿Se querrá todavía un texto y una autoridad mas terminante? ¿Se podrá cuestionar á presencia de testimonios tan claros y convincentes, si hay ley que ordene la denuncia del hurto, sea cual fuere el medio ó instrumento que haya servido á su perpetración? Este punto á mi modo de ver no presta motivo de trepidación; á pesar de esto, si el acusador público pretendiere sostener aun, que en esta especie de delitos es un deber perfecto la revelación, me limitaré á exigirle determine la ley que la sancione, y le atribuya semejante caracter.

189. Supuesta la exactitud de esta inferencia se deduce tambien, que el conocimiento de la falsificación no daba un motivo legal á la formación de este proceso en ninguna de las dos hipótesis que he figurado. No en la primera, porque el silencio no podia reputarse como transgresion de una ley que no existe: menos en la segunda, porque además que el hecho de la no revelación no era punible, no hay en los asuntos una prueba ligera sospecha ni el dato mas insignificante de que furriaga supiera el pensamiento de la falsificación. ¿Y sobre qué bases se ha levantado entonces este juicio? ¿Que crimen es el que se le persigue con tanto empeño y aparato? Yo no lo conozco pero alcanzo bien, que si se le hubiera examinado con esmerosa diligencia la naturaleza del único hecho que se atribuya á furriaga, no se habría elevado la pesquisa ni la discusión hasta la altura en que se encuentra. Ninguna habiendo el Estado dice que de nuestros Reglamentos, edictos obligados á hacer lo que mandan la Ley y la representación, ni privado de lo que ella del mismo modo no prohibe (5); y no separando una sola que genérica ó específicamente

189. Supuesta la exactitud de esta inferencia se deduce tambien, que el conocimiento de la falsificación no daba un motivo legal á la formación de este proceso en ninguna de las dos hipótesis que he figurado. No en la primera, porque el silencio no podia reputarse como transgresion de una ley que no existe: menos en la segunda, porque además que el hecho de la no revelación no era punible, no hay en los asuntos una prueba ligera sospecha ni el dato mas insignificante de que furriaga supiera el pensamiento de la falsificación. ¿Y sobre qué bases se ha levantado entonces este juicio? ¿Que crimen es el que se le persigue con tanto empeño y aparato? Yo no lo conozco pero alcanzo bien, que si se le hubiera examinado con esmerosa diligencia la naturaleza del único hecho que se atribuya á furriaga, no se habría elevado la pesquisa ni la discusión hasta la altura en que se encuentra. Ninguna habiendo el Estado dice que de nuestros Reglamentos, edictos obligados á hacer lo que mandan la Ley y la representación, ni privado de lo que ella del mismo modo no prohibe (5); y no separando una sola que genérica ó específicamente

(1) L. 27 tit. 1 Part. 7.
(2) Proem. del tit. y Part. cit.
(3) Jul. Clar. Lib. 5 § fin. Quest. 7 n. 1.
(4) L. 1 tit. 17 Part. 3.
(5) L. 27 prop. cit.
(6) Greg. Lop. Glos. 1. L. preced.
(7) L. 54 tit. 14 Part. 5.
(8) Guaz. tom. 1 Defens. 18 cap. n. 8.

(1) Farinac. tom. 1 Quest. 51 n. 16.
(2) L. 1 tit. 7 Part. Greg. Glos. 1 L. 35. tit. 16 Part. 3.
(3) Menoch. de Arbitrar. Judic. Lib. 2 Cent. 4 Cas. 355 n. 2.
(4) Scacc. de Judic. tom. 2 cap. 10 n. 34 pag. 508.
(5) L. 2 tit. 31 Part. 7.
(6) L. ant.

(1) L. 14 tit. 34 Part. 7.—Heinec. tom. 9 Lib. 2 tit. 21 § 10.
(2) Glos. in cap. non reprimendum de Offic. Ord.
(3) L. Metus 9 § Sed licet ff. Quod act. caus.
(4) L. 47 tit. 14 Part. 5.
(5) L. 6 tit. 13 Part. 2 — L. 12 tit. 8 Part. 7. — L. 4 tit. 8 Lib. 12 N. R. — L. 3.
(6) Jul. Clar. Lib. 5 Sentent. § fin. Quest. 87 n. 1.
(7) Menoch. loc. pascit. n. 7.
(8) Ant. Gom. tom. 3 Variar. Resol. cap. 3 n. 4.
(9) Guaz. tom. 1 Defens. 18 cap. 1 per totum — Farinac. tom. 1 Quest. 51.

to órdeno la denuncia, ni los perjudicados en la falsificación podían exigirlos como un deber, ni la justicia entablar un juicio para perseguir y castigar el secreto como un crimen de comisión. La violación de las Leyes preceptivas o prohibitivas es lo que constituye esencialmente los delitos, y la existencia de estos es la condición *sine qua non* de los juicios criminales; así que, no habiendo transgresión en nuestro caso, tampoco habiendo materia para crear este proceso, ni motivos que puedan sancionar los sufrimientos de todo género, que ha causado a mi defendido.

190. Estas inferencias legales se robustecen considerablemente, si discurremos atendiendo a la situación que ocupaba Iruiriga respecto de Lezica y Hermanos. El tenia en sociedad con estos algunos negocios de importancia, emprendidos sobre Chile: lo interesaban altamente la conservación y prosperidad de la casa, porque sus progresos ó quebrantos mercantiles debían influir fuertemente en el mejor arreglo de sus cuentas y en el reembolso de las cantidades que había puesto en sus manos; y todas estas consideraciones le daban un doble motivo para no denunciar la falsificación, aun en el evento de haberla conocido en la época que se ha pretendido determinar. ¿Y estaba él obligado en algún caso a revelar un delito que traería la ruina y descrédito de aquella casa? ¿Podía exigirle que fuese el instrumento de su pérdida, y el autor de los inconmensurables quebrantos que traería en pos de sí una odiosa y abominable delación? ¿Debería descubrir el secreto de aquel crimen, sabiendo que la revelación haría desaparecer un gran parto de su fortuna? ¿Era justo que él mismo se ofreciese al sacrificio como la primera víctima de la catástrofe de aquella casa? La Ley no impone obligaciones tan costosas, y obligaciones que chocan con la justicia y la equidad natural. El despendimiento es una virtud muy superior á los esfuerzos comunes del hombre, para que el Legislador le colocara en el número de los deberes sociales. La moral jurídica autoriza á Iruiriga para salvar sus intereses por medios legales con preferencia al de los acreedores de la casa de Lezica; y contribuyendo á este objeto la reserva de la falsificación, pudo adoptarla lícitamente, aun cuando fuera mayor el mal que causase con ella que el que hubiera sentido revolvéndola. (1).

191. Alegaría otras razones mas que fluyen de esa misma situación, pero las omito, porque no me he propuesto agotar la materia sino indicar brevemente los principios que la gobiernan. Dejando por este motivo al juez discernimiento del Tribunal las consideraciones que ofrecen las relaciones mercantiles de Iruiriga con la casa de Lezica, el inmediato parentesco de su familia con el dueño de ella, el modo como se supone que vino á conocer aquel delito, y otras circunstancias de no menor influencia, que lo obligaban á callar la falsificación aun en el caso de saberla, me haré cargo de algunas objeciones que haría sin duda el acusador público, atendidos los términos y los principios sobre que está basada la acusación.

192. La responsabilidad de Iruiriga, dirá quizás el Agente Fiscal, consiste no tanto en haber silenciado el hurto con falsificación, cuanto en haber encubierto el delito y al delincuente. Este argumento, que se deduce naturalmente de la acusación, es un mero juego de palabras, y no puede eludir la fuerza de los convencimientos que he desenvuelto en el examen de esta cuestión. Las conclusiones fiscales se apoyan en el concepto de que Iruiriga se halla en el caso de un encubridor; pero todas las reflexiones con que se ha tratado de demostrar el pretendido encubrimiento, y todas las dudas erupulamente acumuladas en el proceso, se han dirigido á un objeto muy diverso: á demostrar que tuvo noticia de la falsificación, y no la reveló como debía. Esto me da lugar á pensar que el Agente no se ha formado una verdadera idea de la importancia jurídica del hecho que ha acusado, y que por perseguir un delito, ha perseguido un acto inocente que no está comprendido bajo ninguna prohibición legal.

193. Este reparo, como que nace de la confusión que se ha hecho del encubrimiento y de la no revelación, se desvanece fácilmente con solo fijar el concepto jurídico de estas palabras; pues el punto se advierte que hay una inmensa distancia entre ocultar el delito, receptar el malhechor y no denunciarlos. El que encubre hace actos positivos, toma providencias de precaución, proporciona arbitrios para que el crimen quede oculto, y el delincuente no sea conocido y castigado; en una palabra presta un auxilio eficaz al perpetrador después de cometido el delito; pero quien no revela lo que sabe nada hace, porque su silencio es una cosa negativa, es un defecto y una omisión que no es punible sino en aquellos casos en que la Ley impone la obligación de revelar el delito. Nada pues hay de común entre el encubrimiento y la no revelación; y como cosas que tienen diversa importancia en la falsificación de las acciones, el primero es castigado por derecho, y la segunda permitida según lo he demostrado, salvo en los casos nominalmente exceptuados.

194. Estas ideas se encuentran corroboradas por la letra de todas las Leyes que castigan á los encubridores. Las de Partida que tratan de los ladrones fijos, de los abigotes, de los siervos fugitivos, de los falsificadores de moneda, de los asesinos y de otros que sería largo referir, para caracterizar á los ocultadores aun de estas frases á otras equivalentes: *qui reciperent, occultarent, occiderent, defendissent* encubrieren en su casa ó en otros lugares, y nunc los indican por palabras que hagan referencia á la no revelación, silencio ó reserva de tales delitos y delinquentes. Recorranse los ti-

tulos de la Recopilación que hablan de los hurtos, robos y receptación de malhechores, y en ellos se encontrará este mismo lenguaje; deduciéndose de todo esto la verdad del concepto indicado, á saber: que el delito de encubrimiento se comete tomando una parte activa en la ocultación con ánimo doloso, mas no abstiniéndose de las abominables funciones de dominación ó de dolo. Esto conviene perfectamente á la idea que nos dan los criminalistas de la receptación; pues para ellos *receptare est proprium refugium abscondendi causa preta et in agro vel edificio* (1). Recordérese en fin, que la ley romana anteriormente citada (§ 187) dice, *cum nullum intersit, furem quis celet, an non indicet*, y desaparecerá el error sobre que se ha apoyado únicamente la acusación.

195. Conforme á estos principios los autores que agitan la cuestión, sobre si hay ó no obligación de revelar los delitos, enseñan que aunque la haya de no encubrir á los ladrones, ninguna existe de denunciarlos ó estorbar la perpetración del hurto. Todos los que he citado hasta aquí ponen precisamente el ejemplo de este delito para hacer aplicación de la doctrina que he demostrado, sin que ninguno de ellos se avance á extender la prohibición que hace la Ley del ocultar á los ladrones hasta comprender en ella su no revelación. El Heinecio, hablando de la responsabilidad de los que causan moral del delito, dice literalmente: *An si quis ob delictum non prohibuit puniri, perfectum adfuerit prohibere, est impediendi obligatio* (discrepandum). *Hinc patet, furti participes non est, qui in vicinia furtum fieri vidit, non prohibuit, quomodo ejusmodi vicinus sit inhumanus* (2). Lo mas á que se han adelantado los criminalistas citados es á opinar, que los monitores que se publican para el descubrimiento de la cosa hurtada y la denuncia del ladrón, son válidos y obligatorios, y que es preciso cumplirlos para no incurrir en las penas fustimadas en ellos; pero esta misma opinión, que no carece de dificultad respecto de la revelación del delincuente, supone que hay gran diferencia entre ocultarlo y no denunciarlo, entre sustraerlo de las manos de la justicia puesta en acción para castigarlo y no revelarlo, cuando el crimen está oculto y no ha producido difamación que abra camino á la pesquisa. En el caso de los monitores es tolerable se imponga alguna pena al que no revela, porque no solamente priva al magistrado de los conocimientos que reclama para la averiguación del autor del delito, sino que también desobedece á un precepto legítimo; pero en el segundo sería irracional y absurdo aplicar una pena por una noticia que no ha estado en su arbitrio adquirir ó no (3).

196. Si no ha encubierto Iruiriga, repundrá el acusador, ha tolerado y consentido el hurto ejecutado al comercio con su firma falsificada, y por este solo hecho es responsable de las penas pedidas contra él. Tal réplica está providenciada y satisfecha con las observaciones precedentes; agregará sin embargo algunas mas, para probar que aunque mi protegido no denunciase la falsificación, no puede decirse con propiedad que la hubiera consentido. El que calla cuando no tiene necesidad u obligación de explicarse, no se entiende que otorga lo que vé ni lo que oye (4); porque el silencio, siendo una cosa media entre consentir y negar, de ningún modo puede confundirse con alguno de los extremos. Así pues, en la suposición que he hecho anteriormente (§ 170), el de Iruiriga no envuelve un consentimiento presunto en el delito que se persigue, desde que se ha probado que no tenía deber alguno de revelarlo. Esta ligera indicación disuelve completamente la objeción propuesta; pero no me limitaré á ella por lo importante que es al éxito de la causa el esclarecimiento de este punto.

197. Cuando se quiere hacer responsable á Iruiriga de la falsificación por su pretendida tolerancia, se supone tícticamente que no ha sido causa física sino moral de este crimen; pero ¿puedo dar este nombre á su silencio? ¿Esta falsificación abraza al que no impide ó no revela el delito? No: porque en sentido jurídico solo es causa moral de un delito, el que concurre á su perpetración por medio del consentimiento, pero de un consentimiento verdadero y eficaz, y no puramente interpretativo. Por esto es que se califican de tales á los que preceptúan, mandan ó encomiendan, aconsejan, auxilian ó ratifican el delito (5); y como mi protegido no habría ejecutado ninguno de estos actos al reservar la falsificación, caso de saberla, claro es que tampoco la habría causado moralmente, ni consentido de una manera que lo hiciera merecedor de un castigo.

198. Al hablar muestras leyes de los consentidores no reputan tales, sino á los que prestan su consentimiento al delito de alguno de los modos indicados, ni extendiendo esta calificación á las personas que no le estorban ó revelan. Para demostrar la exactitud de este aserto podría servirme de todas las que castigan á los cómplices; pero valga por las demas la que habla de las injurias hechas á los vasallos, domésticos y súbditos. Ella declara que son responsables de semejantes injurias los que las hacen por sí mismos, y los que las mandaren, *dixerat* *effecerat*, *consero* ó *ayuda* para ejecutarlas; y resumiendo después estas diferentes maneras de consentir en el delito, dice así: *Qui causa causa es, et dixerat, qui facientes delictum et consensu facientes, qui reitiam equal pena* (6). Véase, pues, en este texto lo que se entiende en derecho por consentidor, y véase asimismo que

no se cuenta como una manera de consentir el no estorbar ó no denunciar los crímenes. Últimamente, recordérese la regla de derecho que expresa aquel mismo principio, y no habrá quien no se persuada de la verdad legal de estos conceptos.

199. Si en la falsificación de las acciones hubiere de confundirse el silencio con el consentimiento cooperativo en el delito, no seguiría entre otros inconvenientes de gravedad, el de sujetar á una obligación penal el pensamiento, el deseo y todos los actos internos que no son ni pueden ser turbativos del orden, y que tampoco producen daño alguno á tercero. ¿Y á quién ha ocurrido entender hasta allí la potestad coercitiva de los Magistrados? Las tradiciones legales nos han transmitido el principio, *cogitationes penam in foro non patiuntur*; y este principio ha sido y será respetado mientras no se proscriba entre los hombres el imperio de la razón y de la justicia. Este es el sentir de todos los criminalistas, y esta línea de demarcación que constituyen entre el consentimiento punible y la aprobación interna del delito que jamas puede serlo. Uno de ellos pregunta, si contrae alguna responsabilidad el que sabe la futura perpetración de un crimen y le consiente, y su resolución es la siguiente: *Aut est tantummodo simplex consensus, et non puniuntur; aut vero quis consentit delicto per viam assertoriarum, ut verisimile est: et tunc plus puniri debet, quam ipse coinquens...* *Ullud autem quod dicitur, quod agentes et consentientes sunt pari pena puniendi, intelligendum est, quando consensus et auxilium presterint ut propositum aut committendum maleficium. Et ita dicunt omnes* (7).

200. La distinción que apunta el autor próximamente citado es demasiado importante para descominar el principio de la responsabilidad de los que son causa moral ó instrumental de los delitos. Hay efectivamente una gran diferencia entre los que están obligados á impedir los delitos por razón de su estado ó oficio, como son los Jueces, amos, padres, maridos y otras personas, y los que no tienen por la Ley semejante deber. En los primeros el silencio y la tolerancia importa presuntivamente el consentimiento, conforme á la regla de derecho que dice: *Et alio si dixerint los sabios antiguos, que el Señor que vé hacer mal á que el quien lo puede evitar, si non lo evita, scilicet que lo consiente, et que es aparcero en ello* (2); pero respecto de los segundos, no es posible aplicar la misma resolución; porque no impidiendo ó no revelando el delito han usado de una permisión legal, y nada han omitido á que estuvieran obligados. Un criminalista recomienda, explicando aquella distinción, autoriza todos los principios que he establecido hasta aquí con estas mismas palabras: *Las demas personas en no impedir los delitos que pueden evitar, podrán dejar de cumplir con los oficios de humanidad y civilidad; pero las LEYES DEJAN el uso de ellos al arbitrio de los ciudadanos, y no castigan semejante falta, mayormente cuando en muchas ocasiones de querer evitar delitos de otros podría seguirse algun mal á los mismos que lo intentasen* (3). Ahora bien: no estando obligado Iruiriga á impedir los delitos de Hornung, ni habiendo tenido parte alguna en ellos, se inferir sin violencia, que no los ha consentido aun en la gratuita hipótesis de esta cuestión, ni contraído la responsabilidad que persigue el acusador público.

201. Iruiriga no ha prestado la falsificación ni es simple consentimiento de que habia el autor citado (§ 199), y tan lejos de esto ha obtenido una conducta que supone, que jamas dispuso su aprobación ó consentimiento del delito. En el proceso hay constancia de que posteriormente á la cancelación de sus negocios con la casa de Lezica, el corredor Alvarez exigió á Hornung la firma de mi protegido para la coloración de unas onzas pertenecientes á D. Clemente Cueto, y que aquel le contestó, que habiendo liquidado sus cuentas no podía ya pedírsela. El mismo falsificador nos ha legado un testimonio de la resistencia de Iruiriga á dar su firma, cuando dice á Lezica (f. 46): *Però Theobald me firmaba letras, y después Iruiriga; pero sucedió que este último ya no quiso prestar su firma mas, y ahí me tiene V. que empuja mi marido de servirme con firmas supuestas, pues que los corredores me pedían aquella firma, y él me la negaba...* En fin, de la prueba que ha rendido Iruiriga debe resultar necesariamente, que después de la liquidación mencionada indicó á varias personas de su relación, que en lo sucesivo no daría letras á la plaza, sino con su firma y la de su hermano. Si mi cliente hubiera consentido el escandaloso abuso que Hornung hacia de su nombre; ¿por qué razón podía retrair á este de pedirle la firma? ¿Por qué asegura en su carta que Iruiriga se resistía á franqueársela, si es efectivo que aprobó la falsificación perpetrada antes y después de la fecha del finiquito? ¿Podría acaso mi defendido resistirse á garantizar realmente las letras de Lezica, y al mismo tiempo consentir en aparecer falsamente responsable en ellas? Siendo cierto este hecho, mi protegido no habría anunciado á persona alguna que su firma no correría en adelante unida á la de Lezica; porque de esta manera daba lugar á que se descubriese la falsificación y su complicidad. ¿Quién puede concebir esta pura y original modo de aprobar un delito? ¿Cómo creer que Iruiriga tuviera la osadía de verter especies que pudieran perjudicarle? Este habría sido un acto de perfidia, que atendida su probada moralidad, no se atrevería á

imprimirlos las mas empujados en su perdición. 202. Además de esto es imposible alcanzar la causa que pudo impulsar á Iruiriga á consentir en el hurto que hacía Hornung al comercio falsificando su firma. El delito por mas leve que sea supone un motivo, que seduciendo el corazón del delincuente y extraviando su entendimiento, lo arrastra á cometerlo, á pesar de la repugnancia natural que inspiran las acciones criminales, y de la fuerza represiva de las penas con que la ley las castiga; y cuál pudo ser el que movió á Iruiriga á consentir en aquel crimen? Por mas que se apure las investigaciones nadie podrá asignar uno que tenga siquiera las apariencias de la verdad. Por cualquier lado que se vean las cosas se encontrará que él no ha reportado provecho alguno de la falsificación. La expectativa de un giro mas vasto, el aumento de su crédito mercantil, el crecimiento rápido de su fortuna, el deseo de adquirir alguna mas consideración en la sociedad, la necesidad de sostener la que gozaba no han podido ser las causas que moviesen á Iruiriga á participar de los azates y resultados de la complicidad en un crimen semejante. Para nada de esto le era menester implicarse en la falsificación. Sin la ayuda de la casa de Lezica ni de ninguna otra, él podía extender sus negocios hasta donde lo conviniese, llevar siempre en progreso su crédito y sus intereses, y conservar cuando menos la posición social que ocupaba por sus cualidades morales, por su riqueza y mas que todo por la moderación con que sabe usarla. Tan lejos de necesitar para cosa alguna, de aquella casa, Hornung tuvo que valerse del nombre de mi defendido para sostenerla en sus atrasos y prolongar por algunos años su existencia comercial. ¿Qué era pues lo que esa casa llena de apuros y conflictos podía ofrecer á Iruiriga en cambio de una condescendencia criminal? ¿Qué ventajas pecuniarias ó morales podía presentarlo para comprar su allanamiento, cuando ella se sostenía á la sombra de la respetabilidad que le daba la usurpación que había hecho Hornung de su firma? Para vencer en un hombre como Iruiriga la influencia benéfica de la opinión, de la sanción natural, de las Leyes y de la religión era preciso asignar no un simple motivo, sino un motivo muy poderoso y de un efecto seguro; porque si para arrojar al crimen al malvado basta una causa cualquiera, apenas podría impedir á cometerlo el hombre honrado la fuerza superior é irresistible de la degradación.

203. Bien apreciadas las circunstancias que rodean á Iruiriga, cualquiera hallará motivos demasiado graves para creer que jamas pudo aprobar la falsificación de su firma en la suposición de haberla sabido. El necesitaba conservar su crédito para llevar adelante sus propios negocios, y su interés estaba en manifiesta oposición con los del falsificador. Para ocurrir á las exigencias de su giro, él recibía á rditos fuertes cantidades con su firma y la de su hermano: la falsificación le causaba un gravísimo perjuicio, tanto porque le dificultaba este recurso, cuanto porque la multiplicación de letras bajo su nombre debía producirle una alza en el premio del dinero; y si no le juzgamos como á un estúpido ó abandonado, no es posible persuadirse que consintiese á sabiendas en un crimen, cuyos funestos resultados él debía sentir primero que ninguno. Considérese además la publicidad con que ha conservado hasta aquí sus intereses, su conocida providencia, la timidez de su carácter, y se verá que jamas pudo permitir la falsificación, exponiéndose á sufrir las penas de este delito, la pérdida de sus bienes de fortuna, y lo que es mas apreciable que todo, la estimación que su merece en la sociedad, que le da buen padre, buen amigo y buen ciudadano.

204. Después de haber demostrado que Iruiriga no estaba en la obligación de revelar el crimen de Hornung, y que no le ha encubierto ni aprobado aparece bien claro, que puesta la causa en el punto de vista mas favorable al acusador, aquel no ha contraído ninguna responsabilidad penal en una falsificación á que no ha contribuido en manera alguna. Pero se me objetará, que si ser reoscedor de una pena, debe al menos la indemnización civil del daño que ha causado con su inacción á los tenedores de letras falsificadas. La idea de esa obligación civil ¿hoy se quiere hacer valer como una concesión en favor al infortunio de mi protegido, es un despropósito legal que no merece una formal refutación, y un recurso bien debido para conseguir de este modo lo que no se puede esperar por la vía criminal que se ha entablado. Si Iruiriga no ha infringido ley alguna, callando la falsificación; ¿cuál sería el fundamento de tal responsabilidad? Si no ha omitido ninguna diligencia á que estuviera obligado hacia los prestamistas de la casa de Lezica, ¿qué principio puede dar origen á ese deber de subsanar los perjuicios que les ha causado aquel delito? ¿Lo ha producido por ventura la conveniencia de que se le acusa? Nada de esto. Mi protegido nunca la ha tenido con el falsificador, ni se hallaba en el caso de tenerla. El no ejercer ninguna especie de autoridad sobre éste, no estaba tampoco obligado á estorbar sus crímenes, podía denunciarlos ó no según lo he demostrado antes de ahora; y de consiguiente, por no haberlo verificado, no ha incurrido en culpa que le sujete á la reparación pecuniaria de los quebrantos ocasionados por Hornung.

205. Desde que á mi protegido le era permitido revelar ó no la falsificación, ningún cargo civil podía dirigirsele porque el uso de esta facultad legal. Los criminalistas que he consultado sobre la materia, fundándose en los principios expuestos, sostienen unánimemente, que las personas á quienes el derecho no impone la obligación de revelar los delitos por cometer, no son responsables del mal que ellos producen; pero me abstendré de citar literalmente sus palabras, supuesto que puedo transcribir lo que dice

(Concluir.)

(1) Bajardo en Addi. ad Clar. Lib. 5 § Fin. Quest. 91 n. 32.
(2) Heinec. tom. 9 Lib. 2 cap 21 § 1.
(3) Farinac tom. 1 Quest. 51 n. 1.
(4) L. 7 tit. 34 Part. 7.
(5) Heinec. loc. cit.
(6) L. 10 tit. 9 Part. 7.

(1) Jul. Clar. Lib. 5 § Fin. Quest. 87 n. 4.
(2) L. 7 tit. 34 Part. 7.
(3) Guler. tom. 3 Disc. sobre los Delit. cap. 4 n. 14.

(1) Gutierr. tom. 3 Disc. sobre los delitos cap. 9, 2.

al hermano de mi protegido el libro principal que este llevaba, le examiné sin reserva, hizo una pesquisa general de los negocios que contiene, y qué tan limpio? Que en él había constancia de la entrega del precio. Se exhibió asimismo el libro auxiliar, se consultaron sus asientos y qué resultó de esta operación? Que allí aparecía esa propia entrega, enunciada en los mismos términos en que Iurriaga la había referido en sus declaraciones. Se presentaron las cartas de Hornung á Carrasco, y en ellas mismas se registra una confesión clara é indubitable del recibo de una gran cantidad, bien sea como préstamo, bien como importe de los ganados. Se consignó en el proceso la que el propio Hornung dirigió á Lezica después de su alzamiento (f. 99), y también se encuentra en ella un concepto que supone la tradición de aquel. Así que, sin necesidad de ocurrir á la escritura, sin llamar en auxilio de este hecho el boleto, sin servir para su otorgamiento, está demostrado que Iurriaga cumplió con los deberes de comprador, con la misma exactitud y religiosidad que tiene tan bien acreditada entre los comerciantes nacionales y extranjeros.

71. Pero supóngase que las cosas no sucedieron de este modo, y que Iurriaga no entregó realmente el precio convenido; ¿qué cargo podría hacérsele por esto? Ninguno. La retención del precio de una venta, é generalización de mas las ideas, la inobservancia de un contrato no es un crimen, porque no hay ley que la considere como tal. El que resiste, ó retarda el cumplimiento de sus compromisos está obligado á la subsanación de los menoscabos y perjuicios que sobrepongan por su culpa á la parte que los ha llenado con religiosidad; y en tal caso el mal producido es el principio, la medida y término de la responsabilidad legal del contraventor. La reparación del daño satisface en toda su extensión los derechos del contratante perjudicado, y entonces nada resta que hacer al legislador, nada le queda que vengar á nombre de la sociedad y de la justicia. Si mi protegido no entregó á Hornung los setenta mil pesos que importaron las haciendas: si por su omisión ó tardanza ha sido damnificado el vendedor, ó lo son sus acreedores, podrá exigírsele el pago de aquella cantidad y la restitución de los daños é intereses; pero ni los derechos que confiere el contrato de venta, ni las obligaciones que impone, jamás pueden hacerle responsable á una pena que sería de una vez ilegal por defecto de sanción, é injusta por defecto de un fin racional y honesto.

72. He recorrido, Exmo. Sr., y salvado bien en mi opinión todos los indicios reunidos, para acreditar que Iurriaga ha ocultado con su nombre una propiedad del prófugo Hornung: me corresponde ahora analizar las pruebas que demuestran, que las haciendas de Carreta Quemada fueron compradas y adquiridas legalmente por mi protegido. Hasta aquí se ha visto, que aun ocurriendo á los medios que ha adoptado el acusador público, un juicio recto y desapasionado asiente sin esfuerzo al concepto de la compra; mas luego se advertirá que, á presencia de los datos que aquel se ha abstenido de considerar, es indispensable convenir con tal idea, ó echar por tierra todos los principios de crítica judicial que dirigen el ánimo de los Magistrados en clase de investigaciones.

73. Los documentos mas sólidos que pueden presentarse para acreditar un contrato cualquiera son aquellos, que siendo otorgados ante los oficiales diputados al efecto, se hallan garantidos por la fe pública de que son depositarios, y por la fuerza moral que les comunica la observancia de las formas. Iurriaga exhibió (f. 237) uno de esta clase, reducido á dar constancia á la compra y pago de los ganados de Carreta Quemada, y desde aquel momento debieron disiparse todas las sospechas concebidas contra la seriedad del acto, y desvanecerse todas esas presunciones de hombre, recogidas con tanta avidez para evidenciar la ocultación. Ese instrumento público, que no ha merecido al acusador una mirada detenida y circunspecta, es legal y valedero por cualquier lado que se lo considere, porque reúne todos los requisitos y solemnidades que la ley exige en los de su clase. En él están expresados el nombre de los contratantes, el día, mes, año y lugar del otorgamiento: se halla ratificado el contrato y la cosa sobre que se versa con todas las condiciones, cláusulas y renunciaciones convenientes: está firmado por las partes, ante los testigos D. Manuel Tomas Llamas y D. José Halisburton que asistieron al acto (f. 235 y 239); y siendo estas circunstancias las únicas que requiere el derecho por forma de los instrumentos públicos, la escritura de que se trata es válida, firme y subsistente por todos los efectos á que la destinaron los otorgantes (1).

74. Nada hace contra esto el hecho de que la escritura no fué leída en presencia de ambas partes, que uno de los testigos, D. Adolfo Conde, no asistió al acto del otorgamiento (f. 225), y que Halisburton no firmó el instrumento en el registro. Estas omisiones, que en ninguna manera son imputables á Iurriaga, no anulan la escritura, ni lo quitan la fuerza probante que le da el derecho. La ley Recopilada, que trata de esta materia, no exige que la lectura de las escrituras se ejecute, hallándose simultáneamente presentes ambas partes; basta según su espíritu, para que sean legítimas y valederas, que instruidos de su contenido los contratantes, las otorguen y firmen de sus nombres, aunque lo hagan en diversos tiempos. Lo que conviene asegurar en

estos casos, es el libro é ilustrado consentimiento de los otorgantes; y esto se consigue bien, sin necesidad de que ellos lean de consumo la escritura: porque como dice un autor respetable, comentando aquella ley, *ex partium subscriptione eorum claret consensus, et voluntas scripturarumque approbatio* (1).

75. La inasistencia de Conde tampoco destruye la validez de la escritura, porque sin él hay dos testigos que dan testimonio del contrato, y este número basta para llenar la forma establecida por derecho (2). Verdad es que Halisburton no firmó en el protocolo: mas á pesar de esto, él ha declarado haberse hallado presente cuando se leyó y otorgó la escritura á presencia de Hornung; y desde entonces debe ser habido como testigo presencial, así como la hubiera sido, si le hubiera suscripto en aquel propio acto.

76. Establecida sólidamente la legalidad de la escritura, yo pregunto ¿qué fé se merece respecto del contrato que ella misma denuncia? ¿Qué fuerza tiene para acreditarle en juicio ó fuera de él? El erudito Merlin nos responde, que según los primeros principios de la ciencia, los actos públicos hacen plena fé de su contenido entre las partes que los han otorgado, y que hasta tanto se pruebe lo contrario, débense mirar como sérios y verdaderos los convenios que expresan (3). Esta misma doctrina nos enseña la Ley de Partida. *En aca deinos*, son sus palabras, *que toda carta que sea fecha por mano de Escribano público, en que eya escritos los nombres de dos testigos á lo menos, é el día, é el mes, é la era, é el lugar en que fue hecha, assi como de sus mostros, que vale para prouar lo que en ella dize* (4). Luego el instrumento referido justifica acabadamente la compra de las haciendas: luego garante solemnemente la verdad de este contrato: luego contradice y repugna la simulación, y el encubrimiento de la propiedad, cuya transferencia legal acredita. ¿Y ha podido esto ocultarse al Ministerio Fiscal? No señor: estos principios y doctrinas son tan comunes y sabidas, que es increíble hayan escapado á la conocida pericia del acusador. Si las ha despreciado, si se ha desentendido de ellas, es sin duda porque no ha podido sobreponerse á los clamores y exigencias tumultuarias de los acreedores de la casa fallida, que habiendo sido víctimas de los pérfiles manejados de Hornung, no tienen embarazo en hacerlas á su vez.

77. Pero Señor, no es la escritura la única prueba que tenemos de que Iurriaga es el dueño legítimo de la estancia de Carreta Quemada: existen en el mismo proceso otros antecedentes que, llevando este echo al último grado de evidencia, convencerán hasta la saciedad de que en este negocio no hay simulación, ocultación ni otro engaño. Llamo mi atención antes que otro alguno el hecho de haberse mi defendido en posesión de varios documentos, que suponen la realidad de la venta. Para asentar este contrato, Iurriaga debía conocer el origen y legitimidad del dominio de Hornung, y este lo entregó al efecto el boleto que le firmaron por vía de resguardo los dueños anteriores: necesitaba saber el número y especie de las haciendas, y Hornung puso en sus manos la razón de las que Carrasco había recibido poco antes de los primeros vendedores: le importaba instruírse de las condiciones del arrendamiento de los campos que aquellas ocupaban, y el propio Hornung le pasó, transferido á su favor, el contrato que sus autores habían ajustado con Costa; y desde este momento vino á tener en su poder todos los documentos precisos para deliberar sobre la aceptación ó repulsa del contrato propuesto, y todos los que podía necesitar para resguardar sus derechos, después de haberle aludido. A no ser Iurriaga dueño de aquel establecimiento; ¿para qué habría censurado semejantes credenciales? ¿Qué objeto pudo proponerse en las custodia de unos papeles que no podían proporcionarle ninguna clase de utilidad, sino en el único caso de ser propietario de aquellas ganancias? Si el contrato hubiera sido simulado en beneficio de Hornung esos documentos habrían quedado siempre en su poder, para tener en todo evento un principio de prueba, que le asegurase de que Iurriaga no abusaría en su perjuicio de semejante confianza. Esto era lo natural, y lo que cualquiera ejecutaria en igual caso, ya que no exigiera un contra documento privado, que descubriese la realidad del negocio; pero desprenderse de unos papeles tan importantes, traspasarlos sin reserva al que aparecía como comprador, premunirle de una prueba mas que corroborase el concepto de la escritura, son actos que solo pueden conciliarse con la realidad de la venta, y que solamente pueden ser comprendidos y explicados, suponiendo la efectividad de este contrato. Si el hecho de encontrarse en poder del demandor los documentos justificativos del crédito, da una presunción *paris de* la paga: si tal suceso induce de derecho la remisión de la prenda, por identidad de razón puedo inferir, que la existencia de los papeles enunciados en manos de Iurriaga supone la realidad de la venta, y la transferencia del dominio á que se refieren, por lo menos hasta tanto se acredite que lo vinieron en confianza, ó por cualquier otro motivo que pueda destruir la base de aquella presunción.

78. Hay mas: el administrador de la es-

- (1) *Gutiérrez. Quest. Civil. Lib. 1. Quest. 111 No. 4.*
- (2) *LL. 111 y 114 ya cit.—Gutiérrez. loc. cit.*
- (3) *Mort. Quest. et Droit verb. cont. pigu. rat. § 2. Pag. 637.*
- (4) *L. 114 tit. 18 Part. 3.*

ancia reconoció como dueño de ella á Iurriaga desde Diciembre de 1834 (f. 193) y lo reconoce hasta ahora en este carácter, según es de verso en su declaración corriente en el proceso (f. 373 vuelta). En esta virtud, Carrasco ha administrado el establecimiento á nombre de mi defendido: la ha entregado á su apoderado D. Juan Antonio Artega el producto de los ganados vendidos, y recibido de él los fondos precisos para mantener la estancia: ha rendido la cuenta que se registra en los autos (f. 251): ha dado razón del estado de las haciendas de su cargo (f. 263); y ha tratado finalmente de comprar á Costa los terrenos con noticia y previa aprobación de Iurriaga. ¿Y qué significan todos estos actos sino la convicción que asiste á Carrasco de que la estancia es una propiedad de mi cliente? ¿O será todo esto una farsa para fallar á la confianza de un protector Hornung, y arrebatando de acuerdo con mi defendido la propiedad á sus verdaderos y legítimos acreedores? Nada me asombraría que pensasen de este modo ciertos hombres que, abusando de su posición, se han erido autorizados para derramar el veneno de la sospecha sobre los actos mas sencillos é inocentes, y para calificar de presunciones de crimen la moderación en la desgracia, y hasta las mas insignificantes modificaciones del gesto.

79. A todos estos medios de justificación deben agregarse las cartas de Hornung de que hablé (f. 26) al principio de este informe, así como las declaraciones de varias personas que han depuesto en el sentido de la escritura. Interrogado Lezica (f. 208) sobre si sabía que Hornung tuviera alguna estancia en la Banda Oriental y bajo que administración, respondió: *Que lo que puede decir es, que hace mucho tiempo que le oyo decir á Hornung que Carrasco administraba una propiedad que pertenecía á Iurriaga; que esto es lo único que sabe con respecto á estancia en la Banda Oriental.* D. José María Platero (f. 378 vuelta), absolviendo la pregunta tercera de f. 373 vuelta, declara: *Que sabe que el ganado que se encuentra en aquel campo (Carreta Quemada) pertenece á D. José Iurriaga del comercio de Buenos Ayres y á su socio D. Eugenio Carrasco.* D. Juan Antonio Artega asegura (f. 376 vuelta) que tiene conocimiento desde fines de Diciembre del año pasado de 1834, por haberlo oído á varias personas de su vecindario, que Iurriaga tenía una estancia en Carreta Quemada comprada en aquellos, y que sabía lo mismo por carta que le dirigió mi protegido en Enero de 1835, anunciándole la compra y encargándole suministrarle á Carrasco los fondos que necesitase para sostenerla. No hablaré cosa alguna de otros datos menos importantes á mi propósito; pero deduciré si de los que acabo de recordar, que las deposiciones de aquellos testigos robustecen sobre manera y confirman la solemne prueba que forman la escritura, la posesión de los documentos recordados y el constante reconocimiento del administrador de la estancia. Si todo este conjunto de hechos probatorios no basta para persuadirse que no hay ocultación ni dolo en la compra de Carreta Quemada, no tendré embarazo alguno en decir, que es inútil traer los medios morales del convencimiento, cuando el espíritu del público se halla preocupado por el interés de los que lo extraviar.

80. Comparadas las presunciones que se han recogido para fundar el cargo de la ocultación con las pruebas que obran en los autos á favor de la certeza de la compra de la estancia, no podrá menos el Tribunal que pronunciarse por las últimas, dándoles la justa ponderación que tienen por sus calidades. El efecto de esos indicios ó conjeturas tan cuidadosamente reunidos es completamente negativo desde que hay pruebas directas y positivas, tomadas del propio origen de que ellos descienden, que las encierran y destruyen. Si no hay igualdad en la fuerza probatoria de estos extremos, tampoco puede haber materia de comparación entre ellos: porque, como indica un corolario justamente celebrado, *probatum probationem erit; in la. Si vis probatorem dicitur, esse probationem probationem collationem, presumptionem cum probatione* (1). Esto mismo dicta la simple razón y buen sentido. Las presunciones morales son pruebas supletorias que solo tienen lugar en defecto de pruebas principales; de consiguiente, toda vez que aparezcan á favor ó en contra de cualquier acto probanzas de esta especie, los magistrados deben fallar según el concepto que ministren, desestimando sin escrúpulo la probanza por indicios, por mas atendibles que sean ó se supongan.

81. Permitiré con todo eso que generalmente hablando, la simulación se prueba tambien por presunciones, así como cualquier otra especie de fraudes; pero se me deberá reconocer con igual franqueza, que la ley no presume el dolo en los actos humanos, y que los indicios en que se justifique deben ser tan claros y evidentes que renueven toda clase de duda, todo motivo de trepidación y de ansiedad. Esto es lo que nos enseña la ley romana cuando dice: *Dolus ex indicio persequi probari conuenit* (2), y esto es lo que asientan los autores como un principio de eterna verdad. Pero esto no basta: para determinar el ánimo debido á pronunciarse por la simulación es preciso á mas, que se reúnan varias presunciones, que sean verisímiles, determinadas y ciertas, que no se destruyan por si mismas ni sean resistidas por otras, que sean independientes y distintas entre sí, y que concurran á un solo y único objeto: la demostración del fraude. ¿Y reúnen todas estas circunstancias las que se objetan á la compra de la estancia? Provoco al acusador pú-

- (1) *Ciruj. Conen. in tit. 19 Cod. de Probat.*
- (2) *L. 6 Cod. de Dol.*

blico á que demuestre la afirmativa, haciendo un análisis razonado y comparativo de esas presunciones con las calidades designadas. Por mi parte creo inútil emprender este trabajo, después de haber puesto al Tribunal en la ventajosa situación de hacerlo por si mismo con superiores luces y conocimientos.

82. En la presente controversia son tanto mas despreciables las conjeturas impugnadas, cuanto que no son del número de las que señalan las Leyes y los autores como indicios graves y vehementes del fraude en materia de contratos. Hágase una ligera revista de las diversas relaciones del que nos ocupa, y esta verdad aparecerá plausiblemente demostrada. No puede calificarse de simulada la venta de las haciendas por razón de la persona de Hornung, porque en la época en que la ejecutó era hábil para contratar y engañar: no por la de mi protegido, porque fuera de no tener parentesco alguno con aquel, es de una probidad bien acreditada: no por la cantidad y calidad de la cosa enagenada, porque los ganados eran todos los bienes del vendedor, ni tampoco eran los mas estimables y valiosos: no por el precio, porque correspondía al justo valor de las haciendas vendidas: no por la forma y condiciones de la convención, porque se hizo por escritura pública, y porque ninguna de sus cláusulas es insolita y extraña; finalmente, la venta no puede ser argüida de simulación por razón del tiempo, porque se verificó nueve meses y dos días antes del alzamiento de Hornung, y cuando nadie tenía la menor sospecha del mal estado de su fortuna. Los indicios y conjeturas que sostienen este primer cargo de la acusación, unos traen su origen de los asertos maliciosos y contradictorios del alzado, y otros descienden de meros accidentes inconexos con las relaciones mas importantes del contrato; y no siendo por estas razones de las mas caracterizadas y aprobadas, no pueden contrarrestar en ningún caso la prueba legítima la adquisición, ni autorizar las conclusiones que deduce el acusador contra mi defendido.

83. Aunque estas consideraciones no debilitasen el valor jurídico de los indicios, el no haberse determinado y probado la causa de la simulación los haría de todo punto insuficientes para la condenación que solicita el Ministerio Fiscal. La existencia de un motivo externo, que obra como estímulo sobre el ánimo del delincente, dá mayor verisimilitud y probabilidad al delito; y entónces para acreditarle en juicio, no son precisas probanzas tan perfectas, como se requieren en otras circunstancias. Al contrario cuando no existe ese motivo, ó cuando no aparece justificado legalmente, viene á hacerse tanto mas improbable la perpetración del crimen, cuanto que es mas difícil concebir la existencia de un efecto, sin una causa suficiente que le haya producido; y en tal caso debiendo llenar el vacío que esta falta deja en el espíritu de los Jueces, es forzoso emplear pruebas mas ciertas y acabadas. Faltando la causa de la simulación, dice un acreditado jurisconsulto *frequentis est ac in foro recepta propositio, simulationis probatorem requiri expressam, et concludentem, ideoque non admittit conjecturalem, et presumptionem, cui tantum locus est, ubi congrua simulatio causa concurrat* (1). Los indicios alegados contra mi cliente no forman esa prueba expresa y concluyente porque son indirectos y vacilantes, provienen en su mayor de un origen impuro y no tienen una necesaria conexión con la sustancia del delito; de consiguiente, ni bastan á fundarle legalmente, ni pueden equilibrar la fuerza de la solemne prueba que garante la verdad de la enagenación de los ganados.

84. No se diga que en este proceso se ha determinado bien la causa de la simulación. El acusador público no se ha explicado en este importante punto con la claridad conveniente, así como no lo ha practicado en otros varios de igual trascendencia á los objetos de la acusación; pero podemos inferir, que en su concepto el motivo del presunto fraude que denuncia, ha sido el deseo de salvar á favor de Hornung la propiedad ó el valor de las haciendas vendidas. Pero resulta acreditado de algun modo que el mismo delito de que se acusa á Iurriaga ha sido el motivo de la simulación de la venta? Tan lejos de aparecer en todos los justificativos mas insignificantes á este propósito, los mismos indicios con que se ataca la realidad de aquel contrato, prueban que tal dolo no pudo ser, respecto de Hornung ni de mi protegido, la causa de haberse escriturado aquel contrato.

85. Si con una venta simulada Hornung se propuso ocultar que le pertenecían las haciendas de Carreta Quemada: si quiso que mi defendido las salvase á su favor, tomando fingidamente el nombre de propietario, habría obrado en todo de acuerdo con este designio; pero tan lejos de subordinar sus operaciones á este principio de acción, trató siempre de contrariarlo, pasando como verdadero dueño de ellas. Para conseguirlo, conservó en reserva la compra de Iurriaga, procuró manifestamente que éste no se entendiera con Costa, encargó á Somoza el cambio de los ganados, y finalmente indicó á Martínez el día anterior á su fuga, que habia comprado los de Carrasco para que procediese á su enagenación. Esta conducta demuestra que jamás pensó el alzado en la ocultación de los ganados. A suponerle animado de esta idea, no habría inutilizado con sus propios pasos los efectos de la simulación, elegida como medio para llevar al cabo sus proyectos. Hornung, que habia desplegado con el mejor suceso los recursos de un ingenio fácil y fecundo, que todo lo preveía y calculaba de una manera ajustada á sus intenciones, ni podía abandonarlas de un momento á otro, ni tampoco cruzarlas por un acto de necesidad y de

- (1) *Luca de Contril. P. 1. 3. Disc. 29. núm. 2.*

descuido. Todo esto patentiza, que la pretendida simulación no tuvo por origen, respecto de Hornung, el deseo de separar aparentemente del número de sus bienes las haciendas vendidas. Véanse las cosas en sus diversos aspectos, y se obtendrá por único resultado, que en vez de haberse propuesto aquel ocultar su propiedad con el nombre de Iurriaga, intentó los medios de la falsedad y del artificio para anular el efecto de una escritura que, publicando la enajenación, le privaba de una de las más sólidas garantías de su crédito comercial.

86. Por lo que hace á mi cliente, un sentimiento común á favor de Hornung no pudo ser una razón tan eficaz que lo arrastrase á convenir en una simulación dolosa. Un mero deseo, una disposición cualquiera no son, generalmente hablando, las causas próximas de los delitos. La simple existencia de un motivo, dice Betham, no es una circunstancia de cargo. La situación dada de un individuo ha podido someterle á la acción de un cierto motivo, pero esto nada prueba contra él, nada absolutamente (1). Para considerar aquel sentimiento como causa suficiente del supuesto fraude debía aparecer robustecido por un motivo extraordinario y decisivo; pero ese motivo no existe en nuestro caso, al menos debemos pensarlo así, cuando vemos que el acusador no ha podido determinar con certeza. ¿Que incentivo pudo ofrecer Hornung á Iurriaga para comprometerle en la perpetración de un urto vergonzoso? ¿Qué premio podía compensarle tan infame complicidad? ¿Qué provecho reportaba de su criminal concurrencia? Ninguno. A mi defendido debía ser de un igual interés que Hornung salvase los ganados del naufragio de su quiebra, ó que sus acreedores fuesen pagados con su importe. Sus relaciones con este eran muy poca cosa, para implicarle, con la sola mira de mantenerlas, en las gravísimas consecuencias de este crimen, y su amistad no le era tan profusa para comprar su conservación al elevado precio de una connivencia reprobada. Recuérdese el carácter de Iurriaga, sus disposiciones habituales, su reputación, su fortuna, y mas que todo su moralidad, y sus mismos perseguidores no descubrirán un motivo bastante poderoso, que preponderando sobre la influencia benéfica de estas calidades, pudiera impelerlo á participar de la infamia y de los resultados penales de una ocultación fraudulenta.

87. A todas las circunstancias informativas que acabo de exponer contra los indicios alegados en la acusación, agregaré por último, que las presunciones de fraude deben ser tanto mas graves cuanto mas lo sea el negocio sobre el recaer; y así, mas periculosas é indubitadas se exigen en una causa criminal que en una civil y mas evidentes cuando se trata de juzgar de un acto escrito que tiene á su favor la autoridad y sello de la Ley, que cuando se debe resolver á cerca de un contrato verbal, ó acreditado por un documento privado. Un autor cuyo sufragio invocaré siempre con satisfacción explicando este punto, dice así: «Puedese agregar á las reflexiones precedentes, que en una materia tan indeterminada como esta, no es posible «aplicar una misma regla á todas las diversas «especies de simulación. Así pues, se requieren pruebas mas graves para establecerla, si «una de las partes es quien la objeto, que si la «opone un tercero; y cuando se trata de una «simulación que debe ser juzgada criminal. «mente, una usura enorme por ejemplo, que «cuando se litigan intereses civiles, y, g. sobre «la verdadera dirección de un legado, ó sobre «el disfrute de un contrato como el de venta con «cualquier otra especie de contrato. Muchos «jurisconsultos han enseñado lo contrario; pero «la voz de la razón y de la humanidad, el honor y el estado de los ciudadanos reclaman «pruebas tanto mas indubitadas, cuanto mas «grave deba ser la condenación» (2).

88. Si esta causa, como todos lo reconocen, es la mas importante que ha podido sobrevenir á mi cliente: si ella pone en los mayores conflictos su buen nombre, y compromete sus mas caros intereses: si en ella se trata de una condenación que puede arrastrar consigo una inmensa fortuna, adquirida á fuerza de un impropio trabajo y contracción, órse preciso que el Ministerio público hubiera fundado su acusación en presunciones mas fuertes y menos doloables, y que de algun modo hubiera procurado desvanecer las pruebas solemnes, clásicas y multiplicadas, que justificando plenamente la realidad de la compra, aniquilan esos indicios frívolos, pueriles y vagos hacinados á discreción en el proceso. No habiéndolo verificado, la justicia y las leyes exigen de la ilustración del Tribunal se absuelva á mi protegido de este primer cargo, indemnizándole en lo posible con la solemne declaración de su inocencia de los perjuicios que le ha ocasionado en sus intereses y en su buena opinión la sola existencia de este proceso.

89. El segundo cargo formado á Iurriaga es el de haber encubierto con perjuicio de tercero la falsificación de su firma en las letras que hoy aparecen con ella, y en las que han circulado en la plaza desde algunos años atrás en la confesión ni en la acusación Fiscal su acriminación á mi protegido como á *mandante, conserjero, partícipe ó auxiliador* de aquel delito, perpetrado por Hornung: formásele culpa solamente, por que sabiendo que este abusaba de su firma para hacerse de dinero, no le denunció á la justicia para evitar las funestas consecuencias que se han sentido en el comercio; así que podemos decir, que el crimen de que se le acusa consiste en una complicidad *lúcida*, por cuanto no reve-

lando la falsificación, vino á tolerarla en concepto del acusador. Conviene tener muy presente esta indicación para apreciar con exactitud el resultado del debate de las cuestiones á que dá lugar este cargo.

90. Dos son las que principalmente pueden suscitarse. Primera, si Iurriaga tuvo conocimiento antes del 11 de Septiembre de 1835 de que Hornung falsificaba su firma. Segunda, si sabiendo, estuvo obligado por la ley á denunciar, ó acusar este delito. La resolución de estas dos cuestiones indicará cual debe ser el fallo que termine este expectable proceso.

91. Preguntado Iurriaga acerca del hecho que envuelve la primera cuestión, respondió (f. 150), que hasta el suceso de D. Narciso Martínez nada había sabido de la falsificación. A consecuencia de esta respuesta, y de que no se descubría un solo acto que le hiciera aparecer directamente complicado en aquel crimen, toda la pesquisa se dirigió á evidenciar el conocimiento que le atribuían los tenedores de letras falsificadas: lo que vino á ser de gran consuelo para él, que perseguido con todo el aparato de la justicia, conoció bien temprano que el silencio era el único delito que se le imputaba, y la tolerancia el único cargo á que debía responder.

A este objeto se encaminan todas las pruebas que sostienen este capítulo de la acusación; y para examinarlas con la conveniente distinción, las clasificaré en esta forma: Cartas de Hornung de Iurriaga, *casualmente escritas*—Testimonio oral—Indicios tomados de diversos hechos. Véamos como desenvuelve el acusador público cada uno de estos medios, y las ventajas que saca de ellos á favor de la acusación.

92. Las cartas que sirven de principal base á este cargo son las que corren desde f. 307 hasta f. 315 inclusive. En los dos billetes de Iurriaga (f. 312 y 313) se descubre, dice el Agente Fiscal, que aquel instaba á Hornung por la pronta conclusión de algun asunto reservado entre ambos, que por su oscuridad hace nacer sospechas sobre la calidad del mismo. En las cartas de Hornung (f. 307 y 310), que camilla de contestación á las de Iurriaga, se encuentra á su modo de ver la explicación de aquellos papeles, y la prueba mas irrefragable de que este supo que su firma corría falsificada. En ellas, continúa el acusador, lo habla Hornung de letras circulantes en la plaza: le ofrece garantías considerables para recogerlas, salvando su palabra y sus intereses pecuniarios: le ruega á nombre de la amistad que no delibere nada hasta que se vuelva á ver: le anuncia que su firma podrá desaparecer de la circulación en el mes de Mayo (1835), observándole que cualquiera medida de precaución que quisiera tomar antes de esta época, inutilizaría los recursos de que podía disponer para amortizar aquellas letras: se confiesa criminal á sus ojos, y finalmente le ruega, que entretanto sea el único *subdador* de lo nuevo ocurrido. Todos estos conceptos suponen que Iurriaga llegó á descubrir de algun modo la falsificación, y que para acallararlo le ofreció Hornung todos los medios posibles de indemnidad; de consiguiente, dice el Ministerio Fiscal, siendo supuesta la ignorancia con se acusa, está legalmente obligado á subsanar con el pago de las letras el perjuicio que ha causado con su silencio y disimulo.

93. Repátese tambien la carta de f. 315 como una prueba escrita que arguye en Iurriaga la noticia de la falsificación. Asimismo se pretende convencer con ella de que el pago que hizo á Martínez de unas letras falsas el 15 de Setiembre último fué acordado previamente con Hornung; lo que demuestra de una vez, que estaba al cabo de aquel delito, y que tenía convicción íntima de su responsabilidad.

94. Sápóñese tambien que las declaraciones de los testigos D. Enrique Dupon (f. 188 v.), D. Chyetano Maria Cazon (f. 67) y D. Narciso A. Martínez (f. 61) acreditan la falsedad de la escusación que ha alegado Iurriaga para salvar este segundo extremo de la acusación. Se dice que las dos primeras demuestran, que mi cliente reconoció como verdaderas hace mas de un año las tres Letras exhibidas á f. 190 y siguientes, al paso que hoy, volviendo sobre sí mismo, asegura que son falsas; á f. 203, y que la última justifica que el 11 de Setiembre fué referido, Iurriaga tuvo un conocimiento pleno y acabado del negocio á que se había ejecutado con sus firmas falsas; de suerte, que habiendo guardado sobre este delito un profundo silencio, ha venido á participar de la responsabilidad del falsificador, y á sujetarse por lo mismo á las penas pedidas contra él.

95. Para corroborar estas mismas deducciones se han acumulado ciertas conjeturas á las que, por una deplorable fatalidad, se atribuye una fuerza probatoria que no tienen por la ley. Es la primera, que aunque Iurriaga ha dicho en los diversos interrogatorios que ha sufrido, que habia chancelado sus cuentas con la casa de Leizaola, se hallan todavía algunas pendientes por giro de Letras y otros negocios de importancia, y que la carta con que ha querido acreditar la chancelación no la prueba por el modo irregular con que fué obtenida.—Segunda, que aló permitido la certeza de tal liquidación definitiva, mi defendido no la anunció al público como lo prescribe la Ordenanza, dando así lugar á que, permaneciendo el comercio en el concepto de que continuaban sus relaciones con ella, viniera á ser víctima de semejante error.—Tercera, de las confrontaciones que se han ejecutado entre los asientos de Letras, compulsados del Libro de mi protegido, y algunos de las que dió aquella casa con la firma falsificada de Iurriaga, aparece una conformidad absoluta en las fechas y en las cantidades.—Cuarta, el Libro de que aquellas se han copiado no está foliado, y ademas están

antepuestas y pospuestas las fechas de tales asientos: lo que no ha podido suceder sin algun plan y objeto reprobado.—Quinta, Iurriaga pagó á Martínez tres letras de diez mil pesos cada una despues de haber reconocido que estaba falsificada su firma, y este pago convence de que ó tenía parte en la falsificación, ó que sabía ella solamente, la había autorizado y consentido.—Sexta, desde 1833 hasta el momento de la quiebra se han girado y pagado letras con la firma falsa de Iurriaga, importantes la enorme suma de cerca de cinco millones de pesos en moneda corriente (f. 290); y no es posible creer ni concebir, que aquel no se hubiese apercibido de una falsificación tan extensa.

96. En virtud de todas y de cada una de estas diferentes especies de prueba se cree poder deducir, que Iurriaga supo antes de Setiembre último que Hornung servíendose de su nombre y crédito en la plaza, obtenia cuantos fondos necesitaba para mantener en pié la casa de Leizaola: que no trató de descubrir este maneo infame y criminal, antes bien dió asa al falsificador para que consumase el sacrificio de los que prestaban á interés su dinero, confiados en su responsabilidad; y que habiendo contraído con esta conducta toda la culpa de un verdadero cómplice de falsificación, debe ser condenado á pagar todas las Letras falsificadas, fuera de sufrir como Leizaola un año de destierro en el lugar que señale el Tribunal.

97. Ho resumiendo, Excmo. Sr., las pruebas alegadas para fundar contra Iurriaga el presente cargo: técame ahora refutarlas en el mismo orden en que acabo de clasificarlas. La inmensa trascendencia de este extremo de la acusación exige un cuidado especial en el exámen de los medios que la sostienen y no será de extrañar por este motivo que le practique con alguna detención y prolijidad.

98. El primer billete de (f. 312) datado el 10 de Diciembre de 1834 ha ofrecido un campo vasto á las conjeturas mas aventuradas y ofensivas por la ambigüedad que hoy se nota en su contexto, y porque Iurriaga no ha podido dar razón, ni del negocio sobre que exigía á Hornung en el principio una pronta terminación, ni tampoco del que le indicen en la postdata reclamaba una urgente conformidad. Pero la ambigüedad ó la oscuridad de este papel ¿pueden dar suficiente materia al presente cargo? Porque no se entiende absolutamente el contenido de aquel billete, ó porque pueda dársele un doble sentido ¿hay motivo para reconvenir á Iurriaga con la existencia de un delito que no se descubre de la letra y tenor de tal carta? ¿Puedese argüir la realidad de un acuerdo criminal entre Hornung y mi defendido, porque no resulta consignado en ella terminante y explícitamente el asunto á que se refiere? Para hacer servir ese insignificante papel al intento de la acusación, el Ministerio Fiscal debió elucidar primero estas cuestiones; pero no lo ha hecho, porque le era mas cómodo formar á ciegos los cargos, que ocuparse en razonar, para establecer los antecedentes de que los deduce.

99. Si discurremos en este singular proceso, respetando los principios legales y las inspiraciones del buen sentido, no podremos admitir el billete indicado, ni como una prueba directa de que Iurriaga supo la falsificación antes de la época recordada, ni como el origen de una presunción que pueda acreditar ese propio conocimiento. No lo primero, porque tal billete no hace fí directamente del hecho que se investiga, ni le justifica por sí solo. La conducta del acusador es una demostración bien luminosa de la verdad de este concepto, pues para hacerlo valer como un motivo de recargo, ha tenido que servirse de inferencias, que no nacen inmediatamente de los hechos que contiene. El lo ha recordado, no como un documento que trae consigo la prueba de la complicidad del que le escribió, sino como el fundamento de un juicio que le conduce á sospechar la existencia de un acuerdo criminal entre Hornung é Iurriaga. ¿Pero qué acuerdo es éste? ¿A qué se reduce? ¿Por qué se llama? Es, lo es lo que no indica el Ministerio Fiscal, y lo que tampoco determina ese papel. Una prueba directa presenta los hechos y los califica por sí sola: refiere las circunstancias y por sí misma les fija su importancia moral; y por fin, ella lo explica todo sin el auxilio de los argumentos, dejando únicamente al Juez la sencilla tarea de aplicar al caso las disposiciones de la ley. El billete de Iurriaga no llena ciertamente estas funciones; mas arguye segun el acusador un convenio reprobado, y este convenio supone á su turno la culpable connivencia de mi defendido en el delito de la falsificación. Este raciocinio es un verdadero paralogismo; pero tal cual se demuestra al menos, que ese papel no es una prueba inmediata del crimen imputado á mi cliente.

100. Tampoco puede ser aquel billete el fundamento de una prueba indirecta. Esta clase de prueba se deduce de un hecho, ó de una masa de hechos, que ligándose inmediatamente con el que es objeto de la investigación, nos guie á concluir que ha existido efectivamente tal hecho; así que, viene á ser el juicio que formamos acerca de la verdad de una cosa desconocida, por una consecuencia sacada de otra que conocemos con anticipación. Este es el principio, pero es en vano buscar su aplicación al caso que nos ofrece aquí el billete. Los hechos que él enuncia no tienen conexión alguna con el delito perseguido, no se le refieren por un encañonamiento necesario, y no descienden de él, así como el efecto de la causa; de suerte que, para inferir de ellos la perpetración de ese crimen, es forzoso suponer la existencia de varios actos intermedios, que elaborándose entre sí,

vengan á ligar extremos tan separados y distantes. El contexto del billete no presenta el Juez emisionado un concepto perceptible y claro: exigió su explicación á mi cliente, mas no pudo dárle, porque no lucia memoria de los negocios á que le habia contraído. Partiendo entonces de aquí, se atribuyó este defecto á un *acuerdo reservado*; y violándolo mas y mas las reglas del discurso, se llegó por salto, hasta encontrar en ese misterioso concierto el crimen que ha formado la principal materia de este proceso. Con tal sistema de investigación, no hay absolutamente un acto por sencillo ó inocente que sea, que no pueda unirse al delito mas odioso. Si se hubiera adelantado un paso mas en este proceso, tan fácil hubiera sido dar con hurto, un homicidio con cualquier otro crimen, como en la opinión del acusador lo ha sido descubrir el que se imputa á Iurriaga. Si pues los hechos expresados en aquel billete no tienen una unión próxima con el encubrimiento ó tolerancia de la falsificación, es fuera de duda que no ministra fundamento á una prueba indirecta, que puede emplearse con suceso para acriminar á mi protegido.

101. Pero observemos de mas cerca el indicio tomado de aquel despreciable billete, y tendremos otros motivos mas para persuadirnos de su absoluta inutilidad. Todo su ser, toda su consistencia y toda la importancia que se le dá viene de la oscuridad en que resulta cuando el negocio de que en él se trata. El billete es oscuro ó ambiguo, ha dicho el acusador, luego hace relación á un convenio reservado: luego Iurriaga supo que Hornung le falsificaba su firma: luego toleró este crimen en perjuicio de los tenedores de letras: luego debe abonarlas en su totalidad, para subsanar el perjuicio que ha causado con semejante connivencia. No son estos los mismos términos en que se ha explicado el Agente Fiscal, pero es esta la serie de inducciones, que tomando origen de aquel billete, le ha conducido á concluir la responsabilidad de mi cliente. ¿Qué modo de raciocinar en una causa tan ardua, tan grave y trascendente como esta!!! Si el billete es oscuro, porque no se puede entender de modo alguno: si es ambiguo, porque pueden dársele dos ó mas sentidos, la única consecuencia legítima que podría deducirse, es que no hay materia de cargo, y que tampoco debió reconvenirse á mi protegido por la oscuridad de ese billete. Si es incomprendible su verdadero concepto; cómo es que se le explica con la simple suposición de un *acuerdo reservado*? Si admite una doble inteligencia ¿por qué razón se adopta preferentemente la que puede referirse á un tratado punible entre Hornung é Iurriaga? Sobre todo, si el billete es oscuro ó ambiguo, luego no expresa un hecho positivo y determinado: luego tampoco puede inferirse de ese hecho que se ignora, la existencia del hecho desconocido que se investiga y constituye el delito de que se acusa á Iurriaga. ¿Dónde está pues la presunción? ¿Dónde la analogía sobre que necesariamente ha debido fundarse?

102. Si en la materia mas vulgar no sería permitido discurrir, haciendo abstracción de las reglas del buen juicio, mémos ha debido hacerlo el acusador en un proceso de tanta trascendencia. La lógica judicial tiene sus preceptos para dirigir el espíritu y la conciencia de los jueces; y esos preceptos deben respetarse con religiosidad, si es que se quiere resguardar con exactitud el valor jurídico de ese billete. Cuando es dudoso el hecho deducido en juicio, los axiomas legales nos enseñan, que la interpretación debe hacerse en buen sentido, de tal suerte que se excluya la presunción del delito: porque *in re dubia benigniorem interpretationem sequi, non minus justum quam tutum est* (1). Si las palabras son oscuras: si es preciso interpretarlas para determinar su verdadera significación, es tambien un principio establecido, que debemos explicarlas de la manera mas favorable y benigna (2). Siguiendo estos axiomas que honran tanto la humanidad como la experiencia del legislador, el billete de Iurriaga debió ser interpretado y entendido á su favor, y sobre qué fundamento se habria elevado entonces la presunción que resisto! La inocencia siempre se presume, y la oscuridad ó de un hecho ó de una palabra cualquiera no puede privarnos de la apreciable posesión de ese concepto, que garante la seguridad y el honor del ciudadano.

103. Por lo que á mi toca, jamas podré reconocer, que la ambigüedad ó oscuridad de la escritura autorice ninguna especie de reconvencción en las causas criminales. Estas calidades son meros accidentes: no tienen un origen determinado, porque pueden ser indistintamente producidas por la impropiedad del lenguaje, la mala coordinación de los periodos, el olvido, la falta de antecedentes, y mil otras circunstancias ocasionales; y por esta razón es, que no tienen ni pueden tener una inteligencia é importancia definida, independiente de la intención del que escribe. Cualquiera de estas causas ha sido suficiente para que Iurriaga no haya podido dar cuenta de los negocios á que hace relación aquel billete; y á cualquiera que se atribuya esta insculpable omisión, quedará esta la caldera de las inducciones que ha formado el acusador, y el indicio que impugna desaparecerá sin dificultad. Si en el momento de haberse escrito y dirigido, se hubiera preguntado á mi cliente cuáles eran los asuntos que trataba en él, ciertamente que lo habria rendido embarazado alguno en explicarlos; y entonces, su contexto literal no habria presentado nada que no fuese inteligible y claro, y que no se estableciera al instante de la conversación mas común. Si en tal evento no hubiera aludado satisfactoriamente el sentido de su carta, podríase inferir justamente que ella envolvía un

(1) Benth. *Prueb. Judic. Lib. 5, cap. 14, §1.*
(2) *Merlin Repert. de Jurisp. verb. simulat. §4, in fine.*

(1) *Mateo de Peralt. Conc. 1533.*
(2) *Mench. de Pramp. Lib. 5, Pramp. 2.º No. 7.*

acuerdo reservado, ó algun criminal misterio que lo importaba encubrir con el velo del silencio; y desde ese momento, su estudiada reserva vendría á fundir en una conjetura de crimen, mas ó menos considerable, segun la naturaleza y calidades del hecho á que se pretendiera aplicar. Pero es este nuestro caso? Muy fácil es demostrar la negativa.

104. Compelió Iurriaga á determinar los negocios que motivaron su billete, no sólo es verdad sobre este particular, ninguna explicación que satisficiera los objetos de la investigación; pero esta falta no provino de ningún principio que pudiera admitir una interpretación contraria á su inocencia, sino de una causa tan involuntaria como inculpable. El dijo, que no recordaba cuales eran las asunturas que sirvieron de materia á ese billete; y por mas que se diga, esta contestación, si no llenó las esperanzas de los perseguidores de Iurriaga, tampoco dió pretexto á las reconvencciones que se le hicieron. El olvido en que la fundó no era un delito, ni un indicio del encubrimiento de que es acusado, ni defendido. El derecho le presume con razon, respecto de los sucesos distantes, y de todos aquellos que no excitando fuertemente nuestra atención, han sido observados con rapidez; y en estos, el olvido en vez de servir de un motivo de acriminación, debe ser considerado como un motivo suficiente de descargo. Y por qué se extraña, que Iurriaga no haya explicado un billete, escrito un año antes de haber sido interrogado sobre su contenido? ¿Qué tiene de inverosímil ese olvido en un hombre siempre agobiado por las multiplicadas y momentáneas ocurrencias de un giro vasto y complicado? En las circunstancias de mi protegido, la falta de una explicación satisfactoria proviene de una causa presuntamente verdadera y no fingida: la ambigüedad ó obscuridad del billete es accidental y no intrínseca; y si algo valen los principios expuestos, debe admitirse mas bien á un origen inocente que á un motivo criminal. El billete, pues, de que se trata no prueba directa ni indirectamente la existencia de un acuerdo punible entre Hornung é Iurriaga, y mucho menos de un acuerdo intencionalmente dirigido á ocultar de consuno la falsificación. Pénsese debidamente estas reflexiones, y cualquiera reconocerá sin embarazo, que tal billete no dá mérito al presente cargo, desde que aquel crimen no puede definirse y explicarse por él.

105. Guindo mi cliente por los sentimientos de delicadeza que le dominan, no quiso aventurar su juicio en la determinación de los negocios de que habló á Hornung en el citado billete; con todo eso, autorizo por este medio mas bien que mi misterioso ofrecimiento al Tribunal, como una conjetura racional y probable, la idea de que ese papel puede muy bien referirse á la compra de los ganados de Carreta Quemada. En los propios días en que fué escrito, Hornung había propuesto á mi defendido este negocio; con este motivo tuvieron diversas citas y entrevistas; y es muy verisímil que hubiese referido á alguna de ellas el período de introducción que dice: *He estado á V. esperando anoche y hoy temprano...* Los demas conceptos del billete se explican con la misma facilidad, desde que, suavisándose el espíritu de rigidez y prevención que ha dominado al acusador, se les quita aplicará á éste contrato, como siempre debieron aplicarse. El billete se escribió el 10 de Diciembre de 1834: la compra de los ganados quedó convenida y escriturada el 13 del mismo; y tanto por la proximidad de tiempo que se nota entre estos actos, cuanto porque este negocio fué el único que ocupaba entonces á los contratantes, es equitativo y justo presumir, que Iurriaga habló precisamente de él en ese célebre y misterioso billete. Si ese contrato puede explicar sin violación la letra de esta carta, ¿por qué se avanza el Agente Fiscal hasta inventar acuerdos siniestros para entenderle? Si interpretémosle de aquel modo se puede conciliar todo sin ofender el buen juicio; ¿qué razon ha podido autorizar ese procedimiento que califica como indicio de crimen la obscuridad accidental de aquel papel? Si para evitar el delito debimos hacer una interpretación benigna de las palabras oscuras ¿cómo es que el acusador, olvidando este principio, ha despreciado la ocasión que le ofrece aquel contrato de interpretar favorablemente ese billete? No es posible esperar una respuesta satisfactoria á unas reflexiones tan urgentes como decisivas; pero entretanto ellas me facultan para concluir, que tal billete nada vale porque nada prueba, y que por mas que se apuren las sutilezas, jamás se descubrirá en su contexto el principio de esa ilegal y arbitraria conjetura que acaba de refutar.

106. El segundo billete (f. 313) hace en la acusación el propio oficio que el primero, pues aparece como él, solo para acreditar la existencia de ese *acuerdo reservado* de ese misterio, que es mas fácil suponer con ligereza, que explicar con acierto. Teniendo ambos para el acusador un mismo carácter, les ha hecho repetir los mismos servicios; pero el segundo no tiene para Iurriaga las calidades de obscuro y ambiguo. En su confesión le explicó sin dificultad, y por lo tanto debo limitarme en este lugar á adelantar mas conceptos, para que quede definitivamente establecido el estado de este billete.

107. La explicación que dió en aquel acto mi defendido era suficiente para entender su segundo billete, y disipar las sospechas que ha producido, no su obscuridad, sino su mala redacción; pero á pesar de esto, conviene tener presente, para ilustrar mas su contenido, lo que ha agregado de pues en su respuesta á la acusación del Agente Fiscal. En ella se ha dicho, que el billete hace relacion tambien á alguno de los medios que Iurriaga propuso á Hornung,

para evadirse decentemente de sus frecuentes exigencias de dinero ó de firmas por cuenta de los negocios de Chile. Esta idea se acomoda perfectamente á todo el período en que se hace referencia á prevenciones anteriores. Hornung segun la letra del billete, pidió á mi cliente le girase unas letras; éste resistió primero tal solicitud; pero resuelto despues á firmárlas, era muy natural que al hacerlo, le dijera: *sin embargo por darle gusto firmo estas de hoy...* Entre los arbitrios que Iurriaga habia adoptado para librarse de las molestas pretenciones del alzado, uno era, el de aconsejarle el giro de letras sobre Europa, aunque fuese con algun pequeño quebranto en el cambio; y es probable que este pensamiento á otro tambien inocente fuese el que mi protegido quiso explicar con las últimas palabras de aquella cláusula: *...esperando que otra vez hará como le habia precedido esta mañana.* Tratándose de la inteligencia de un papel escrito de prisa y escrito por un comerciante que no hace alarde de poseer bien el idioma, estas explicaciones, y cualesquier otras que no sean manifestamente absurdas, deben satisfacer el ánimo de los Jueces: porque en la interpretación de materias criminales, es injusto é inhumano desplegar la escrupulosidad de un gramático, ó la sutileza de un sofista.

108. La explicación que hizo Iurriaga de su segundo billete no tranquilizó el espíritu del Juez instructor; y en esta virtud le reparó, que el período transcripto no podia expresar su resistencia á firmar letras á la casa de Lezica, cuando de los asientos de sus libros resultaba que lo habia hecho hasta Mayo de 1835. Una reconvenccion tan débil como ésta en vez de impugnar la respuesta de mi defendido la robustece mas, por cuanto supone que no hay absolutamente una razon grave para refutarla. En ese propio billete se advierte, que Iurriaga habia manifestado á Hornung su repugnancia al giro de letras, y escrito por un comerciante que no firmó en la letra de tal billete sino en la expresión verbal de este mismo concepto, anteriormente verificado por escrito. Si la reconvenccion decausa en la idea ¿por qué no se habia formalizado antes de la respuesta del acusado? Si no descansaba en ella, es consiguiente, que aun cuando hubiera lugar á una pregunta, no lo habia para deducir un recargo. Pero prescindiendo de esto, Iurriaga ha satisfecho plenamente aquel reparo, desde que la causa que ha indicado, para haber girado letras á la casa de Lezica posteriormente á la época del billete, era bastante poderosa para hacerlo obrar contra su propósito. Este no era un decreto irrevocable para el mismo que le habia formado: era una determinación voluntaria que pudo alterarla con motivo ó sin él, cuando mejor le pareciera. Pensó mi cliente no prestarse mas á un negocio que miraba con disgusto; pero las súplicas reiteradas, los empeños repetidos de la casa de Lezica le compeleron á condescender á veces, y facilitar su garantía en algunas de las letras giradas hasta la fecha indicada. ¿Y contradichos estos hechos la inteligencia que se ha dado á aquel billete? ¿Provocan de algun modo aquella reconvenccion? En ninguna manera: Iurriaga podia dar ó negar su firma despues de escrito el billete, sin incurrir en culpa alguna; y por tanto el hecho con que se le reconviene nada prueba contra él, y nada supone que pueda servir á la justificación del delito que se le imputa.

109. Si ese papel debe tener alguna importancia en este proceso, es porque en lugar de expresar un solo concepto contra mi cliente, nos da un testimonio inequívoco de su conducta circunspecta en los negocios, y de la repugnancia que siempre tuvo á la circulación de su moneda. En él habla Iurriaga del deseo que habia manifestado anteriormente á Hornung de cubrir unas letras importantes quince mil pesos papel moneda; recuerda haberle manifestado anteriormente el disgusto que sentía en firmar letras que quería ver desaparecer del comercio; y le exige la remisión de las vencidas entonces por su cuenta, mandándole al mismo tiempo las cantidades necesarias para verificar su abono. Un hombre que hubiera consentido en la falsificación no podia hablar en este lenguaje al mismo falsificador, porque su tolerancia le habria puesto en una ridícula contradicción con sus propias palabras y protestas. El que desiste retirar sus firmas de la plaza ¿podia contentarse que circulasen las falsificadas con un simple menoscabo de su propio crédito? Es probable, que desahogado tan sinceramente amortizara las pocas letras verdaderas que tenía en giro, se manifestase indiferente respecto de las falsas que corrían en manos de un sin número de prestamistas? Para admitir una oposición tan repugnante de sentimientos, sería preciso suponer que Iurriaga no era movido por los resortes morales que los demas hombres; y por cierto que no hay un solo dato que pueda justificar una excepción tan deshonrosa.

110. Si los billetes de Iurriaga no pueden convenirle de que tenía noticia de la falsificación de su firma, tampoco pueden dar este propio resultado esas cartas de Hornung, ofrecidas al Público y á los Magistrados como la mas concluyente prueba de su complicidad, y un hallazgo tan preparado por una providencia superior para proporcionar á la justicia los medios de descubrir y convencer al delincuente. Tales cartas, y otros varios documentos, aparecen consignados en los autos de una manera misteriosa; y no sería de extrañar, se crevera por esto, que su aparición habia sido el efecto de un milagro. Los que las exhibieron privadamente al Juez comisionado ¿eran parte legítima en este proceso, estaban reconocidos como tales? ¿Eran acusadores, denunciantes, delatores, ó qué papel hacían en la causa? ¿Fueron recogidas en virtud de un auto judicial dado de oficio ó á solicitud de parte, como lo encarga la ley en los juicios criminales? No pretendo profundizar estas cues-

tiones, porque tanta á mi objeto el haberlas indicado; así pues, pasare á investigar el valor que tengan esas cartas, para justificar el conocimiento y tolerancia de que se acusa á Iurriaga.

111. Dos cuestiones ocurren á la simple inspeccion de estas cartas. Primera, los originales de que han sido tomadas ¿fueron realmente escritos por Hornung? Segunda, en caso afirmativo ¿qué fé hacen de la complejidad de que se acusa á Iurriaga? El Juez comisionado trató en el sumario de resolver la primera, y á este propósito tomó declaración á varios testigos, que conocían anticipadamente la letra del alzado. De esta diligencia resultó, que en la opinión de todos los declarantes aquellas cartas eran realmente escritas por Hornung; pero se resolvió con esto la cuestion propuesta, de tal suerte que debamos admitirlas como una prueba legal para convencer la existencia de aquel delito. Si los principios valen algo en esta célebre causa, nada sostendrá la negativa, porque es verdaderamente insostenible, discutiendo con arreglo á lo que ellos nos enseñan.

112. Para probar que un escrito privado es autógrafo, la ley establece dos únicos medios, el reconocimiento de la persona á quien se atribuye, y la deposición de testigos que le hayan visto escribir. (1) ¿Y se ha empleado en el proceso alguno de estos arbitrios? ¿Podían tentarse con suceso, atendidas las circunstancias de este negocio? En cuanto al primero, que es siempre el mas importante al descubrimiento de la verdad, de los autos resulta que no se ha practicado, porque Hornung habia desaparecido antes que se principiase á levantar el sumario. Esta falta ha producido sin duda un gran vicio, que no podrían llenar las declaraciones de los testigos, aún cuando fueran presenciales. Estas acreditarían á lo mas, que las cartas mencionadas eran de la propia mano de aquel; pero el reconocimiento habria proporcionado las explicaciones necesarias para saber, si las habia escrito segun su intimo conocimiento y cual habia sido su intencion, y valorar por estas antecedentes la fé y confianza que se debia tributar á su testimonio respecto del delito «anunciado». La inexistencia, pues, del reconocimiento judicial de Hornung, al paso que deja librado á la accion de pruebas las mas inseguras el origen de aquellas cartas, ha privado tambien á la justicia de la claridad que necesita, para juzgar con rectitud de la importancia legal de los hechos que contienen.

113. La falta de aquel reconocimiento no ha sido subsanada ni en parte por las declaraciones recibidas. Los testigos examinados no son presenciales como lo requiere la Ley, y por esta razon no han podido transmitir á los jueces conocimientos adquiridos en la materia por el órgano de un sentido corpóreo. Careciendo de esta calidad, todos han expresado el juicio que forman por la inspeccion y examen de aquellas copias; pero no han depuesto de un acto que haya pasado ante ellos mismos. La Ley no exige su opinion: no la establece como una prueba; quiere solamente la simple relacion de lo que han visto; y deja lo demas á la conciencia de los Magistrados que deben juzgar. Los testigos pueden pensar lo que les parezca mas racional, segun el conocimiento anterior que tengan de la letra de Hornung, ó segun el resultado de una comparacion de escrituras; pero eso no llena la forma de la Ley, ni satisface los deseos del Legislador. Lo que se busca en estos casos es la verdad del acto, y esta verdad no puede sancionarse por juicios, que arrancan exclusivamente de un argumento á *simili et verisimili*; porque, no todo lo que tiene las apariencias de la verdad es siempre verdadero, ni lo que es semejante es idéntico en todos los casos imaginables.

114. Estas consideraciones apruan doblemente el convencimiento, concretadas al caso tal cual lo presenta el proceso. Las cartas indicadas no son originales; son copias á prensa, que hasta ahora salieron por quien y con que objeto fueron sacadas. Este es un hecho importante sobre el que nada han dicho, ni pueden decir racionalmente los testigos. Si sus declaraciones no podrían establecer contra el propio Hornung la certeza de las cartas originales ¿cómo bastarán á probar o nra un tercero la verdad de las copias? Y si tales medios no darían ningun efecto legal en una causa civil contra el presunto autor de las cartas ¿cómo podrán producirle en un proceso criminal, contra el que ninguna parte ha tenido en su escritura? No obstante todo esto, para allanar el camino al examen de la segunda cuestion, haré la generosa concesion, que los testigos indicados sin ser de vista, han reconocido que las cartas originales fueron escritas por Hornung.

115. Justificada legalmente la certeza de un papel cualquiera, lo único que queda definitivamente establecido es que pertenece á la persona que le ha escrito ó mandado escribir. Los hechos que contenga pueden ser falsos, por mas que aparezcan firmemente aserados en la escritura; y entonces, si se quiere hacerla valer con algun objeto práctico, es preciso averiguar la fé que se merece respecto de la causa. He aquí el origen y la necesidad de la segunda cuestion. Contraído á este punto el examen, juzgo que estas cartas ofrecen menos moral que realidad que las exhibidas para acreditar la ocultación de los ganados. Todas las razones aducidas contra el testimonio, que en estas nos dá Hornung de la simulacion, son exactamente adaptables á las copias á prensa, y deban obrar contra ellas con mayor fuerza, desde que no son originales, sino copias de las que se dicen dirigidas á Iurriaga. Esta consideracion me dá lugar para concluir, que ellas no tienen carácter ni valor alguno en el presente juicio, y que no los debemos estimarlas, ni

como una confesion estrajudicial del alzado, ni como la deposicion solemne de un testigo intachable. Sin embargo, séame permitido volver sobre algunas ideas expuestas en la primera parte de este informe, y agregar otras reflexiones peculiares á esta cuestion, que corroboren la consecuencia que acabo de deducir.

116. Para demostrar que esas cartas no son dignas de crédito, me bastaria recordar que Hornung es un falsificador convencido por sus propias atestaciones, y que lo era tambien en la época en que las escribió; con todo eso, no me serviré directamente de esta excepcion, supuesto que aún concediéndole las calidades mas relevantes, su testimonio, tal cual aparece en esas copias, no forma prueba alguna contra mi protegido. Para considerárlas como una probanza legítima, sería preciso conceder que hacen fé de su contenido ¿y puede avanzarse y sostenerse semejante concepto? Porque en ellas se suponga de una manera oscura que Iurriaga tenía noticia de la falsificación ¿queda suficientemente probado tal hecho? ¿puede considerarse el encubrimiento de que se le imputa? No; porque un documento privado desmiente exclusivamente en la palabra del que lo ha escrito, y ella sola no puede garantizar la verdad de los hechos que comprende. Este es un privilegio otorgado á los instrumentos públicos, que jamas puede ser extendido á las escrituras privadas, y mucho menos á favor de unas cartas tan sospechosas en su origen, como misteriosas en su custodia y aparicion.

117. La fuerza de estas indicaciones se percibirá mejor, simplificando mas el caso que nos presentan esas copias. Supongáse que el propio Hornung hubiera referido judicial é extrajudicialmente los mismos hechos que ellas contienen, y supongáse tambien que hubiese asegurado terminantemente que Iurriaga habia tenido conocimiento de la falsificación de su firma ¿podría reputarse entonces justificado tal hecho por su simple declaración? ¿Pasarian sus aserciones bajo otro carácter que el de una mera reseña, copias apenas de servir de principio á la averiguacion del delito? Aunque la afirmativa es improbable para todos los que conocen las leyes legales que afectan la persona del alzado, preguntaré todavia ¿las cartas de Hornung merecen mayor fé que su deposicion verbal? El accidente de la escritura ¿les dá mayor fuerza que la que tiene la palabra no escrita del propio autor? De ningun modo: porque es sabido, que *plus non creditur copie, quam originali*. La fé que se deba á la persona de Hornung es la medida natural y jurídica del crédito de sus cartas; y si él ninguna se merece por la depravada tendencia de sus disposiciones morales, tampoco podemos dispensarle á sus escrituras, sin incurrir en la mas enfadosa y absurda contradicción.

118. En vano se dirá que esas cartas, de cualquier modo que se consideren, suponen evidentemente que Iurriaga conocia la falsificación de su firma; pues aun concediéndole que esto sea el concepto de tales copias, no por eso resultará cosa alguna contra él. Las declaraciones de testigos oculares probarían fuertemente, como lo he observado ya, que los originales habian sido escritos por Hornung; pero esto seria muy poco para determinar judicialmente aquel hecho, y fijar de un modo irrevocable su verdadero valor. Este efecto solo podia esperarse del reconocimiento del propio Hornung, ejecutado bajo el saludable influjo de las solemnidades sancionadas por derecho para la produccion del testimonio oral. En todos los casos en que la testificación aparece consignada en un papel, es indispensable emplear el interrogatorio con todas las garantías legales; porque de otra suerte, quedarían sin resolverse todas las cuestiones relativas á la intencion del declarante, al origen de su ciencia, y á otros puntos esenciales para dar al testimonio la exactitud y comprobante sobre que debe formarse el criterio judicial. Los testigos jamás pueden prestar estos servicios. Aun despues de averiguado quien es el autor de las cartas, siempre sería preciso someterle al interrogatorio, pues de lo contrario, no se obtendría un testimonio original, y el Juez vendría á formar su conciencia sobre la deposicion de testigos que no lo eran de los hechos denunciados, sino de los actos de otros testigos. Esto seria un absurdo, que minando por sus fundamentos la policia de nuestros juicios, privaría al acusado de los mas eficaces medios de defensa.

Un jurisconsulto filósofo, hablando del testimonio obtenido por sí mismo, ha dicho: *Si en las causas criminales se pudiera jurar por testimonios que no han sido sometidos al interrogatorio verbal, es evidente que no habria ninguna especie de seguridad para el ciudadano* (1).

119. El reconocimiento judicial no cesará de repetirlo, es el único medio de dar á esas copias el valor que no tienen por sí solas, porque es tambien el que exclusivamente puede dar consistencia legal á un sin número de hechos que hoy aparecen ridículos de las densas nubes de la incertidumbre. Si la ratificación de las cartas privadas es siempre necesaria para que puedan servir en juicio, lo es mucho mas respecto de las de Hornung, porque ellas nos presentan diversos problemas que no pueden resolverse sin su auxilio. Viéndose frecuentemente Hornung con Iurriaga ¿qué necesidad pudo impeler al primero á escribir esas cartas? ¿Qué inconveniente tuvo para comunicar de palabra los negocios á que ellas se refieren? ¿Fueron dirigidas y entregadas á su título? ¿Quién tomó las copias? Si fué Hornung el que las sacó ¿qué fin se propuso en la conservacion de unas cartas, que justificando su delito, podían acarrearle las mas funestas consecuencias? Estas y otras cuestiones de no menor trascendencia habria resuelto el reconoci-

miento de Hornung, y su falta las deja envueltas en la obscuridad y en la duda. El acusador, á pesar de esto, ha creído seguramente que todas ellas están decididas por la letra de las mismas cartas, y de este error proviene que las haya calificado de pruebas incongruentes que la culpabilidad de Iurriaga en la falsificación de su firma. No me tomaré el trabajo de refutar una suposición resistida por la evidencia que sobre este particular arroja el mismo proceso: inferiré sí de todas las observaciones expuestas, que las cartas no pueden definir por sí solas nada de cuanto convenia determinar para ilustrar la conciencia del Tribunal; y que sin la ayuda de un reconocimiento expreso, no pueden servir como medios probatorios del cargo que examino.

120. Las reflexiones precedentes no son las únicas que destruyen la pretendida fides de esas copias, pues hay otra no menos poderosa y urgente que ocurre tambien á este propio objeto. Tal es la que se deduce contra la de f. 310 de la enunciaci6n que hace de un hecho falso—enunciación que arguye, segun los principios, la falsedad de todo lo demas q' ella comprende. Habiendo Hornung del resultado que debia dar la liquidaci6n de los negocios de Chile, que se proponia presentar á Iurriaga, dice: que esa liquidaci6n debiendo á la casa de Lezica cincuenta y seis mil pesos de unas letras pertenecientes á D. Bonifacio Huergo, cuando segun las cuentas que ha exhibido, y protegiendo, la cantidad que á aquel se debia f6 recibida en pago y cancelada en Mayo y Junio de 1834, es decir: como ocho meses antes de la supuesta fecha de la carta indicada. Y despues de tal falsedad ¡merecerá todavia algun crédito esa copia! ¡Habría f6 el dicho Hornung en las demas cosas que expresa en un sentido puramente narrativo. De ninguna manera: porque una *deposicion falsa en un punto, se repula falsa en todos los demas; pues un testigo que es sorprendido en una falsa declaraci6n, queda convencido de corrupci6n, de dolo y de perfidia* (1).

121. La certeza de algunos hechos, traídos en aquellas cartas con una visible inconsecuencia al objeto que al parecer se propuso el que las escribió, no abona la verdad de su testimonio. El pudo tomar el arbitrio de hablar de cosas efectivas para dar el colorido de la verisimilitud á las que no lo eran: y esta propia confusi6n de lo cierto con lo incierto es una razon muy poderosa para sospechar de la fidelidad de sus atestaciones. Así mismo no comunicaba á esas cartas ningun grado de credibilidad, la correspondencia que se ha pretendido encontrar entre ellas y los billetes de Iurriaga. Ella no existe sino en la imaginaci6n de los que en odio de mi defendido toman como realidades sus propios deseos. No la hay en las fechas, porque de estos cuatro papeles solo dos la tienen, el uno la de 10 de Diciembre de 1834, y el otro la de 24 de Febrero del siguiente año. Menos aparece en el contenido de todos ellos. El primer billete de Iurriaga es obscuro y ambiguo, segun lo ha sentido el mismo acusador, y por lo tanto no presenta un sentido fijo que pueda referirse á alguna de las cartas de Hornung. La letra del segundo, tal cual la ha explicado mi protegido, tampoco habla relacion á ninguno de los negocios que aquellas enuncian. ¿De dónde pues se deduce aquella conformidad? ¿Qué motivo hace presumir que tales cartas sean contestaci6n á los billetes de Iurriaga? Los que se han apuntado en la confesi6n son tan insignificantes é infundados, que en mi concepto su mejor refutaci6n es no hacerlos ningunas.

122. La carta de 11 de Setiembre de 1835 (f. 315), que es el último documento de cargo producido contra Iurriaga, se halla en el propio caso que las que acabo de considerar; de consiguiente, todas las excepciones deducidas la eliden completamente, sin necesidad de repetirlas en este lugar. Notaré, sin embargo, dos hechos que le conciernen especialmente, y que prueban el desacierto con que se recarga á Iurriaga con motivo de este papel.

123. Es el primero, que aquella carta en mi opinion, es original y no copia, como las examinadas próximamente. Esta circunstancia manifiesta por un lado que no fué remitida á Iurriaga, y evidencia por otro la inexactitud de la reconvección que se ha fundado en ella. Si tal carta fué enviada á mi defendido, si llegó á sus manos y cómo es que se encuentra entre los papeles de Hornung con la lista de letras que debia adjuntársela? ¿Quién pudo devolvérsela? Y si la carta nunca pasó á poder de aquel; sobre qué dato descansa el recargo que se le hizo en la confesi6n? Sin que se le hubiese entregado, sin q' aprobase con su silencio el contenido q' él antecede puede deducirse la consecuencia de su complicidad en la falsificación? Acaso el defendido debe responder de actos de que tan Hornung podia y debia dar cuenta? Esto es tan absurdo, que ni aún puede ser materia de una pregunta.

124. El segundo hecho, que en esta propia carta se encuentra consignada una elástica y evidente falsedad. En ella dice Hornung, que pagando los 30,000 pesos, de Martinez, todos los giros falsificados de Iurriaga corrientes en las plazas quedaban reducidos á 62,000 pesos, mientras que por el estado de f. 330 se advierte, que llegan á cerca de 500,000 pesos moneda de Banco. ¿Qué dirémos despues de esto de la palabra de Hornung? ¿Podrá dispensárselo todavia la confianza que á un testigo verídico y honrado, para apoyar sobre sus asertos privados un cargo que provoca la condenaci6n de mi cliente al pago de casi medio mill6n de pesos? ¿Se estimarán aún como las respuestas de un oráculo las aserciones de ese hombre que se ha hecho una pro-

fesi6n de la mentira, y un hábito de la falsedad? O yo no entiendo la jurisprudencia que profesa el acusador, ó estas anomalías demuestran, que no hallándose nada sério que imputar á Iurriaga, se trata de hacer servir contra él los medios mas irregulares y despreciables.

125. De esa propia carta se ha inferido, que el pago que hizo Iurriaga á D. Narciso Martinez de unas letras falsas, supone no solamente que estaba cerciorado de la falsificaci6n, sino que le habia ejecutado de acuerdo con Hornung: En cuanto al primer miembro de este argumento, tengo razones bien sólidas para pensar, que el pago indicado prueba la ignorancia en que estuvo Iurriaga de este crimen hasta la fecha de aquella carta; pero el plan que me he trazado me precisa á diferir su desarrollo para otro lugar. Respecto del segundo, nada encuentro que pueda legitimarle, pues se ha visto ya que la carta de 11 de Setiembre no llegó á manos de Iurriaga. Aun permitiendo hipotéticamente la realidad del concepto contrario, tampoco descubro en ella el fundamento de tal deducci6n. Su contenido no le muestra, porque no obstante que habla de aquel número, no indica que mi cliente era quien debia hacerlo en virtud de eso presunto convenio. El objeto visible de esa carta fué la remisi6n de una lista de las letras que corrian con giros falsos de Iurriaga, y no el de exigirle el cumplimiento del pago en fuerza de un concierto del que no se hace allí la menor menci6n. Léase de nuevo la carta, y se verá que todo esto es efectivo y real y que el cargo ha sido elevado, como otros muchos, sobre el fundamento vacilante de las mas débiles inferencias. Mientras que se siga en esta causa el sistema de las abstracciones, será siempre muy fácil encontrar en los actos mas indiferentes motivos para urdir al acusado, y poner en conflicto su inocencia.

126. He absuelto, Excmo. Sr., el exámen de la prueba por escrituras, producida para justificar que Iurriaga supo la falsificaci6n de su firma antes del 11 de Setiembre de 1835; y si no me engaño he demostrado, que ni sus billetes ni las cartas que se atribuyen á Hornung acreditan la complicidad que se le imputa. Penaré, pues, á considerar la segunda clase de probanza en que el Agente Fiscal apoya este miembro de la acusaci6n.

127. La prueba testimonial rendida contra Iurriaga consiste en las declaraciones de Dupont, Cazon y Martinez; pero de ellas tampoco se infiere, que aquel conoció antes de la fecha mencionada la falsificaci6n de su firma. El primero ha declarado, que cuando ocurrió la ejecuci6n por D. N. Saenz tenia en su cartera unas letras giradas al parecer por mi cliente y aceptadas por la casa de Lezica, y que conociendo sospechas acerca de la firma de aquel, las comunicó á su socio D. Pedro Seris. Agrega tambien, que entonces tomó estas letras, y fué á presentarlas á Iurriaga, y le dijo despues, que dicho Iurriaga le habia dicho que eran suyas, porque tenia cuentas pendientes con la casa de Lezica, y habia letras con su firma. Cazon refiere este mismo suceso, pero añadiéndole á decir: que *aquel que me presentó Iurriaga, su firma, era una letra que le presentó D. Pedro Seris*. En la segunda declaraci6n que se tomó á Iurriaga se le pusieron de manifiesto las letras de f. 106 y siguientes, en el concepto de que son las mismas que le exhibió Seris, y no trepidó un solo instante en afirmar que no eran suyas. De tales antecedentes deduce el Agente Fiscal, que mi protegido hoy supone falsas las propias firmas que reconoció un año atras como verdaderas: que desde entonces tuvo noticia de la falsificaci6n; y que habiéndola tolerado, se ha hecho cómplice de este delito. Tales inferencias provienen exclusivamente de la inteligencia forzada de aquellas deposiciones; pero entendiéndose naturalmente, y apareciendo bien al claro que no ha habido razon alguna para desconfiar.

128. Iurriaga afirmó en su primera declaraci6n, que jamás le habia presentado Seris letra alguna ni exigido su reconocimiento, y que en cuanto al suceso que refieren Dupont y Cazon lo único que hubo es, que seis ó siete meses antes de la fecha en que fué interrogado, dijo á Seris en una conversaci6n general, que tenia varias letras en la plaza con su firma y la de Lezica, causadas por los negocios que habian emprendido sobre Chile. A consecuencia de esta respuesta, se ha tratado de convenirlo de falsedad en la narraci6n de aquella ocurrencia; pero se ha logrado el objeto? ¿Prueban las declaraciones de los testigos mencionados el hecho de la presentaci6n y reconocimiento de las letras de Seris? Voy á examinarlo, principiando por la de Dupont.

129. En ella no se encuentra una sola palabra que pueda inferirse, que Seris mostrara sus letras á mi defendido. Dupont dice, que su socio las tomó y fué á presentarlas á Iurriaga, pero no que efectivamente se le presentaron; que despues de esta diligencia Seris le aseguró, que aquel le habia dicho que eran suyas, no por que hubiera reconocido el giro como propio, sino porque tenia cuentas pendientes con la casa de Lezica, y habia letras con su firma; de consiguiente, de la deposici6n de aquel testigo no resulta probada la exhibici6n, ni que mi protegido las diera por buenas despues de haberlas examinado. Este era el hecho que importaba esclarecer, y el único que habria legitimado el cargo. Si Iurriaga no vió su firma, porque no le fueron presentadas las letras, tampoco puede decirse con exactitud que la reconoció; pues el reconocimiento en sentido jurídico es, la aprobaci6n que prestamos á una escritura privada despues de haberla inspeccionado y releído. ¿Y esta idea puede convenir á un consentimiento que no esté fundado en la formal lectura del propio docu-

mento? Si no consta de aquella declaraci6n que Seris manifest6 las letras á Iurriaga, es inconcebible que las reconociera como verdaderas; y decir en tal caso que eran suyas, por un motivo extraño al acto de su inspecci6n material, no expresa un hecho que importe ese reconocimiento y tolerancia con que se le imputa. Así pues, Iurriaga no ha faltado á la verdad, al negar que son verdaderas esas letras que jamás vió ni confesó que lo pertenecian.

130. Si la deposici6n del testigo indicado no justifica el hecho que sirve de fundamento á este cargo, la relacion que de él hizo Iurriaga le desvanece de todo punto. Siendo la mas natural y verisímil, cualquiera juzgará que el suceso debió precisamente acaecer en los términos de su declaraci6n; porque no es creíble que Seris se atreviese, sin antecedentes graves y positivos, á exigirle un reconocimiento que habia de repugnarle, por poca estimaci6n que tuviera de sí mismo. El debió suponer que tal paso era decisivo al eredito de la casa de Lezica y al del presunto girante, y por menos circunspecto y mirado que se le suponga, no es presumible prefiriese verificar las sospechas de Dupont por la via recta del reconocimiento, que por el medio indirecto que ha indicado mi protegido. Esta es la conducta que cualquiera observaria en igual caso para salvar todas las conveniencias sociales; y es justo persuadirnos que fué la misma que tuvo Seris en su entrevista con Iurriaga. Aquel conoce la delicadeza del crédito mercantil, sabe las gravísimas consecuencias que produce la desconfianza en el comercio, y las responsabilidades á que debia sujetarle una sospecha indiscreta y publicada, y no es probable se procurara por otros caminos las explicaciones que buscaba para calmar los recelos de su socio. Pensar otra cosa es atribuir ligeramente á Seris un procedimiento inconsiderado, que ninguno hubiera tenido hallándose en su lugar. Estas reflexiones bastan en mi opini6n para convencer á cualquiera de que Seris no presentó sus letras á Iurriaga, y que éste no las recibió despues de haberlas inspeccionado.

131. Pero supóngase que Dupont hubiese dicho claramente que Seris presentó sus letras á Iurriaga; ¿qué podria inferirse de semejante aserción? Nada que fuese acabadamente el cargo que se le forma por ese figurado reconocimiento. Dupont no es testigo original, porque no es él quien vió á Iurriaga con las letras de que nos ocupamos: todo cuanto ha declarado lo obtuvo, segun él propio lo confiesa, de su socio Seris que practicó la diligencia; de consiguiente, su testimonio como de mera referenci6n, no hace ninguna f6 por sí solo. El no representa aquí otro papel que el de un simple órgano del testigo principal, que no ha podido ser examinado; y mientras no se averigüese primero, si era ó no cierto que le habia comunicado aquella noticia con todos los detalles consignados en el proceso, no hay absolutamente razon para dispensarle la misma creencia que mereceria en circunstancias.

132. La declaraci6n de Cazon tampoco acredita el hecho de que se trata. El lo obtuvo sin duda de la propia casa de Seris, y por lo tanto no ha podido avanzar cosa alguna mas allá de lo que ha expuesto Dupont. Aquel testigo deja ver que no conserva una idea clara de este suceso, pues le refiere á una época muy atrasada respecto de la que ha determinado el mismo Dupont; y por este motivo, el de no haber estado presente á la conversaci6n de mi cliente con Seris, no puede asegurar por ciencia propia, que las mencionadas letras fueron presentadas por éste y reconocidas por aquel.

133. De este ligero exámen de las declaraciones de Dupont y Cazon aparece, que no hay constancia en el proceso ni de la presentaci6n de las letras á Iurriaga ni de que éste hiciese de ellas un reconocimiento específico y determinado. Estos hechos han sido deducidos de aquellos por interpretaci6n, porque solo así se podia encontrar un motivo para reconvenir á mi cliente. ¿Y es de este modo que se sostienen las causas criminales? ¿Es por estos medios que se trata de conseguir una condenaci6n tan grave? Los juicios criminales se han instituido para castigar á los culpados, ó para figurar cargos contra los inocentes? A juzgar por esta clase de argumentos podria creerse, que lo único que se ha procurado en este maldonado proceso, es sacar de cualquier modo culpado á mi protegido, para satisfacer con su fortuna el quebranto que ha sufrido la de los acreedores de Lezica.

134. La atestaci6n de Martinez nada contiene que no haya referido con mayor extension Iurriaga en los diversos interrogatorios que se le han hecho, durante el estado sumario de la causa. Ella justifica que este vino en conocimiento de la falsificaci6n de su firma el 11 de Setiembre de 1835, pero no que la hubiese enterado ó de tal época.

(1) L. 28 tit. 16 Part. 3.

los que mediaron hasta la fuga de Hornung? La resoluci6n de estas cuestiones tendrán su lugar en la última que me he propuesto discutir. Por ahora me basta dejar establecido, que por la declaraci6n de Martinez ni por las de Dupont y Cazon no está probado, que anteriormente á la fecha recordada supiera Iurriaga que circulaban letras con su firma falsificada. No hay, pues, una prueba testimonial del crimen de complicidad atribuido á mi defendido.

135. No es mas legal y decisiva que las anteriores la probanza por indicios que ha intentado el acusador, para fundar la pretendida complicidad. Ni distributiva ni colectivamente tomados forman todos ellos una prueba de presunciones que merezca siquiera este nombre, no diré el asenso que se capta en una infinidad de otros casos. Ellos son inconherentes entre sí, y con el hecho que se trata de probar: son frívolos unos falsos otros, y todos indiferentes y vagos. Nada mas debiera decirse sobre este punto, que probar cada una de estas tachas, suficientes por sí para disipar esos indicios, pero recomendando su estimaci6n al Tribunal, voy á pasar estos en revista, para que no se piense que el exámen en detal, es efecto del recelo con que los miro.

136. La cancelaci6n de cuentas con la casa de Lezica llamó especialmente la atenci6n del Juez comisionado y la del acusador público, mas nada han podido encontrar que pruebe su simulaci6n, ó que se arribó á ella por algun medio irregular é ilícito. La carta exhibida (f. 231) la justifica plenamente desde que Lezica ha reconocido su firma (f. 256), al paso que los argumentos que se le objetan no la refutan, porque son tan frívolos é inconsistentes como lo que mas. Que Lezica firmó la carta de cancelaci6n sin que hubiese precedido el exámen de sus libros, no parece inverisímil, porque se ha visto que él no se ocupaba de esta clase de arreglos: á pesar de esto, Hornung en quien tenia depositada toda su confianza, y que, á mas de ser interesado en la casa, le representaba en todos los negocios, consultó sin dudar los apuntes y antecedentes necesarios antes de celebrar el ajuste, y exigirle la subscripci6n de tal carta. Esto es mas que suficiente para la validez de la liquidaci6n, principalmente habiéndose verificado despues de haberla reclamado Iurriaga al propio Lezica en los términos mas enérgicos y decisivos, y despues de haber tenido con Hornung largos debates para establecerla tal cual aparece.

137. Por otra parte, Iurriaga no debe responder de los deseos que haya cometido Lezica. Si él no examinó sus libros y cuentas: si no se dejó constancia en ellos de la cancelaci6n, si firmó la carta referida sin otro conocimiento que el que le dió verbalmente Hornung, á quizn segun su expresi6n tenia confiada la liquidaci6n de las cuentas y el descuento de Letras (f. 255 vuelta), no por esto puede dudarse de la legalidad de una operaci6n, arreglada por su representante en el comercio, y que aparece sancionada y justificada, con su propia firma. En esto no ha habido misterios, ni reservas, ni ha habido lugar para el uso de medios reservados para no pedir y obtener la liquidaci6n de sus negocios con aquella casa, despues que ella habia percibido los resultados; y la mejor prueba que puede darse de la regularidad de sus procedimientos en este ajuste, es la inspecci6n de las cuentas que se han sometido á la consideraci6n del Tribunal. Mi defendido provoca sobre el particular el exámen de comerciantes imparciales y versados en las operaciones mercantiles, y no teme asegurar que nada se encontrará en aquellas que no sea legal, y nada que arguya la existencia de ese acuerdo y negociaci6n criminal, que ha creído descubrir el acusador en esta cancelaci6n.

138. Ella abraza todos los negocios que habia tenido Iurriaga con la casa de Lezica, á excepci6n de los que están detallados en la carta de finiquito; y inexacto asegurar que hasta ahora existen entre ellos cuentas pendientes sobre algunos otros negocios. Al avanzar este concepto, el acusador ha referido á los diez y nueve papeles que han exhibido los Sindicos y á unas letras, tras aparentemente giradas por Iurriaga (f. 343 hasta 347) despues de la fecha de la cancelaci6n; pero al mismo tiempo se ha desentendido con una serenidad imperturbable de las concluyentes respuestas que ha dado mi cliente sobre estos dos puntos. Esos pagarses están abonados y muertos, como se demostrará si los Sindicos darian su pago, y aunque no lo estuvieran, ellos danian cuando mas una acci6n á reclamar su importe, mas no establecerian entre el acreedor y supuesto deudor aquel estado, que en el idioma mercantil, se conoce con el nombre de *cadena corriente*. Sobre todo ¿qué tiene de común la existencia de cuentas pendientes con el delito de complicidad que se imputa á mi defendido? Aun concediendo por un solo momento la realidad de tal hecho, y suponiendo tambien que la cancelaci6n adoleciera de algunos vicios, no puede deducirse de todo esto, descuidado con regularidad, que Iurriaga ha incurrido con su silencio la falsificaci6n ejecutada por Hornung. Muy desusada debe ser la posici6n de un acusador, que para sostener su intento, no puede ofrecer dos ideas que tengan una íntima conexi6n entre sí, ni con el delito que pretende probar.

139. Las letras indicadas tampoco suponen la existencia de algunas cuentas pendientes entre Iurriaga y la casa de Lezica, ni pueden insinuar ninguna especie de sospecha contra la validez de la cancelaci6n. Tales letras son falsas: no las ha reconocido aquel como verdaderas, ni está en ellas obligado de modo alguno. Para haberlas servido contra mi protegido, debió probar primero el acusador público que esas letras eran valederas; porque no siendo lo ¿qué argumento puede deducirse legítima-

el Señor Presidente Covarrubias, examinando un caso más grave y cuestionable que el de mi hipótesis. El expresa sus conceptos en esta forma: *Ilud verò paternitatem non est, cum qui à damno committit, tunc illam alterum servare et defendere, ut ex hoc tenet ad tractu danti restrictivum, cui graviter precaverit, maxime quando danti culpa contrahitur, nisi qui ex officio publico tunc criminibus et injuriis obviare, aut testimonium dicere, quia in testem ad iudicium jussu iudicis vocatus fuerit; priori etenim casu contra legem tantum charitatis fuit, posteriori contra legem iustitiae commutativae: charum prior obligatio non inducit restitutionis necessitatem, sed posterior (1).* Una autoridad tan respetable como esta nada deja que agregar; y debo por lo tanto circunscribirme á deducir, que si ella confirma todos los principios que he expuesto en el curso de esta discusión, demuestra igualmente que mi defendido no tiene obligación de indemnizar á los tenedores de las letras falsificadas.

206. No se crea que el silencio de la falsificación apenas puede ser justificado por la inexistencia de una Ley que prescriba la denuncia, pues en mi opinión hay consideraciones incontestables para reputarle, no solamente como lícito sino también como honesto y moral. Si Iturriga, sabiendo la falsificación de su firma la hubiera revelado, habría cometido una acción imprudente y aun perjudicial á los mismos que se quejan de su conducta. La llamo imprudente, porque hubiese obrado en un paso árduo y trascendental sin todos los antecedentes que serían absolutamente necesarios para decidir á un hombre circunspecto y previsor. Ni él, ni cualquier otro de mayor capacidad podía discernir con certeza la conveniencia ó inconveniencia de la denuncia de un crimen de tanta trascendencia, atendida la situación en que se encontraba la casa de Leizaola. Para tomar una resolución acertada y digna de un caso tan importante, era preciso tener un conocimiento pleno y acabado de la posibilidad de aquella casa, y de los recursos con que podía contar el falsificador para sacarla de los criminales empeños á que la había arrastrado. ¿Y quién podía tenerlos, ó procurárselos con buen suceso, careciendo de todos los medios de investigación? ¿De qué modo podía proporcionarárselos, sin causar las más funestas alarmas, en el completo desorden en que Hornung la tenía? ¿Qué hombre por confiado en sí mismo y por temerario que se le suponga, hubiera denunciado la falsificación antes de haberse puesto al corriente de la situación mercantil de aquella casa, del número de sus acreedores, del monto de sus capitales y de las ventajas que aun podía sacar de su crédito? Yo no podría designar entre nosotros uno solo capaz de un arreglo, que habría provocado sobre sí el anatema de todos los interesados en la estabilidad de la casa, y la reprobación de los hombres juiciosos y timoratos.

207. Sin todos los datos precisos para juzgar del verdadero estado de la sociedad de Leizaola y Hermanos era imposible elegir con acierto la línea de conducta que se debía adoptar en un caso, que ofrecía por la inmensidad de sus resultados, tantos y tan varios motivos de trepidación. El mal de la denuncia era seguro ó inevitable; porque en cualquier momento que se hubiera verificado, aquella casa tenía una enorme cantidad de letras falsas y verdaderas, al mismo tiempo que hallándose en una efectiva falencia desde algunos años atrás, carecía de capitales para amortizarlas de una vez; el que podía producir el silencio era incierto y problemático; y ningún hombre racional y prudente habría elegido el primero por el inhumano placer de probar con perjuicio de los mismos acreedores el castigo de un delincuente famoso. Antes de avanzarse á una revelación inoportuna, cualquiera habría sujetado á la precisión del cálculo sus resultados, la progresión de los adelantamientos de la casa, y las esperanzas que ofreciera su crédito aquí y en Europa para amortizar toda su deuda; y después de balancear el pro y el contra, recien se hubiera decidido á favor de aquella medida que prometera menores perjuicios y quebrantos. Vuelvo á mi tema. ¿Podía entender Iturriga toda esta serie de investigaciones? ¿Tenía en su mano los datos que se requerían para hacerla con buen éxito? ¿Contraía alguna responsabilidad moral, por que no adoptase la revelación en un paso tan dudoso y complicado? No señor: en el concurso de un mal cierto y de un mal contingente,

le debió elegir el último; porque así lo aconseja la prudencia, y lo exige la justicia que jamás permito causar un mal real para evitar otro que puede ó no sobrevenir. Examinemos la conducta que observaron en este mismo negocio Weller, Martínez, Barronchea, Stegmann, Arriola y otros desde el 11 de Setiembre último en que supieron la falsificación, y entonces se verá que Iturriga habría hecho lícitamente en mi hipótesis, lo mismo que ellos han practicado sin incurrir en ninguna responsabilidad.

208. He dicho que revelando Iturriga la falsificación hubiera ejecutado una acción altamente perjudicial, porque causaría con este paso indiscretos los mismos males que ha producido la quiebra de Leizaola. Esta verdad salta á la vista de todos los que, desprendiéndose de los intereses que ha suscitado este negocio, quieran apreciar los hechos con imparcialidad. La denuncia habría acelerado la falencia de aquella casa, y excitado á los Magistrados á castigar al falsificador; pero no revelaría un tesoro que facilitase el pago de los acreedores, ni proporcionaría una riqueza ingratulable para salvar los inmensos compromisos que oprimían al deudor. Denunciada la falsificación los tenedores de firmas falsificadas habrían ocurrido á exigir el pago al aceptante; y no cubriéndolos, como seguramente no los cubría, se hubiera declarado en quiebra, y formado concurso de acreedores. ¿Y qué aventajarían estos con semejante medida? ¿Qué utilidad sacaría de una revelación que trajese la casa á tan ruinoso extremo? La falencia habría hecho irrevocables sus perjuicios; y dejándoles únicamente el dolor de la pérdida y la expectativa de un mezquino reparto, sentirían las desastrosas consecuencias de una revelación imprudente. ¿Y cual de los portadores de Letras se contentaría con estos resultados? ¿Quién de ellos hubiera cambiado las esperanzas que ofrecía el crédito de Leizaola por el daño seguro é inevitable de la falencia? ¿Quién, en fin, aprobaría una denuncia que le privase del único consuelo de la adversidad? La revelación pondría término de un golpe á la existencia de aquella casa, y el que la hubiese verificado sería el blanco de los resentimientos y venganzas de los perjudicados; se le trataría como á un perdido amigo y un infame delator; y el odio y la execración de sus conciudadanos le perseguirían como al autor de una calamidad pública. Estos habrían sido los funestos efectos de esa denuncia á cuya omisión se atribuyen los desastres debidos solamente á la profunda maldad del falsificador; y sería en vano esperar de ella otros más favorables á los acreedores sin el auxilio superior de un milagro.

209. Hoy se cree que haciéndola Iturriga se habría evitado los perjuicios que estaba sufriendo; pero tal persuasión, siendo efectiva es para mí el delirio del interés, siendo falsa es un recurso bien miserable para almentar las esperanzas que se han formado sobre la fortuna de mi protegido. La denuncia hubiera evitado la falsificación ulterior, mas no habría subsanado los perjuicios pasados. El mal estaba consumado cuando se supone vino la falsificación á noticia de Iturriga; tenía ya algunos años de existencia; y si no hubiera recaído sobre los mismos que hoy le sufren, habría descargado sobre otros, que no habiendo reembolsado parte de sus capitales con los intereses percibidos, tendrían doble razón para lamentar su desdicha. ¿Que se habría logrado, pues, con la revelación? Ninguna otra cosa, que quitar á los que han resultado perdidos en los azarados del préstamo el pretexto de que se valen para intentar resarcir sus quebrantos con la sustancia y el sudor de mi defendido. Si este supo la falsificación y la calló, su silencio en vez de disminuir á los acreedores de Leizaola les ha producido un beneficio muy notable; porque ha dado lugar á que la deuda por Letras falsificadas se haya disminuido como en un séptimo de la suma á que ascendía en el año anterior á la quiebra, según es de verse en el informe de los Síndicos (290 y f. 330). Si Iturriga hubiese denunciado la falsificación; no es claro que la desgracia habría tenido mayor extensión en personas y en cantidades? Todas estas reflexiones prácticas convencerán á cualquiera q' tenga sentido común, de q' denunciando mi cliente la falsificación habría cometido una imprudencia imperdonable, que perjudicando el interés de los acreedores hubiera puesto en conflicto su propia opinión y su consecuencia; y que no habiéndolo hecho ha obrado lícita y honestamente, y no les ha inferido mal alguno que legitime sus quejas y la acusación que les ha servido de órgano en este proceso.

210. He desenvuelto, Exmo. Sr., el plan que me propuse al iniciar este informe, y habiendo apurado los convenimientos hasta rayar con

la evidencia de la demostración, creo inútil prolongar más el término de mi tarea. No he alegado todo cuanto ofrecía la causa á favor de mi protegido, he dicho sí lo suficiente para ilustrar en todas sus relaciones, y poner al Tribunal en estado de pronunciarse con el acierto y circunspección que demandan los grandes intereses que en ella se ventilan. Al recorrer el presente campo que este negocio presenta á la investigación, he examinado los cargos, los hechos, los documentos y demás probanzas deducidas por el acusador, y después de esto encuentro en mi propia convicción sobrados motivos para pensar, que del serio y peligroso ensayo que ha sufrido la conducta de Iturriga resulta completamente aislada su inocencia, y que en adelante no puede ser ya un problema, sino para quien no escuche otra voz que la de sus pasiones. Una fatididad habiendo rondado al derredor de mi cliente las apariencias del crimen, y la vulgaridad que nada examina, y el interés que todo lo abulta y exagera pretendieron atribuirle una existencia real que no tienen; pero la razón ha derramado su luz sobre los sucesos mas insignificantes, ha iluminado todo el cuadro tenebroso de este proceso, y al momento se han dissipado como el humo los motivos de inculpatión de que se ha servido el acusador. Si restare todavía alguna ligera sospecha de culpabilidad, bastaría para desvanecerla la constante obsecuencia de mi defendido á los deberes sociales, su intachable moralidad y su buena reputación, atestiguada en el proceso por personas tan respetables por su posición como por las calidades que las recomiendan; y en tal caso V. E. no podrá menos que pronunciar su completa absolución de toda culpa y cargo, cumpliendo con la Ley que así lo dispone en los juicios criminales.

211. Bien conozco las dificultades de este triunfo desde que lo disputa el influjo moral que ejerce sobre el espíritu de la multitud una compasión mal entendida; con todo eso, no desconfío de obtenerlo porque la posición que V. E. ocupa entre los poderes sociales le coloca fuera del alcance de las prevenciones de la vulgaridad. Si alguna vez debe hacer alarde el Tribunal de la superioridad é independencia que le caracterizan en la causa del día, en la que para obrar con rectitud es preciso sobreponerse á los deseos y á las esperanzas que ha producido la quiebra de Leizaola, y alimenta la sola perspectiva de la fortuna de mi defendido. Se ha creído que la catástrofe de esta casa hacía necesaria el sacrificio de una víctima para calmar la irritación que ella ha causado; pero yo entiendo que en esta degradación como en cualquier otra, jamás existió necesidad que la de hacer justicia, ni otros medios de reparación que los que ella aconseja. El infortunio confiere al desgraciado derechos bien sagrados á la compasión de todos; mas los Tribunales no pueden tenerla al desempeño las angustias funciones de su oficio. La justicia está simbolizada por la balanza y la espada para enseñarnos que sus Ministros deben pesar los derechos de las partes, y distribuir á cada uno con mano poderosa lo que lo corresponda. Si algunos han sufrido notables trastornos en su fortuna, la humanidad exige que los compadecemos; pero la humanidad no nos autoriza para traspasar los límites de lo justo, ni para reparar sus quebrantos con la ruina del que no los ha ocasionado. Estos son los sentimientos de todos los hombres sensatos, y esto lo único que conviene al buen orden de la sociedad. Otros son en verdad los votos de los que han sido arrastrados por el torrente de aquella degradación, y de los que han hecho de este juicio un objeto de tráfico y de ganancia, pues ellos piden la condenación de Iturriga, como si fuera una exigencia pública y una medida de interés común; pero el Tribunal debe despreciar sus tumultuosos clamores, siguiendo con paso firme el consejo de Justiniano: *Vana voces populi non sunt audienda; nec enim vocibus corrum credi oportet, quando aut noxiu crimine absolvi, aut innocentem condemnari desiderant* (1). Al público solo interesa el cumplimiento de la Ley, y que la justicia sea administrada sin otra consideración que los principios inmutables que la constituyen; y a su nombre es que exijo la absolución de mi protegido como un solemne homenaje á la verdad, una indemnización debida á la inocencia, y un testimonio de respeto á la seguridad de todos.

Buenos Aires, 1.º de Mayo de 1836.

GABRIEL OCAMPO.

(1) L. 12. Cod. de penia.

VIVA LA FEDERACION!

FERNANDO BAEZ ESCOBAR, ESCRIBANO DE CAMARA DEL SUPERIOR TRIBUNAL DE JUSTICIA.

Certifico, que habiendo solicitado el Procurador Caballero á nombre de José de Iturriga, que el Sr. Presidente del Tribunal le otorgue la venia correspondiente, para que informase en derecho el Abogado defensor de aquel, en la causa sobre la quiebra de la casa de comercio de Sebastian Leizaola y hermanos, falsificación de firmas que han aparecido en lotras circulantes en la plaza y fuga del cajero de la propia casa Federico Hornung; como igualmente ordenara al Relator cotejase con los autos el papel en derecho, que le fuere exhibido, dándosele el certificado correspondiente, el Sr. Presidente mandó por decreto de seis meses del presente pasar el pedimento á la Sala del Tribunal; y ella se expidió sobre él, en estos términos:—

“Se otorga el permiso que se solicita para escribir en derecho, y por lo demás ocurra al Sr. Presidente.—*Cinco rubricas.*— Los Señores Presidente y Vocales de la Exma. Cámara de Justicia proveyeron y rubricaron el anterior auto en Buenos Ayres á seis de Abril de mil ochocientos treinta y seis—

FERNANDO BAEZ ESCOBAR.

A virtud de este Superior auto se presentó el dicho Procurador Caballero por su poderdante José de Iturriga al Sr. Presidente del Tribunal pidiendo la licencia para la impresión del informe, cotejo de este con los autos y certificado respectivo, sobre lo que su Señoría expidió el decreto del tenor siguiente:—

Imprimase, precedidos los requisitos de la forma ordinaria, bajo la que se otorga el permiso que se solicita. Desele el certificado de la Superior Provisoria de la Sala de la Exma. Cámara en su acuerdo y también del presente decreto; cuidándose no solamente de la exactitud en los hechos, sino asimismo de la moderación con que debe producirse el informe.—*Una rubrica.* El Sr. Presidente de la Exma. Cámara de Justicia Dr. D. Manuel Vicente de Maza, proveyó y rubricó el anterior decreto en Buenos Ayres á veinte de Abril de mil ochocientos treinta y seis.

FERNANDO BAEZ ESCOBAR.

Y á virtud de lo mandado autorizo el presente para pasarlo al Relator, á los fines que corresponden. Buenos Ayres, á veintuno de Abril de mil ochocientos treinta y seis.

FERNANDO BAEZ ESCOBAR.

En cumplimiento de lo ordenado en decreto del Sr. Presidente de la Exma. Cámara de Justicia de 20 del corriente, expedido en la causa criminal levantada con motivo de la falsificación de firmas en letras que salían de la casa fallida de Sebastian Leizaola y hermanos, he cotejado los hechos que se sientan en el presente informe, con los que se hallan consignados en dicha causa, y he encontrado aquellos exactamente conformes á estos: á excepción de que en varios lugares de este informe se dice que el billete de fojas 312 fué escrito el diez de Diciembre de mil ochocientos treinta y cuatro, pero en el original no expresa el año, pues solo dice *diez de Diciembre*; aunque en la acusación del del Agente Fiscal, y en los cargos que se le hicieron en las confesiones á D. José Iturriga, se da por cierto que este billete fué escrito en dicho año. Buenos Ayres, Abril 24 de 1836.

PAULO FONT.

IMPRENTA ARGENTINA, Calle de la Universidad número 37.

(1) Covar. in Relect. Cap. Peccatum de reg. jur. in 6 Par. 2 § 3 n. 5.